EL HIJO

DEL

DIABLO,

Por M. F.

Tomo III.

SEVILLA.
Imprenta de Morales y Gomez, Venera n. 12.
Año de 1846.

Los tomos encuadernados de esta interesante novela se venden en su imprenta á 4 rs.

Parte segunda.

LA ROTONDA DEL TEMPLE.

CAPITULO I.

El tocador de Gertrudis.

Las horas pasaban risueñas y embriagadoras, un viento voluptuoso llenaba al espacio. Menos las coronas de rosas que ceñian la frente de los convidados antiguos, nada faltaba á este banquete para ser digno de la afeminada Roma, y el cual la musa latina, debota á Ve-

nus, hubiera encontrado inspiraciones.

El priemer rayo del dia dudoso y débil; dió trasparencia á las cortinas del gabinete.

El cansancio se anunciaba. Mad. de Laurens, cuya posicion facticia habia vuelto á encenderse con los primeros fuegos de aquella noche de placer, empezaba á sentir la saciedad y el fastidio.

Su hermosa boca habia ahogado ya un bostezo.

Esther, algo serena, tenia miedo. Su deseo era cambiar su nobleza moderna por un título antiguo. Habia puesto los ojos en Julian ó por mejor decir, en el vizconde d'Audemer. Se arrepentia de las locuras que habia hecho arrastrada por su hermana: y hasta de placeres, volvia á recobrar su verdadero carácter que era mas que medianamente calculador.

Julian era el único que no cejaba: estaba enamorado, y habia escitado hasta lo sumo su curiosidad, hubiera dado su grado por ver el rostro de su linda desconocida.

Pero sus esfuerzos no bastaban para reanimar la fiesta; y al cabo de algunos minutos pronunció Sara esta pregunta mortal, que es como el último aliento del agonizante placer.

=Qué hora es?

Franz se volvió vivamente á mirar el reloj, porque tambien estaba interesado en no olvidar la hora.

—Acabamos de llegar! dijo Julian riendo: ese reloj adelanta.

—Son las cinco y media, añadió Franz: tenemos tiempo.

Sara interrogó con la vista á la condesa, que la coctestó con un movimiento de cabeza.

El encanto habia desaparecido; el amor habia replegado sus alas.

En el gabinete inmediato el armenio consultaba tambien su reloj y su reloj marcaba las seis y media.

Habia apurado la quinta botella, y estaba satisfecho.

Llamó al mozo.

=Amigo Pedro, le dijo: has ganado los seis luises: tráeme otra botella.

Pedro tomó los seis luises y le saludó respetuosamente.

=Si quieres ganar otros seis luises, añadió el armenio, cuando esos mozalvetes que se están divirtiendo en ese cuarto, te pidan la cuenta no tienes mas que hacer, que tardar media hora en presentarla.

—Eso es muy fácil, contestó Pedro.

En aquel momento sonó la campanilla del gabinete en que los cuatro personages se hallaban reunidos.

—La cuenta, dijo Franz.

—El diablo es puntual! murmuró entre dientes, amigo Pedro, añadió levantando la voz; tráeme otra botella y á ver como te portas.

—Señoras, dijo Franz, en cualquiera otra circunstancia, no os dejariamos marchar asi.... pero nosotros tambien tenemos nuestros negocios particulares.

—No hay prisa, contestó el marino.

Y añadió queriendo cojer el talle á la condesa, que empezaba á defenderse.

—Cuándo os volveré á ver hermosa Ana?

—La condesa se llamaba Ana, como Mad. Lurens se llamaba Luisa.

—No sé contestó; estoy muy recojida, y mi marido es muy celoso; mejor seria olvidar esta noche.

Julian manifestó no conformarse.

=En cuanto á mí dijo Franz, no os pregunto cuando podré volver á veros, Luisa.

—No me amais ya? replicó Sara con coquetería.

—No sé... únicamente puedo asegurar, que vuestro capricho ha pasado hace ya mucho tiempo.

—Qué idea!

—No lo negueis... importa tan poco!... Se puede apostar diez contra uno á que no nos volvemos á ver.

Le besó la mano.

—Permitidme que os dé las gracias, Luisa, añadió: nunca he visto muger tan bonita como vos, si se esceptua á una sola que se parece á los ángeles. Habeis fingido perfectamente que me amabais, y yo he sido feliz por es-

pacio de algunos dias. Gracias, pues, por la alegria que me habeis proporcionado, y gracias tambien por la frialdad que ahora me manifestais... Hubiera sufrido demasiado, hermosa Luisa, si hubiese tenido qne llorar la pérdida de dos amores.

—¿Qué significa todo eso? murmuró Sara.

=Ha llegado la hora de hablar sin rodeos, continuó Franz apretándole ligeramente la mano: conozco toda la estension de mi felicidad, señora; conozco que mi conquista debia llenarme de orgullo.

Sara se estremeció.

=Os conozco, señora, prosiguió sonriéndose: soy un antiguo dependiente de la casa de Geldberg.

Sara se puso pálida como una muerta, y guardó silencio.

—Verdaderamente, continuó Franz; no era una conquista vulgar la de Mad. de Laurens.

—Mas bajo! murmuró Sara con ahogada voz, mas bajo, por piedad.

—Tranquilizaos, Luisa, contestó el jóven meneando la cabeza con melancolía: vuestro honor está en buenas manos.... Pero aun cuando fuese un hablador, poco duradero podria ser vuestro temor.

=Nada temo de vos, Franz, dijo Sara con cariñoso acento: sé que sois generoso y bueno: pero no se trata de mí... hablais como un hombre que ha perdido toda esperanza!

Franz, yo os amo, y me haceis estremecer! Qué me importa que la casualidad os haya revelado mi nombre? Yo os le hubiera dicho, si me le hubiéseis preguntado, porque soy enteramente vuestra.... Pero vos qué teneis, qué os sucede? qué debo temer?

Franz la miró enternecido.

Todo lo creia y solo pedia amar. Era un niño que estaba siempre dispuesto á confiar su secreto á cuantos quisieran oirle. Ignoraba el grave disimulo que la edad enseña y que constituye al hombre.

No tenia miedo á la muerte, pero se acordaba de su desafio, y estaba acostumbrado á no ocultar las impresiones que esperimentaba.

Su desafio le ocupaba; y era preciso que hablase de él.

—En cuanto os deje voy á batirme, dijo Franz.

—Ah! esclamó Sara vivamente.

Luego añadió con mas frialdad.

=Por alguna disputa que habeis tenido en el baile?

=No, Luisa.... Por un insulto grave.... es un desafio á muerte.

—Con un jóven como vos.

=Con un espadachin afamado... con un hombre que me vá á matar como á un pollo.

Los ojos de Sara despidieron un rayo de alegría, mientras que la voz tomaba un tono cariñoso.

=Pobre Franz! murmuró.

Arrimó la cabeza á la de la jóven, y añadió con gachoneria!

=No quiero que os batais, Franz.

Esta imprimió otra vez sus lábios en mano de Sara.

=Gracias, dijo: Teneis buen corazon, Luisa; pero un hombre no puede acceder á esa clase de súplicas.

Sara guardó silencio: estaba sumergida en una especie de momentánea meditacion, y miraba á Franz sin pestañear.

—Si sucediese asi.... murmuró al fin sin saber qué hablaba.

=¿Qué habia de suceder? preguntó Franz.

Mad. de Laurens se estremeció; pero al momento trató de sonreirse.

—No sé dijo; me habeis desgarrado el corazon.... ¿pero ese hombre es tan temible?

—No le conoceis Luisa, porque sois muger; pero entre nosotros tiene una gran reputacion... No importa, añadió alegremente; os prometo que me huirá.

Cogió un cuchillo de la mesa, y volvió dos ó tres veces el puño.

=Marchad, parad en cuarta y responded con viveza, dijo riendo con toda su alma; ¡ah, ah.... ya nos veremos las caras!

Sara seguia meditabunda.

—¡Dios mio! dijo; estoy temblando... ¿Cómo se llama ese hombre?

—Verdier, contestó Franz.

Sara se estremeció, y su cara se cubrió de púrpura, para ponerse en seguida pálida como la cera.

Su mano abrasó los dedos de Franz.

—Qué teneis? preguntó este.

Los ojos de la judía despedian un brillo estraño por los agujeros de su careta... pero habia recobrado ya la sangre fria.

—Nada, contestó con voz entera y segura. Nunca he oido nombrar á ese Verdier.

Durante todo esto, Julian repetia á Esther declaraciones descabelladas.

Pedro esperaba.

Entreabrió la puerta del gabinete inmediato.

—Es tiempo de dar la cuenta? preguntó en voz baja.

—El armenio que tenia á su lado el reloj contestó:

—Todavia no.

Franz agitó la campanilla.

—La cuenta.

El mozo no se movió de donde estaba.

El sol subia y amortiguaba la luz de las bujías: las dos damas estaban ya de pié y se ponian sus entreteladas manteletas de seda sobre el trage de baile.

Julian d'Audemer que servia de doncella á la del dominó azul, estaba mas obsequioso que nunca, y pedia con calor otra cita.

Franz y Sara no hablaban ya. Franz veia entrar el dia con una impacienca estraordinaria. Sara le observaba al descuido. Si en aquel momento se hubiese podido levantar la máscara que le cubria, se hubiera visto sobre un rostro pálido y cansado, pero siempre hermoso, tan pronto una especie de compasion espontánea, como un triunfo frio y desapiadado.

En aquel gabinete en que momentos antes habia tanta alegría y un amor tan pródigo, solo quedaba cansancio y fastidio. Lo triste que tenian estas comedias, es el desenlace. Manos adormecidas, rostros pálidos, ojos azulados, bocas que quisieran bostezar; botellas vacías sobre un mantel manchado.

Y la luz del dia, implacable, para alumbrar todas esas ruinas.

=Se están burlando de nosotros, aquí, dijo Franz.

Tiró con tanta violencia del cordon de la campanilla, que se quedó con él en la mano.

El mozo no podia hacerse por mas tiempo el sordo; entró y Franz le arrebató la cuenta de la mano.

—En cuanto tengo lo preciso! dijo mirando el total.

Buscó en el bolsillo en que se habia guardado el resto del dinero de Hans, y lo encontró completamente vacio. Los bailes de máscaras están sujetos á esta clase de acciden-

tes, á pesar de la escelente compañía que en ellos se encuentra.

Franz se quedó desconcertado, porque Julian d'Audemer le habia dicho al tiempo de entrar, que se habia dejado el bolsillo entre el equipaje.

Julian le observaba de reojo, y adibinaba la causa de su turbacion. Balbuceando palabras amorosas al oido de su linda conquista que no le escuchaba, temblaba pensando en que se iba á ver avergonzado.

Maquinalmente y como se hace en los casos estremos, Franz buscaba en otro bolsillo, donde estaba seguro de no haber guardado nada. El mozo empezaha á mirarle con inquietud.

El marino fingia estar enteramente entregado su dominó azul, y que nada veia.

Franz encontraba sin embargo alguna cosa en el fondo del bolsillo que creia vacío. Una sorpresa profunda, reemplazó á la turbacion que un momento antes se notaba en su semblante.

Sacó la mano; y con la mano una bolsa llena de monedas de oro.

Era una estraña compensacion. Mientras que por un lado se le saqueaba, por otro se le enriquecia.

La sorpresa del marino fué casi tan grande como la de Franz.

Parece que nos han hecho regalos! Dijo en-

tre sí: veamos el mio!

Metióse la mano en el bolsillo riendo, y no encontró nada mas que un pedazo de papel en que estaban escritas algunas palabras con lápis.

Rióse con mas fuerza y se puso á descifrar aquellos caractéres medio borrados. Pero al leerlos se puso pálido y frunció terriblemente las cejas.

—Qué es eso? preguntó la del dominó azul?

El marino no contestó, y guardó precipitadamente el pedacito de papel.

Franz estaba atónito. Esta circustancia le recordaba todos los acontecimientos de la noche. Se acordó de aquellos personages misteriosos qne con tanta frecuencia se habian acercado á él en el baile. El caballero aleman sobre todo le habia seguido mas de un cuarto de hora, y habia pasado algun tiempo á su lado.

Vació uno de los lados de la bolsa en su mano, que se llenó de soberanos alemanes.

Inclinóse su frente en ademan pensativo; pero no tenia tiempo para entrar en reflecsiones. Puso encima de la mesa el importe de la cuenta y dijo:

—Vamos, Julian... vamos que es tarde.

—Tan pronto! replicó el jóven vizconde d'-Audemer sumamente distraido. No son mas que las cinco y media.

Franz siguió con la vista el dedo de su camarada que señalaba al reloj.

La aguja marcaba efectivamente las cinco y media; pero la péndola no se meneaba.

—Está parado, esclamó Franz poniéndose pálido: es de dia... tal vez se haya pasado la hora.

—Vamos pues, dijo Julian.

Una campana argentina resonó en el corredor. Daban las siete en el reloj de un cuarto inmediato.

Franz escuchó reteniendo la respiracion. Cuando sonó la última campanada, agarró á Julian del brazo y le arrastró con violencia hácia la puerta.

El marino queria resistirse: no habia alcanzado aun la cita.

Pero Franz tenia en aquel momento una fuerza invencible, y sacó fuera al vizconde d'Audemer que apenas tuvo tiempo de dirijir á su linda conquista una mirada de despedida llena de sentimiento.

Las dos damas se quedaron solas y libres de comentar tan precipitada fuga. Sara la comprendia, pero Esther se quedó como quien vé visiones.

Cuando iba á abrir para pedir esplicaciones el armenio salió de su gabinete y asomó á la puerta su cara encendida.

Hizo dos grandes saludos orientales y se retiró.

El baron de Rodach! esclamaron las dos á un tiempo. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

El hombre que estaba de centinela en el boulevard, seguia en su puesto. Solo lo habia abandonado una vez para ir á buscar un coche de alquiler, y este coche se habia parado delante de la puerta del café inglés.

Nuestro hombre y el cochero habian estado hablando unos momentos; despues de lo cual el cochero, sonriéndose y meneando la cabeza con aire de inteligencia, recibió dos luises.

Al salir del café inglés, vió Franz el coche, y subió á él sin decir oste ni moste, seguido de Julian d'Audemer que todavia miraba las ventanas del bienhadado gabinete, donde habia dejado sus lindos amores.

=Al bosque de Bolonia, puerta Maillot! dijo Franz. Volando.

Por lo regular los cocheros simones no se distinguen por su actividad, pero el del coche en cuestion era el mas pesado de todos los cocheros.

=Quitó metódicamente las mantas á los caballos; examinó las ruedas, arregló las riendas y tardó mas de dos minutos en ponerse el sestuplo cuello de su burdo carrik.

—Vamos! gritaba Franz; vamos!

El marino miraba melancólicamente el en-

tresuelo del café inglés y sus ventanas cerradas.

El cochero se arrimó á la portezuela, sacó del bolsillo una caja microscópica de hoja de lata, que trató de abrir. Sus enormes guantes de punto le estorbaban y la cajita no se abria.

—Vamos, maldito de Dios! gritaba Franz agitándose sobre el duro asiento del simon.

—Mi amo, contestaba el cochero; es el número.,..

—El diablo te lleve con tu número! te digo que arranques; te daré buena propina.

—Lo entiendo bien mi amo: pero tengo muger y tres hijos á quienes mantener, y cuando no damos el número nos echan á la calle..,

El armenio cuya túnica se ocultaba bajo los pliegues de su ancha capa, se habia reunido al hombre encargado de hacer centinela. Estaban los dos en la esquina de la calle Fabart, y miraban la escena entre Franz y el cochero, riéndose á mas no poder.

Por fin decidióse el cochero á subir al pescante; peso eran las siete y diez minutos.

Franz respiró.

—Ahora, dijo, voy á repasar la leccion de Grisier!.... Pensad mientras tanto en vuestros amores, Julian.

Se arrellanó en el asiento y se puso á mover trabajosamente el puño, procurando re-

cordar todas las pasiones que habia aprendido.

De cuando en cuando murmuraba entre dientes.

=Doy un paso... pero en cuarta vivamente, y contesto como un leon!... Luego rompo: en guardia! ah! pícaro Verdier.

Cuando mas entusiasmado estaba, advirtió que no andaba el coche.

—Al galope! cochero! al galope! gritaba por la portezuela.

El cochero se hacia el sordo, y recordaba tambien su leccion.

El armenio y su compañero seguian al coche sin salir de su paso.

Pero al cabo y al fin es muy dificil obstruir el paso á un hombre valiente que cree se pueda dudar de su honor.

En medio de los campos Elíseos, Franz apretó el brazo á Julian que empezaba á sacudir las impresiones de la noche.

=Llegaremos tarde, dijo.

=Tal me parece, contestó el marino.

=Verdier se habrá marchado.

—Lo temo.

Franz se asomó á la portezuela, y miró por espacio de un segundo, el paso lento de los caballos, á los que se adelantaban las personas que paseaban á pié.

—Julian, dijo: os sentis con fuerza para ir en una carrera desde aqui al bosque de Bolonia?

—Lo probaremos.

Franz abrio bruscamente la portezuela y se apeó. Julian hizo otro tanto.

Echaron á correr los dos dirigiéndose á la barrera de la Estrella. A los trescientos pasos se volvieron á ver la ventaja que llevaban al coche: mas este estaba á su lado, siguiéndoles al trote largo.

El armenio y su compañero se habian instalado cómodamente dentro.

Franz tuvo ganas de romper los huesos al cochero, que le miraba con aire socarron; pero el tiempo apuraba.

A los pocos minutos salia por la verja de la puerta de Maillot.

Julian y él se metieron inmediatamente en el bosquecillo, que está á la derecha del paseo y conduce á la puerta de Orleans.

El coche paró al llegar á la verja: el armenio y su compañero se dirigieron tambien al bosquecillo.

Franz andaba con precipitacion por entre los árboles. No conocia precisamente el sitio indicado por Verdier; pero la senda del bosque situada entre el paseo y la tapia es tan estrecha que no podia menos de encontrar muy pronto á su adversario.

Al cabo de algunos minutos de andar, oia ruido de espadas.

—Hola! hola! dijo Julian: parece que no somos los únicos esta manana... Aunque pue-

de que sea nuestro hombre que se esté ejercitando con sus testigos.

--Voy á verlo, dijo Franz.

Se lanzó al sitio donde sonaba el ruido, y vió en una plazuelilla á dos hombres que, con espada en mano, se batian como leones.

Es Verdier! esclamo!

--Y el caballero aleman! añadió Julian con gran sorpresa.

Habíase bailado en esta noche lo mismo en las calles estraviadas, que en los barrios opulentos. Valentino habia competido con la sala Favart; el Ambigú cómico habia disputado *polkadores* al Prado, y las inspiraciones de Muzard habian despertado los trágicos ecos del atónito Odeon. Habíase oido el sonido de las orquestas á lo largo de las anchas calles del arrabal de San German: y el elegante silensio que reina en ellas habia sido interrumpido.

Los inválidos se habian dormido con el ruido de las contradanzas: los valses del arrabal de San Antonio habian mecido el sueño de los presos de la Rognette.

Desde la calzada de Antin al barrio Montte-card, y desde la puerta de San Dionisio al campo de Marte, habia sido todo una larga y prolongada fiesta, canciones sin fin, alegres batallas y risotadas interminables.

Habíase bailado en la Courtille, en Waux-hall, en la Ermita, en todos los tibolis, en todas las cabernas y hasta en los chirivitiles

de la Cité.

A nadie habia faltado un cornetin de llaves, y se habian encontrado tambien violines negrófilos para poner en movimientos á los sombríos grooms de nuestro Nababas, y á las negras camaristas de las criollas emigradas.

Paganos y cristianos, negros y blancos, ricos y pobres, ladrones y gente honrada, todos se habian dedicado á divertirse.

Ahora todo se habia acabado; él alumbraba todos aquellos lúbricos misterios; el amortiguado sol de nuestros inviernos miraba la ciudad disgustada y fatigada á fuerza de placeres.

Despues de esas noches de baile en que la mitad se entrega con cuerpo y alma á toda clase de diversiones, toma la ciudad un aire contrito y avergonzado, y despierta abotargada como el bebedor despues de una orgía.

A lo largo del boulevard, solo veis transeuntes de mal humor, arrastrando los pies y restregándose los ojos. Alguno que otro coche lleno de borrachos que lanzan por las portezuelas innobles invectivas y gritos descompasados. Algun paletó demasiado corto deja asomar un traje de máscaras: es un estudiante de leyes de cuarenta años, maltratado por la fortuna, que va á buscar su fria cama, pensando en las conquistas que hubiera podido hacer. A cada paso tiene uno que hacerse á un lado para no tropezar con los

muchos desventurados que titubean bajo el peso del vino, y á quienes los dependientes de la policía, demasiado crueles, no permiten dormir en al arroyo.

Todo eso es feo, triste, repugnante. Es el reverso odioso de una medalla que verdaderamente no tiene lado bueno.

Mientras que todos esos enfermos van á desollar la zorra, el París trabajador despierta, bien tristemente por cierto; porque la aurora que se levanta es la señal del ingrato trabajo de la detestada tarea.

Entre esos dos campos innumerables de ociosos y trabajadores, ¿cuántos son los discretos, cuántos son los dichosos?

Entre los discretos, que son muy raros, hay muchos golosos; en cuanto á los dichosos, Dios los dé....

El Temple no se habia abierto todavia. Su poblacion de ambos sexos habia dado á la fiesta un contingente bastante crecido; pero aqui el placer no perjudica al trabajo: la avidéz endímica que reina entre ese pueblo de mercaderes de poco pelo, le da valor y virtud. Es duro consigo mismo, y no se permite descanso. Las revendedoras del Palacio Real empleaban el tiempo que les quedaba, entre el baile y la hora de abrir el mercado, en doblar minuciosamente su vestido de seda, convertido en dominó, en guardar el peine de oro que les sujetaba el pelo y en

encerrar en el estuche, los pendientes, el collar y las pulseras, con cuyos adornos parecian princesas; porque las revendedoras del Palacio Real tienen todo eso y mucho mas, á pesar de que comen guisado á tres sueldos la racion, y toman café con azúcar á un sueldo la taza.

La avaricia es como la miseria: se aviene generalmente muy bien con la vanidad

Las comerciantas del pabellon de Flora, menos elegantes que sus vecinas, tenian menos necesidades; y en muy poco se diferenciaba su trage de baile de su vestido ordinario.

En cuanto á las bailarinas que producen el *Pou-Volant* y la *Foret-Noire*, no hay que hablar mal; pero la aristocracia del Temple afirma que no forman parte de la buena sociedad.

Sea lo que fuere, fácil hubiese sido reconocer entre las primeras vendedoras instaladas en su puesto á las damas mas intrépidas de Wauxhall y del Ambigú.

Casi todas las tiendas habian tomado parte en la fiesta; y se iba á pasar el dia contando los triunfos que se habian conseguido y las conquistas que se habian hecho.

Lo que mas desean las ninfas del Temple es parecer lo que no son. Con el ausilio de la careta se finjen la esposa de un abogado, la muger de un escribano, la amiga de un guarda del comercio, y algunas se titulan

baronesas ó drogeras de la calle de los Lombardos.

Y todas se divierten lo que pueden, primero por divertirse y luego por contar con mucha locuocidad prodigios de como se han divertido.

Habia sin embargo una casa que daba al mercado del Temple en que la locura no habia perpetrado aquella noche. Era la casa del ropavejero Hans Dorn.

Hans vivia en un lado del patio, y la familia Regnauld en el otro. Hans tenia una habitacion, compuesta de varias piezas, que anunciaba cierta comodidad; los Regnauld no tenian mas que una sala miserable y reducida, en que dormian á la vez la anciana Victoria, su nuera, y su nieto Geignolet; el idiota. Juan Regnault, el tocador de organillo, se recogia en un chirivitil contiguo á la pieza principal, y cuya ventana daba al patio.

Cuando no recorria la ciudad encorvado bajo el peso de su maquinilla, estaba siempre asomado á la ventana.

Muchas horas podian pasar sin que cambiara la direccion de las miradas de Juan porque la ventana de la hermosa Gertrudis caía frente por frente de la suya.

Y Juan Regnault amaba tanto á la hermosa Gertrudis!

Era un escelente muchacho, franco y honrado. Queria y respetaba á su abuela y á su

madre, cuyos padecimientos sabia apreciar. Amaba á José, llamado Geignolet, su pobre hermano á quien Dios habia negado la inteligencia; hubiera muerto gustoso en el trabajo para proporcionar un poco de felicidad á estos tres seres para él tan queridos. Pero Gertrudis absorvia todos sus pensamientos. Adorábala con ese amor inocente y profundo, que solo una vez en la vida hace latir el corazon, y el cual nunca se olvida.

La habia amado desde niña, sin saber como. Era tan buena y tan bonita! Su linda mano ocultaba con reserva la limosna que daba á los desgraciados, mientras que sus megillas se cubrian de hermoso carmin, y en sus ojos sonreian lágrimas de ternura.

Juan Regnault veia todo eso desde la ventana. No daba limosna porque era pobre; pero tenia envidia de Gertrudis, que bajaba siempre que se presentaba algun mendigo en el patio.

Hans Dorn y su hija se compadecian de la miseria, y hacian todo el bien que su estado les permitia.

Gertrudis parecia que era feliz siempre que daba!

Cuando el tocador de organillo salia á recorrer la ciudad, llevaba grabado en su corazon el recuerdo de la linda jóven.

Era un jóven reflexivo. Su vida errante y solitaria en medio de la multitud, aumen-

taba su inclinacion á la meditacion. En los cantos que decia su pobre instrumento, escuchaba profundas melodías. Dios le habia hecho músico y poeta, no de los que producen, sino de los que sienten.

Pensaba, amaba, y solo él conocia el secreto de su melancolía.

Gertrudis se habia acostumbrado á verle con frecuencia en la ventana. Era hermoso, su inteligente y amable sonrisa penetraba hasta el corazon. Gertrudis tenia muy presente, que cuando era niña, Juan Regnault se paraba en el patio para tocarle canciones y enseñar los muñecos que valsaban á compas en la tabla del organillo.

Era complaciente y bueno. Cuanto ella queria otro tanto hacia él y obedecia como un esclavo, su infantil tiranía. En aquel tiempo la acariciaba.

Mas adelante ya no se atrevió.

Ahora cuando pasaba por el patio se quitaba la gorra para saludar á Gertrudis como á una señora; con solo verla se ponia colorado, y luego que la habia visto echaba á correr para contemplarle desde su ventana, se ocultaba detrás de un pingajo que le servia de cortina.

Para que volviese fué preciso que la misma Gertrudis le llamase. Un dia le dijo.

—Juan, no me amais ya?

Al pobre tocador de organillo le faltó po-

co para llorar, pero era de alegria. Desde aquel momento se hizo valiente, y no se volvió á ocultar para mirar á Gertrudis. Cuando se retiraba despues de su cotidiano paseo tocaba una cancion en el patio, y Gertrudis, atenta á la señal, se presentaba al momento. Se dirigian algunas palabras cariñosas, y hablaban vagamente del porvenir, que podia proporcionar mucha felicidad....

Juan Regnault olvidaba su triste situacion y se sonreia con la esperanza.

En estas furtivas citas, no se aumentaba el amor. Los dos jovenes no se cuidaban de dar un nombre á lo que esperitaban; se amaban sin decírselo, y cada dia se amaban mas.

Cuando mas veia Gertrudis que eran impotentes los esfuerzos que hacia Juan para alejar la miseria de su casa, tanto mas le queria Juan: lo conocia, y á su cariño se agregaba una gratitud profunda. Gertrudis le hablaba de su madre, de su anciana abuela y de su hermano idiota, á quienes queria porque amaba á Juan.

Cuando la anciana, cediendo al peso de sus pesares, caia enferma, Gertrudis cuidaba de ella en la cabecera de su cama, y la consolaba; y si, casualmente, los arrugados labios de Mad. de Regnault encontraban una sonrisa fugitiva, era porque veia el hermoso rostro de Gertrudis.

Victoria, por el contrario, no podia mirarle sin esperimentar cierta tristeza. Habia conocido que los dos jóvenes se amaban. Hans Dorn era buen vecino pero conocia mejor que nadie la miseria de los Regnault: y ¿como era posible que permitiese que su hija se casára con Juan?

No queria participar sus temores á su madre política, que padecia cruelmente!

No eran únicamente la miseria y la enfermedad las que amargaban los últimos dias de Mad Regnault. Tenia un secreto que aumentaba sus penas, y que de cuando en cuando se escapaba de su atormentado pecho. Hablaba entonces de un hijo, de quien se acordaban todavía vagamente las vendedoras ancianas del Temple, y que la habia abandonado llevándose todos los recursos de la familia.

Llamábase Jacobo. Era el Benjamin de la casa: su madre le adoraba: su padre le habia dado una educacion superior á su clase.

Los que conocian esta historia, decian que la fuga de Jacobo habia ocasionado la muerte de su padre, que sucumbió á la desesperacion.

Añadíase que desde entonces la desgracia se habia encarnizado con la familia Regnault. La miseria habia entrado en la casa para no volver á salir. Los hermanos de Jacobo habian muerto. De todos los hijos que en

otro tiempo se sentaban en el hogar de Regnault, solo quedaba la muger del hijo mayor, Vitoria, que de dos hijos que habia tenido, el uno era idiota.

Todo lo que llevaba el nombre de Regnault parecia que estaba maldecido. En el Temple los miraban con alguna compasion, porque la abuela era la decana de las vendedoras: tambien decian que los Regnault tenian desgracia, y la causaban á cuantos tenian roce con ellos.

Todo el mundo teme el contagio mortal de la miseria.

La opinion general entre la opinion del mercado, era que Jacobo Regnault habia muerto no se sabia donde. Algunos mas caritativos añadian sin embargo que le habian ahorcado en Inglaterra.

Pero la abuela soltaba á veces algunas palabras, de las cuales se podian inferir que su hijo vivia aun: eran palabras sueltas y misteriosas que saltaban de su corazon.

Cuando le preguntaban no contestaba.

El sol habia salido ya. Era poco mas ó menos la hora en que Franz y Julian d'Audemer salian del café para ir al bosque de Bolonia.

Hans Dorn hacia mucho tiempo que estaba desierto, habia dormido muy poco durante la noche, y sus recuerdos, reanimados por los acontecimientos de la velada anterior, le ha-

bian tenido sentado muchas horas en su sillon antes de acostarse.

Lo que habia visto le parecia un sueño. Hacia tanto tiempo que habia perdido toda esperanza, y que toda la actividad de su existencia se dedicaba esclusivamente á atender al porvenir de su interesante Gertrudis!

Esta mañana se ocupaba su imaginacion de lo pasado. Volvia á ver á Bluthaupt el magnifico castillo, lleno aun de grandezas soberanas; y en ese inmenso palacio veia á dos lindas jóvenes, una que caminaba ya triste al sepulcro, y otra que se sonreia feliz y llena de vida.

Margarita y Gertrudis, la noble señora y la fiel criada, la hija de los señores encorvada bajo su precoz martirio, y la hija de los pobres arrendatarios brillante de juventud y de alegria.

Ay! las dos habian muerto: la condesa en una cama cincelada, entre los opulentos borbados de sus cortinages de seda; la criada en un camastro del barrio del Temple.

=¡Las dos jóvenes! ¡las dos hermosas en en la hora en que Dios las llamó!

Gertrudis habia dejado una hija que llevaba su nombre, que tenia su corazon y su cara; se habia dormido eternamente entre su esposo y su hija. Margarita habia dejado un hijo que no conocia á su madre.

Gertrudis estaba alli, protegida y querida,

Gertrudis la hija de un amor puro, la única alegria de su padre.

Pero ¿dónde estaba en este momento el heredero de Bluthaupt?

Un estremecimiento general corria por las venas de Hans.

El hijo menor de Bluthaupt estaba en este momento próximo tal vez á exahalar el último suspiro.

Hans se sentaba sobre la colcha de lana que cubria su cama. Su hermosa cara estaba pálida; tenia los ojos desencajados, y cruzaba sobre las rodillas sus frias manos.

Un sin número de fantasmas cruzaban por delante de su turbada vista.

Era un hermoso jóven de rostro delicado y afeminado, que tenia en la mano una gran espada demasiado pesada para su brazo. Otra espada se cruzaba con la suya. El jóven caia y sus largos cabellos rubios cubrian su pálido rostro, como cubrian la de Margarita los suyos al exhalar el último suspiro.

Un sudor frio se apoderó del cuerpo de Hans. Juntaba la manos y pronunciaba el nombre del baron de Rodach, como se implora la Providencia en el momento supremo.

En su aseada habitacion se abrochaba Gertrudis el corsé. Su graciosa mano apenas tocaba la trencilla, y la tela naturalmente sujetada dibujaba las bellas perfecciones de su talle.

Su boca de rosa se sonreia delante del espejo.

Gertrudis acabó pronto su tocador. Soltóse un cordon y sus negros cabellos inundaron su ganganta y sus espaldas. Dos ó tres veces pasaron los dientes de un peine á través de aquellas madejas de seda: luego las recojió con la mano, demasiado pequena para contener su pródiga abundancia, y les dió varias vueltas al rededor de su cabeza.

Un vestido, prontamente abrochado, cubrió su blanco corsé.

Antes de arreglar su cuarto, fué á mirar por entre las cortinas. Jacobo Regnauld estaba en su puesto, asomado á la ventana de su casa; y sus miradas obstinadamente clavadas en las de Gertrudis eran mas tristes de lo que acostumbraba.

La melancolía cubrió la sonrisa de Gertrudis.

—Pobre Juan! murmuró: quisiera hacerle feliz!

Volvió á su cama, y se arrodilló delante de una imágen de la virgen que su madre habia traido de Alemania. Rogo á Dios por Juan, por su padre, que tan cariñosamente la amaba, y por todos los desgraciados que tenian necesidad de consuelo.

Su oracion, corta y sincera, subió al cielo como un incienso puro.

Cuando se levantó, su rostro habia reco-

brado su alegria. Encendió una hornilla de hierro, y se puso á soplar cantando.

CAPITULO II.

El buen Araby.

Gertrudis soplaba la lumbre y cantaba con fervor. Su voz fresca y sonora resonaba en su reducida habitacion. Cuando estuvo encendido el carbon salió y volvió á entrar casi al mismo tiempo, teniendo en la mano un puchero que colocó encima del brasero. Mientras se ocupaba en estos quehaceres diarios, sus movimientos eran sumamente graciosos. Tan pronto estallaba su vos estrepitosamente, como se debilitaba hasta parecer un murmullo. Algunas veces interrumpia su canto repentinamente.

Entonces su hermosa cabeza se inclinaba pensativa, y sus brazos perezosos caian á lo largo de su cuerpo. Reflexionaba: la meditacion de las jovenes pasaba por su frente y la encorvaba.

Un momento despues se enderezaba mas alegre: su cancion vibraba de nuevo con mas fuerza; la nube que empanaba su brillante mirada se habia disipado.

Mientras que el puchero cocia, levantó la cama y arregló los pliegues de las cortinas, blancas como la nieve. En un abrir y cerrar de ojos estuvo arreglado el cuartito, presentando un aspecto de graciosa coqueteria: los relucientes cristales de la ventana parecian otros tantos espejos.

El puchero que cocia á la lumbre, contenia el almuerzo de su padre y el suyo. Era una buena sopa alemana, tan sumamente espesa, que una cuchara colocada en medio se hubiera tenido derecha. Gertudis la condimentó con esperta mano, la echó despues en una sopera, y la tapó con un plato de loza.

Hecha esta operacion, se puso un pañuelo de muselina por la cabeza, y bajó la escalera con la sopera en la mano.

Al llegar al umbral de la puerta, miró á la ventana de Juan Regnault, que la estaba observando. Saludóle con la cabeza, y la cara de Juan se animó, como si la hubiesen iluminado de repente los rayos del sol.

Gertrudis no hizo mas que pasar. Atravesó el largo paseo que conduce al Temple, y se dirigio con paso largo á la Rotonda.

Las tiendecillas empezaban á abrirse; los taberneros vecinos servian el aguardiente de la mañana á su alterada clientela, y el peristilo de la Rotonda recibia su diario adorno, sus uniformes viejos y fraques raidos.

La mayor parte de los prenderos estaban en su puesto. Solo alguna que otra perezosa tienda tardaba en abrirse.

Todos los bazares que dan al peristilo de la Rotonda ya están ocupados por vendedores de hierro viejo, de ropas o de zapatos de la valentía, están construidos bajo un mismo plan. Esta regla no tiene mas escepcion que el establecimiento de vinos, llamado de los *Dos leones*, y dos puestos que dan á la calle desierta, continuacion de la de Petit-Thouars.

La taberna ha reunido muchas tiendas en una sola; mientras que los puestos de que hablamos son una sola tienda dividida en dos por un tabique. En su estado normal, las tiendas no son muy anchas; reducidas á la mitad, las dos indicadas formaban dos estrechos embudos. terminando en una trastienda, cortada paralelamente en dos porciones iguales.

Ocupaba la primera un vendedor de hierro viejo, demasiado pobre para alquilar una

tienda entera: era dueno de la segunda uno de los personages mas notables del Temple en 1844.

Tenia por la parte de afuera la misma fisonomía que su vecina; tenia, si se quiere, una fisonomia mas pobre. En la puerta tenia colgado un pantalon encarnado con franja azul: y dos ó tres casacas con bordados de cobre.

Era la muestra, y la muestra mentia.

Pero todo el mundo sabia en el Temple lo que vendia el dueno de aquel chirivitil, y los colgajos de la puerta no enganaban á nadie.

Cuando se habia pasado por debajo de los pantalones y de las casacas, se entraba en una antesalita cuadrada, y se encontraba una separacion hecha de fuertes tablas de encina, en la que habia un agugero en forma de media luna.

La separacion tenia una puerta, pero esta puerta estaba siempre cerrada. Detrás de ella, desde las diez de la mañana hasta las cuatro de la tarde habia siempre un anciano llamado Araby, que daba dinero á interés, y que hacia á los vendedores del Temple los mismos servicios que ciertos banqueros filantrópicos hacen al comercio pobre de Paris. Con la diferencia de que estos hacen su tráfico públicamente, y se enfadan cuando los llaman usureros; y Araby se presentaba lo menos posible: llegaba todos los dias á la mis-

ma hora, se metia en el agugero y ya no volvia á salir de él.

Mucho tiempo se creyó que dormia detrás de la separacion de tablas, que defendia la entrada de su santuario. A las cuatro ó cuatro y media, el agugero en forma de media luna, que le servia de escritorio se cerraba, y lo mismo la puerta que daba al peristilo.

Pero no veian retirarse á Araby.

Tal vez esperaba á la noche; tal vez se marchaba por algun otro lado de la Rotonda: lo cierto es que al dia siguiente á cosa de las nueve y media, se le veia atravesar con paso inseguro, pero vivo y rápido aun las calles de *Puits* y de la *Corderie*, entrar en la plaza de la Rotonda y meterse inmediatamente en su agujero.

En el mercado y sus inmediaciones llamaban á Araby el lobo blanco. Por mejor decir, conocian su figura y trage, porque muy pocos podian vanagloriarse de haberle visto la cara.

Tanto en invierno como en verano llevaba pantalones de pié, grandes zapatos con lazos, de los cuales salian vedijas de lana, una hopalanda de castor raida con cuello de pieles, y una gorra de nutria con una gran visera que le tapaba los ojos. Completaba su trage una capa corta, como la de los cocheros simones.

Los que aseguraban haberle visto, habrian

tenido que acercarse mucho para mirarle debajo de la descomunal visera de su gorra. Hablaban de una cara amarillenta y arrugada como una manzana en conserva en el mes de abril, de una nariz retorcida, de una boca hundida y sin dientes, de dos ojos pequeños y viveraches, que pestañeaban debajo de unas enormes gafas azules.

Añadian que el buen hombre debia tener cien años, y que nunca habian visto una persona tan cascada, tan caduca, ni tan decrépita.

No habia un chiquillo, desde la calle de Vendome, hasta el monumento espiatorio de Luis XVI que no conociese perfectamente las canillas y el espinazo abovedado del buen Araby. Las madres se servian de su nombre para meter miedo á sus hijos. En las tabernas que rodean el mercado se reian de él, pero á las almas crédulas inspiraba un vago terror.

Habia hombre que por cuanto hay en el mundo no hubiera pasado por delante de la Rotonda; pues se decia, que en aquellas horas el buen Araby ó su sombra, vagaba lentamente por delante de los *Dos leones*, y recogia los sueldos que se habian perdido durante el dia.

Y otras veinte misteriosas historias! Algunos hasta aseguraban que era el Hebreo maldecido de Dios, conocido en todo el univer-

so, tantos siglos hace, bajo el nombre de Judio Errante.

Sea lo que fuere de estas suposiciones, medio burlonas, medio formales, y menos raras de lo que se piensa en la capital del mundo civilizado, en nuestra edad luminosa, nadie dejaba de recurrir al buen Araby en las ocasiones apuradas. Y Dios sabe cuán frecuentes son estas ocasiones para los negociantes del Temple.

Cierto es que hay un monte de piedad; pero el monte de piedad, á pesar de su escelente carácter, es aun demasiado formal para ciertas ecsigencias. El buen Araby daba tal vez algo menos que en el monte, y el interes de sus adelantos era mucho mayor, pero no ecsigia mas que la prenda. De nada le servian los pasaportes; no miraba los recibos de los alquileres de la casa: no preguntaba siquiera el nombre al que iba á empeñar, y bien se le podia llevar con toda seguridad un reloj encontrado en la calle, una cadena adquirida por derecho de conquista, ó algunas varas de paño, producto de una astucia ilegitima.

Ademas prestaba desde cien luises hasta tres sueldos.

A la derecha de la antesalita que precedia la separacion de tablas, habia una puerta que conducia á un almacen oscuro.

En este almacen, habia toda clase de efec-

tes perfectamente colocados, y que el buen Araby hacia vender en la calle, al cabo de quince dias cuando sus deudores no le entregaban el doble de su cantidad que les habia prestado.

Aun cuando el usurero llevaba el ciento por ciento y aun mas del dinero que prestaba, nadie se atrevia á delatarle. Hay una cosa que protegerá siempre la usura, y es la necesidad

Por otra parte entre los habitantes del Temple habia una creencia comun. Pensábase que la policia no ignoraba el comercio clandestino del buen Araby, y que el usurero pagaba á los agentes encargados de vigilar al mercado alguna misteriosa patente.

Por estas causas ó por otras, hacia tranquilamente su tráfico. Los agentes no se acercaban nunca el agujero, que estaba siempre lleno de gente.

A la tienda de Araby se dirigió la hermosa Gertrudis al salir de casa de su padre.

La tienda estaba cerrada todavia.

Gertrudis dió dos ó tres golpes á la puerta con sus delicadas manos.

=¿Quién es? preguntó una voz débil desde dentro.

=Soy yo, Gertrudis.

--Oh! señorita, gracias, gracias dijo la voz con acento de alegria: esperad un momento; voy á abrir.

Abrióse una puertecita y entró Gertrudis en la antesala cuadrada, en la que la habia precedido la sombría luz del peristilo.

Habia allí un ser humano, una pobre criatura flaca y pálida, que era la criada de Araby.

Los pocos pies cuadrados de la antesala formaban toda su habitacion, y su cama consistia en un mal colchon, tirado en el humedo suelo.

Entre el colchon y la pared apenas quedaba espacio para poder andar.

La muchacha se llamaba Noemia. En el Temple á los muchachos que hay en las tiendas, para llevar los recados, los llaman *galifards*. Noemia desempeñaba estas mismas funciones en casa del usurero, y en el barrio era casi tan conocida como el mismo buen Araby, bajo el nombre de Noemia la *galifarda*.

En todo el universo no se hubiera podido encontrar un estado mas miserable que el suyo. En las frias noches del invierno dormia en el estrecho espacio en que la encontramos ahora, sin mas abrigo que su vestido de percal. El viento pasaba á través de las tablas mal unidas de la puerta de la calle; las del escritorio de Araby y del almacen, cerradas con pesadas cadenas, le impedian buscar asilo en otra parte.

El usurero la hacia trabajar mas de lo que

sus fuerzas permitian, no le daba salario, y le escaseaba la comida.

Cuando salian los mercaderes del Temple, compadecidos de ella, le daban algunos pedazos de pan; pero tenia un enemigo que la perseguia sin cesar, y que sabia quitarle cuanto tenia con una habilidad diabólica.

El idiota la esperaba siempre por donde habia de pasar. Se escondia en los portales y allí permanecia inmóvil, acechando como un perro, y cuando la *galifalda* llegaba comiéndose alegremente el pedazo de pan que le habian dado, se lanzaba sobre ella; le arrancaba su presa y la pegaba.

Noemia huia llorando. Los parroquianos de las tabernas salian á la puerta para presenciar aquella escena que los divertia estraordinariamente. Geignolet gozándose en su triunfo, se subia á un guarda-canton y se ponia á cantar con la boca llena. Dábanle un trago á fin de animar su valor para otras hazañas semejantes, pero vo volvia á emprenderlas hasta el dia siguiente, porque no encontraba á su alrededor un ser mas inofensivo y mas débil á quien pudiese oprimir impunemente

Hacianse mil comentarios acerca de Nonó, lo mismo que acerca del buen Araby. El anciano vivia completamente aislado y nadie habia podido averiguar su género de vida. Ignorábase el origen de la muchacha, no tenia parientes, y á no ser por el miserable pues-

to que ocupaba en casa del usurero, hubiera carecido de asilo.

Ademas de que Gertrudis le llevaba todas las mananas de almorzar antes de que llegara Araby, tenia Nonó otra protectora. Mad. Batailleur, vendedora de chucherías en el Palacio Real la llamaba siempre que pasaba; y á propósito de esto se referia una aventura bastante estraña.

Un dia la Galifarda habia sido maltratada en las inmediaciones del Palacio Real por su enemigo el idiota; y este la maltrató cruelmente, y la hubiera maltratado mucho mas, si la pobre muchacha no se hubiera refugiado en la tienda de madama Batailleur.

Habia una señora en ella comprando varias frioleras.

Nonó la Galifarda se sentó en un rincon jadeando y desecha en lágrimas. La señora la miró, dejó sobre el mostrador las compras y habló algunas palabras en voz baja á la tendera.

Nonó era entonces mucho mas pequeña y mucho mas débil que ahora. Siguio llorando en su rincon por espacio de algunos minutos, y cerró despues los ojos cansados de tanto llorar.

Quedóse dormida.

Asegoróse qne la señora se acercó á ella con mucho cuidado por no meter ruido, y que la estuvo contemplando largo rato sumamen-

te conmovida, imprimiendo despues en su pálida frente un carinoso beso.

Mad. Bataillenr decia que no se acordaba de semejante cosa, y anadia que si sus vecinas Olga, Cesarina y Mad. Alfred se hubiesen ocupado de sus negocios, no hubieran visto mas claro que ella en su propio almacen.

Nono podria tener quince años: p ro la miseria habia retardado su crecimiento. Era delgada y sus pobres miembros dejaban ver su debilidad á través de los rasgones de su vestido de percal. Su pecho no se desarrollaba, sus contornos, delicados y apenas indicados, graciosa promesa que sonrie ya en la virgen adolecente, no levantaban todavia la tela de su vestido. Todo su cuerpo participaba de esa flaqueza uniforme que revela la angustia y la necesidad.

Pero á pesar de esta apariencia miserable, el talle de Nonó era esbelto y flexible, y atraia las miradas hasta cierto punto con complacencia. Habia una especie de atractivo en la compasion que inspiraba, viendo su debilidad y su desgracia. Sus facciones eran regulares y finas, y en su pálido rostro habia una espresion de resignado y sumiso sufrimiento.

La pobre muchacha sabia sonreirse en medio de sus lágrimas. Sus hermosos ojos negros, hundidos por el pesar, se animaban entonces, y despedian una mirada mas penetrante y mas carinosa.

Era un fugitivo rayo del sol alumbrando una opaca mañana de invierno.

Cualquiera que en el Temple hubiera dicho que la Galifarda era bonita, habria pasado por loco. Solo veian en ella su enfermiza palidéz, y los girones mal disimulados de su vestido. Mucho desprecio y un poco de compasion era cuanto inspiraba; y sin embargo era bonita como el mudo sufrimiento que se resigna. La aureola del martirio coronaba su frente: un poeta hubiera encontrado muchas inspiraciones en su silenciosa tristeza.

Estaba sentada sobre su duro colchon, y comia con avidéz el almuerzo que Gertrudis acababa de traerle.

La luz del dia penetraba en el estrecho recinto por la abertura recientemente improvisada, formando un estraño y bello contraste. Deslizábase por los cabellos de Gertrudis, alumbrando de perfil su radiante frente, en que brillaban la fuerza y la alegria de la juventud. Caia luego á plomo sobre el macilento rostro de la Galifarda, que en aquel momento era feliz, y que dirigia á su hermosa compañera una mirada melancólica y agradecida.

En la calle, como para dar á este cuadro de grata caridad un enérgico contraste, se veia la estupida cara del idiota, que se deslizaba entre los pilares del peristilo, y que gruñia sordamente porque veia que se le escapaba la presa.

CAPITULO III.

Nonó la Galifarda.

Despues de haber pasado dos ó tres veces por delante de la tienda de Araby, se detuvo el idiota detras de uno de los pilares del peristilo.

Seguian sus miradas todos los movimientos de la Galifarda que llevaba la cuchara á sus labios. Parecia un gozquecillo glotón estasiado delante del almuerzo de su amo.

=Tenias mucha hambre, Nonó! dijo Gertrudis que la miraba comer sonriéndose.

-Oh! sí, contestó la muchacha tenia mucha hambre! y creo que me moriria si no os compadecierais de mí, señorita Gertrudis, porque mi amo cada dia se vuelve mas avaro, y las pocas veces que me dá pan, Geignoglet me lo quita.

—Cuando tengas hambre ven á casa. No puedo dejar la tienda. Mi amo es muy viejo, pero todavia tiene bastante fuerza para pegarme. Y luego para ir á vuestra casa, señorita, tengo que salir á la calle, y me encontraria Geignolet!

—Con qué tanto miedo le tienes? Dijo Gertrudis.

La Galifarda se estremeció de pies á cabeza.

—Una vez, replicó dejando de comer, me encontré al anochecer en un ángulo de la plaza de la corderie. Ay! señorita, es tan malo como vos buena! me agarró de los cabellos, me derribó al suelo, me pego y me pisoteó gruñendo de rabia! A no haber sido por Herman, el amigo de vestro padre, que casualmente pasó por allí, creo que me hubiera matado.

La Galifarda estaba sumamente agitada y derramaba copiosas lágrimas.

Gertrudis á quien la relacion de la muchacha habia conmovido, se sentó á su lado en el colchon.

Geignolet se escondió detrás del pilar.

—¿Pero qué le has hecho Nonó, preguntó Gertrudis, para que tanto te deteste?

—Dios mio! contestó la pobre muchacha; le he quitado su colocacion y Dios sabe lo que la dichosa colocacion vale! Era antes que yo el *galifard* de mi amo quien lo despi-

dió porque le robaba.

Gertrudis agarró la fria mano de Nonó y se la calentó entre las suyas.

=Despáchate, dijo, hija mia, mi padre me está esperando.

Nono llevó de nuevo la cuchara á sus lábios y dejó vacia en pocos momentos la sopera.

El idiota soltó un sordo gruñido.

=La Galifarda se lo ha comido todo! dijo, no ha dejado nada para Geignolet! y salió de detras del pilar; Nonó le divisó y se quedó aterrada. Gertrudis se volvió vivamente y vió al idiota que huia amenazando á su victima.

Gertrudis se levantó y recogió la sopera.

—Es un pobre insensato dijo; y hay que perdonarle.

=Oh! le perdono! esclamó con viveza la muchacha, cuyos grandes ojos despedian un reflejo angelical; le perdono por vos senorita y por su hermano á quien amais. Ruego á Dios por él y por todos sus parientes que padecen como yo.

Las megillas de Gertrudis se cubrieron de vivo carmin.

=Adios, Nonó; no tienes nada que decirme?

La Galifarda vaciló un momento y sus largos párpados se pegaron á sus descarnadas megillas.

=Algo tenia que deciros, contestó al fin; pero he temido afligiros.

Gertrudis que se hallaba ya junto á la puerta volvió á acercarse á Nonó que le cojio la mano y se la besó.

—Me gusta tanto veros alegre! prosiguió: y cuando en vuestros ojos noto algun pesar lo siento tanto!

—Habla pronto! dijo Gertrudis

—Ayer vino Mad. Regnault; la pobre señora lloró y oí que suplicaba á mi amo le prestára dinero.

—Cuánto dinero? preguntó Gertrudis.

—Oh! mucho! mucho! replicó la muchacha, ayer mañana os dije que no habia pagado el alquiler de su tienda; pero eso no es nada! despues, segun he oido parece que debe á un hombre desapiadado, y si no le paga, la encerrarán en la cárcel!

Los frescos colores desaparecieron de las mejillas de Gertrudis.

=Y Araby no quiso darle dinero?

Nonó se encogio de hombros.

=No dejaba alhaja en prenda, replicó; mi amo la despidió llenándola de injurias.

Gertrudis se quedó reflexionando.

=Es preciso que le vea, dijo al fin para si. Adios Nonó; volveré mañana.

Cuando se hubo marchado levantó la muchacha los ojos al cielo y rogo á Dios que la hiciera feliz.

Aun no habia llegado Gertrudis á casa de su padre cuando un anciano flaco, empaquetado en una hopalanda y con una gorra de piel de nutria con una gran visera desembocó por la calle de la Petite Corderie.

Detras de él venian una porcion de chiquillos dando de esos gritos del carnaval que no es posible describir.

Atravesó la plaza de la Rotonda meneando la cabeza y apoyándose en un baston con puño de asta.

Era el buen Araby que iba á su tienda mas temprano de lo que acostumbraba porque el dia anterior se habia retirado una hora antes.

Al entrar en la pequeña antesala dirijió á su pobre criada una mirada del mal humor.

—Perezosa, dijo, te tengo yo aqui para estropear mis colchones hasta las ocho de la mañana? te he dado lana para que hiles cuándo yo no esté en casa; donde está tu labor, olgázana?

Nonó nada respondió y permaneció de pié delante de su amo, teniendo dibujada en su rostro la mas profunda sumision.

—Arregla tu cuarto, continuó el usurero.

Nonó dobló el colchon y cargó con él con gran trabajo.

Araby abrió la puerta del almacen. El cuarto estaba arreglado.

El usurero sacó en seguida del bolsillo dos grandes llaves que introdujo en la cerradura

de su escritorio. La puerta giró sobre sus goznes rechinando; el anciano desapareció y se oyó correr un cerrojo.

Al cabo de algunos minutos, una tabla que cerraba el agugero en forma de media luna se deslizó bruscamente en su encage; la descomunal visera del usurero apareció en una especie de gatera.

El escritorio estaba abierto.

=Olgazana! dijo Araby desde el agujero; anda á buscar mi almuerzo y no te detengas en el camino.

Tiró una moneda de seis liars en la tabla negra y ennegrecida por el uso que salia del agujero.

Nonó recogió la moneda, y se fué corriendo, regresando al cabo de un minuto con un pedazo de pan y una corteza de queso, que se vendia muy barato por estar averiado.

Araby lo recogió; alcanzó un cuchillo muy viejo, cuya hoja apenas tenia cuatro líneas de ancho y se puso á almorzar.

Los bocados de pan y los bocados de queso pasaban juntos por debajo de la enorme visera; y solo se veia la barba del usurero que seguia los movimientos de su boca. Conforme iba mascando su almuerzo con sensual lentitud, decia Araby.

=Olgazana! es imposible que tengas hambre tan temprano y cuando acabas de levantarte! A ver si haces puesto en el almacen

para lo que Dios nos envie hoy. No rompas ni me quites nada; estoy contento contigo; á la hora de comer tendrás pan y el queso que yo deje.

Nonó entró en la trastienda.

Araby continuó su festin, acechando desde el agujero. Parecia un mico goloso que roia una nuez que acababa de robar.

Gertrudis habia llegado á su casa. En el patio la esperaba Juan Regnauld cargado con el organillo.

Pasó por delante de él con precipitacion, y diciéndole:

=Esperadme; vuelvo al instante.

Subió corriendo á su cuarto, y ni siquiera echó una mirada al puchero que estaba cociendo á borbotones en la hornilla.

Abrió el modesto armario de nogal donde estaban sus vestidos. Sacó de un cajon un bolsillito que contenia hasta unas veinte monedas de cinco francos, todas nuevas y relucientes que su padre le habia ido dando una á una.

Luego bajó con la misma velocidad que habia subido.

En vez de salir al patio, se detuvo en el umbral de la puerta y llamó con una seña al tocador de organillo.

Juan Regnauld se alegraba mucho de verla, pero en su rostro se notaba mayor tristeza que nunca.

Gertrudis puso su pequeña mano sobre la chaqueta de terciopelo del pobre muchacho, y se le quedó mirando largo rato sin hablarle. En aquel momento no era la jóven insustancial y frivola, pasando de la oracion al canto, y sublevándose contra la infantil tristeza de sus meditaciones.

Habia en sus miradas un interés formal y profundo.

—Juan, tartamudeó en tono de reconvencion: me decis que me amais, y sin embargo no teneis confianza en mi.

El tocador de organillo, estaba cabizbajo y y pálido.

=Si fuera feliz, Gertrudis, respondió temblando, Dios sabe que mi mayor gusto seria que participaráis de mi felicidad!... pero me gusta tanto veros alegre.... por qué os he de manifestar mis penas?

Gertrudis frunció las cejas.

=Me habeis mentido, dijo: no me amais!

El pobre Juan juntó las manos; y en sus miradas se pintó todo su amor, constante sincero y respetuoso.

=Oh! Gertrudis! no me digais eso... Hago mal en amaros tal véz, porque no puedo proporcionaros mas que pesares y miseria... pero os amo, Dios mio! os amo como un loco, y contra mi voluntad.

Gertrudis fingió mayor incomodidad; y volvió la cabeza para ocultar la emocion que se

iba apoderando de ella.

—El que ama, dijo haciendo un esfuerzo para conservar su frialdad, es franco con su amada... Si yo padeciera me parece que encontraria consuelo en hablaros de mis penas... pero vos no pensais del mismo modo: nada me decis, y por un estraño acabo de saber el peligro que amenaza á vuestra madre.

El tocador de organillo se tapó la cara con las manos.

=Es ya la noticia del Temple! esclamó con amargura: ayer es cuando lo he sabido, Gertrudis! Pero hay personas que se complacen en adivinar los disgustos de los demas. Quién os lo ha dicho, y qué os han dicho?

La voz de Juan espresaba un dolor tan amargo, que los ojos de Gertrudis se arrasaron en lágrimas. La interesante jóven balbuceó algunas palabras confusas.

Juan Regnault las comprendió, y volvió á taparse la cara con las manos. Dejó en el suelo el organillo, que no podia sostener, y se sentó en el primer escalon de la escalera.

Gertrudis se sentó á su lado.

=Con que es cierto? le preguntó.

=Y tan cierto, contestó el tocador de organillo, dando un suspiro: la pobre muger parece muy vieja, pero no tiene aun la edad que esceptua de la cárcel..... Ayer mañana, mi madre me lo dijo todo llorando; yo creia que solo necesitaba el importe del alquiler de

la tiendecilla, y estaba tan contento porque había ganado durante el dia la cantidad á que el alquiler asciende... Pero, Dios mio! para ganar lo que á mi madre le hace falta necesitaria semanas y meses enteros de mucha suerte.

Detúvose, y un sollozo convulsivo agitó su pecho.

=La cárcel! añadió... la cárcel! á su edad!.. Oh! yo soy fuerte.... y no temo el desprecio del mundo... Cuanto pediria á Dios, es que me encerrasen en lugar de mi madre... Vos al menos no me despreciariais, y sabriais que era un hombre honrado.

—Un hombre honrado y un buen hijo, dijo la jóven que apretaba la mano de Juan entre las suyas; un buen hijo y un corazon noble con cuyo amor me envanezco!

—Gracias! gracias! murmuró Juan sonriéndose.

Pero meneando la cabeza bruscamente, añadió.

=Pero, ¿por qué me hablais de eso? No soy yo el que necesita ser consolado, Gertrudis....Si pudiese encontrar otra ocupacion menos ingrata, venderia mi organillo.... mi pobre compañero! añadió acariciando el instrumento con la mano...que me ha consolado muchas veces cuando estaba triste... Pero le venderia! oh! si, le venderia!... y quisiera tener mas que sacrificar.

Levantóse y cogió la correa del organillo para echárselo al hombro.

Gertrudis le detuvo por el brazo.

—Quedaos, murmuró; quedaos otro rato: tengo que deciros una cosa.

Juan obedeció como siempre: pero Gertrudis no habló: parecia que no se atrevia.

Estaban allí los dos sentados uno junto al otro en el sucio escalon de una mala escalera.

Muchas otras citas, dadas y recibidas en las noches anteriores, se habian verificado entre cortinajes de seda, en el reservado silencio de los gabinetes, y sobre el elástico terciopelo de los divanes.

Pero en ninguna parte se hubiera encontrado mas sinceridad, ni mas amor, pero en ninguna parte se hubiera encontrado corazones mas generosos ni mas leales.

Juan y Gertrudis se amaban con toda la fuerza de su alma. En el sucio escalon, entre las húmedas y negras paredes de la miserable escalera, habria lo que tal vez no se habria encontrado en mas ricas y mas elegantes habitaciones: un corazon de vírgen delicado y puro, un corazon de jóven enérgico y franco, un cariño correspondido, un amor sin igual, dos conciencias que no tenian nada que ocultar, y que podian revelar con orgullo sus mas íntimos misterios.

Sin embargo no se atrevia á tomar la palabra. Cambiaba de color y su boca tembla-

ba, como si se hubiese avergonzado del secreto que iba á revelar.

Juan la miraba con inquietud.

=Tengo que deciros una cosa, repitió, despues de un momento de silencio: es un favor.. y si me le negais, seré muy desgraciada.

=Cómo os le habia de negar, Gertrudis?

La jóven quiso sonreirse, y metió la mano en su pecho.

Julian no reparó en este movimiento.

—Me prometeis decir: si? prosiguió Gertrudis con cariñosa voz.

=Os lo prometo, contestó el tocador de organillo.

Gertrudis sacó vivamente de su seno la mano en que tenia un bolsillo: la sonrisa desapareció de los lábios de Juan Regnault.

=Me habeis prometido que accederiais, dijo Gertrudis con los ojos bajos y en tono de súplica: tomad este dinero y llevadselo á vuestra madre.

Juan no contestó y se quedó mirando el bolsillo con asombro.

—Debiera haber temido lo que me pasa, murmuró. Oh! la pobreza! lo que para los demas es alegría, envenena mas y mas nuestros disgustos... Gertrudis, mi corazon os está sumamente agradecido, pero vuestro padre es rico en comparacion de nosotros.... Las mugeres del mercado dicen ya que os amo por interés.

—Vos! esclamó Gertrudis indignada; por interés!

—Somos tan pobres!... pronunció el tocador de organillo con amargo desaliento.

Gertrudis bajó la cabeza: otra vez se quedó vacilando.

Al poco rato levantó los ojos; y su fisonomía en que ordinariamente brillaba la traviesa alegría de la infancia, habia tomado un carácter firme y casi altivo.

=Juan, prosiguió en voz baja y con lentitud; yo no sé lo que dicen las vendedoras del Temple, pero si mi padre padeciese, y os acercaseis vos á mi, como me acerco yo á vos, os juro, delante de Dios que nos oye, que no rehusaria vuestro apoyo.

Yo soy un hombre, murmuró el tocador de organillo... y vos sois una jóven, Gertrudis!

—Y vos no quereis tener que agradecerme nada, esclamó en un momento de cólera... Quitaos de ahí!... sois un orgulloso!... no me amais... no quereis á vuestra madre.

Juan se quedó mudo al oir tan fuerte acusacion, y la angustia de su alma se pintó en su semblante.

Gertrudis tenia lástima de Juan y sin embargo añadió:

—No, no me amais!... no pensais en el disgusto que indispensablemente me habeis de causar!... no os acordais de vuestra anciana

abuela á quien podriais salvar!

=Oh! Dios mio! Dios mio! suspiró el pobre Juan, juntas las manos y sin aliento.

=No os compadeceis de los demas! añadió Gertrudis, y solo pensais en vos.

El tocador de organillo le dirijió una mirada suplicante.

—Yo quiero cuanto vos quereis, Gertrudis.... y daria mi vida para salvar á mi anciana madre... Pero sois una niña, y el dinero que teneis pertenece á vuestro padre.

=Es mio, esclamó la jóven en cuyos ojos brillaba la esperanza. Oh! soy incapaz de mentir, ni aun por salvaros!.., Es mio, muy mio!... es mi tesoro. Ah! cuanto me alegro de haberlo guardado!

=No puedo, no puedo, dijo Juan débilmente... no, no quiero.

Esta contestacion incomodó estraordinariamente á Gertrudis; pero cayendo en seguida de rodillas, puso sus manos en las de Juan, y clavó en él sus hermosos ojos.

=Os lo ruego! murmuró. Juan la atrajo á si y la apretó apasionadamente contra su corazon.

=Oh! cuanto os amo, Gertrudis! dijo.

El bolsillo aceptado, pasó á la faltriquera de la chaqueta de terciopelo de Juan.

Gertrudis saltaba de alegria; echó sus dos brazos al rededor del cuello de Juan, y cubrió de besos su frente.

—Oh! yo tambien os amo!... Mi pobre Juan!...Nunca os he amado tanto!...Gracias! gracias!

Juan creia tenerla aun entre sus brazos, cuando estaba ya saltando de escalon en escalon, ligera como un pájaro. Desde lo alto de la escalera le dirigió un beso con una mirada cariñosa.

CAPITULO IV.

La familia Regnauld.

En frente de las ventanas de la casa de Hans Dorn, en el otro lado del patio, habia otra ventana con estrechas y empolvadas vidrieras. Papeles untados de aceite habian reemplazado la tercera parte de los vidrios; un pedazo de tela amarillento y lleno de remiendos caia desde encima de la ventana á guisa de cortina.

Detras de aquella tela habia un cuarto medianamente capaz, sin mas muebles que un banco de madera, un sillon viejo de paja y dos malas camas.

Presentaba aquel cuarto un aspecto tan miserable que daba frio y angustiaba el co-

razon. No habia en la chimenea, ni fuego, ni ceniza, ni se veia arrimado á la pared un pobre armario que es el último mueble de la indigencia.

Con solo ver las tablas estropeadas de las dos camas se adivinaba la razon que habia impedido venderla.

Era la habitacion de Regnault. La abuela y su nuera Victoria, dormian juntas en la mayor de las dos camas; el idiota Geignolet descansaba en la otra. A la derecha de la chimenea una puerta baja daba entrada al chirivitil que servia de retiro á Juan Regnault.

La anciana estaba todavia en la cama, se habia incorporado guardando la mayor inmovilidad. Victoria estaba trabajando al lado de la ventana y de cuando en cuando tenia que pararse para descansar.

El idiota, subido en el banco de madera la contemplaba entonces con aire burlon y añadia otra copla á su estraña cancion para llamarla perezosa.

El idiota estaba de mal humor. Volvia de su espedicion al Temple y sentia amargamente no haber podido robar el almuerzo de la pobre Galifarda.

Encima de la chimenea habia un pan de cuatro libras; pero en materia de pan seco; á Geignolet solo le gustaba el que arrebataba á la pobre criada del buen Araby.

=Donde está vuestro hijo Juan? dijo la anciana que desde la mañana no habia aun despegado sus lábios.

—Creo que ha salido á recorrer las calles, contestó Victoria.

=Oh! eh! ah!....gritó el idiota imitando la entonacion grotesca de las máscaras de la calle.

Luego sus estúpidos ojos tomaron una maliciosa espresion, y añadió cantando:

«Sí, sí, mi hermano mayor Juan anda recorriendo las calles: lo que él hace es rondar á la vecina, y los dos se rien mientras que la pobre abuela Regnault llora. Oh! eh! ah!»

Victoria dirigió al pobre insensato una mirada en que se pintaba su maternal desesperacion.

La abuela dejó caer su blanca cabeza sobre la almohada, diciendo:

=Muy mala me siento hoy! me parece que me queda muy poco tiempo de padecer contigo, hija mia.

Victoria se levantó y llevó el sillon de paja á la cabecera de la cama.

—No digais eso, replicó; seguramente somos muy desgraciadas, pero Dios no nos ha abandonado, puesto que Juan nuestro hijo tiene buen corazon y nos ama.

Sí, sí! dijo la anciana; Juan es un buen muchacho y pudiéramos ser mucho mas desgra-

ciadas todavia.

Quiso sonreirse, pero las lágrimas se le saltaron, y sacó de debajo de la sábana sus secas y arrugadas manos para taparse la cara.

Victoria dejó de trabajar.

La abuela sollozaba.

El idiota daba latigazos al banco é interrumpia su interminable cancion gritando:

=Arre, borrica!... arre, arre!

—Dios mio! murmuraba la anciana: yo no quisiera abandonar á mis pobres hijos...pero tengo tanta edad y estoy tan acabada de tanto padecer!.. Sabes, Victoria, que hace veinte y cinco años que lloro todas las noches... le queríamos tanto su padre y yo! Su buen padre, que murió rogando á Dios por él.

Victoria procuraba cortar esa conversacion que acababa de agotar las pocas fuerzas de la anciana.

=Hace veinte y cinco años, continuó, éramos ricos! y todo el mundo decia: «Los Regnauld son felices.» Tenia hermosos hijos, te acordarás; Pedro, tu marido á quien tu no amabas tanto! José el valiente, el honrado José! Juan, que dió su nombre á tu hijo mayor... y mis hijas qué bonitas eran! en todo el Temple y en toda la ciudad no se hubieran encontrado otras como ellas... Oh! tenian razon! los Regnauld eran felices!...

—Y lo volverán á ser, mi buena madre, balbuceó Victoria.

La abuela la miró á la cara.

—Los muertos no resucitan, contestó; y sus amortiguados ojos despidieron un fugitivo resplandor.

—Tenian envidia de los Regnauld, añadió; y la tenian con fundado motivo. No se presentaba ninguna venta en el Temple de alguna importancia que no fuese para los Regnauld!...Eran muy horados, hija mia; pero tenian mucho dinero, y el dinero vá siempre á donde hay dinero...Solo los pobres no pueden esperar nada de la suerte...Te acuerdas tú de eso? yo tenia el puesto de la esquina que ocupamos todavia y que van á arrebatarnos. Dió un largo suspiro. Pedro, tu marido tenia los dos puestos inmediatos; seguia Juan, luego José y por último mis hijas. Nuestra familia se estendia desde la plaza de la Rotonda hasta la calle de Puits; todos éramos felices, todos viviamos con comodidad, todos éramos probos.

Guardó silencio y se pasó la mano por la frente, que tenia empapada en sudor.

—Madre mia! mi buena madre! murmuró Victoria.

=Calla, calla, hija mia, replicó la anciana, me he rejuvenecido hablando de la felicidad pasada....Oh! cuán cariñosamente nos amabámos y cuánta alegria reinaba en nuestra mesa los domingos por la noche! Mi hija mayor, la pobre Marta tenia una voz hermo-

sisima; á los postres nos cantaba canciones, y su padre decia que preferia oirla, á ir á la grande ópera á ver las cantatrices cubiertas de seda y de diamantes.

Elena, mi hija menor, nos leia historias que hacian llorar y latir el corazon: mis hijos hablaban con sus mujeres á quienes amaban, y al rededor de la mesa teniamos una porcion de nietecillos para quienes el porvenir se presentaba lisongero. Dios mio! Dios mio! donde se fueron todas esas alegrias? donde todas esas esperanzas?

La abuela se tapó otra vez la cara con las manos y Victoria se volvió para enjugar una lágrima.

=Todos murieron! prosiguió la anciana con voz ahogada por los sollozos; todos murieron: hombres, mugeres y niños....todos murieron unos tras otros con la miseria sentada á la cabecera de su cama! yo no tengo con que pagar un rincon que me quedaba en el Temple! nada poseo; mis hijos padecen y voy á terminar mis dias en la cárcel.

=Oh! oh! oh! dijo Geignolet; mi abuela estará entre ladrones.

Victoria, pálida y desconsolada, no podia hablar; la abuela se acercó á ella y le apretó el brazo convulsivamente. Su rostro estaba lívido, y una amarga sonrisa contraia sus labios.

—Tenia otro hijo, murmuró con alterada voz; un hijo cuyo nombre no necesito nombrar, un hijo que mató á su padre y que trocó nuestra alegria en irreparable desgracia....era el que mas amábamos....le habiamos dado la educacion de un noble...sabia todo lo que nosotros ignorábamos: era nuestra gloria y nuestro orgullo! ...Ay! hija mia, el orgullo es un pecado que Dios castiga siempre, aunque sea el orgullo de las madres!... Jacobo nos despreciaba, se avergonzaba de nosotros y muchas veces le he visto alejarse de mi, ruborizado, en las calles en que alguno de sus amigos hubiera podido sorprenderle saludando á la pobre prendera del Temple, que era su madre...y si no hubiera hecho mas que eso!...pero un dia se encontró vacio el cajon en que mi marido guardaba su dinero con el de toda la familia.

Nos habian robado cuanto poseiamos en el mundo, el pequeño tesoro con tantos afanes y tan lentamente reunido! El ladron era nuestro propio hijo.

La voz de la abuela se habia ido debilitando y era ya casi ininteligible.

Al pronunciar estas últimas palabras, se detuvo para respirar, porque le faltaba el aliento

El idiota no escuchaba ya, y atormentaba su banco pegándole y acariciándole á la vez.

Victoria se resignaba á oir una relacion

que habia sido repetida mil veces.

Por lo regular, cuando la abuela llegaba al desenlace, caia en un triste silencio y quedaba fatigada. Esta vez cayó tambien; pero al cabo de algunos segundos se apoyó en el codo y sacó fuera de la cama su arrugada cara, diciendo:

—Victoria, ayer estuve en Santa Isabel y hablé con un sacerdote....sabes lo que le pregunté?

Victoria hizo un gesto negativo.

—Pues le pregunté, añadió la anciana, con ese acento que se toma para revelar un gran secreto, si castigaria Dios á un hijo que rechazara á su anciana madre?

Victoria no comprendia lo que la anciana queria decir, y esta añadió:

—El sacerdote me contestó que ese hijo seria maldecido en este mundo y en el otro. Crees tú que ha dicho la verdad, Victoria?

—Lo creo, madre mia.

La anciana se retiró hasta el otro estremo de la cama, y pronunció algunas palabras cuyo sentido no pudo comprender Victoria.

—Yo tambien, yo tambien creo que Dios le maldeciria, murmuraba la anciana; y sin embargo es preciso que le vea! pero no es un crímen atraer el castigo del cielo sobre la cabeza de su hijo!...Ah! mucho tiempo hace que quiero ir á verle....los otros no le conocen; pasa por medio de los que le vie-

ron niño, y nadie puede arrojarle al rostro el nombre de su padre....pero el cambio que producen los anos, no es bastante para engañar las miradas de una madre....le reconocí en cuanto le ví; sé donde está y lo que es...nada en la abundancia! y si no me he atrevido hasta ahora á pedirle limosna, es porque temo la maldicion de Dios.

Estas palabras no llegaban todas hasta el oido de Victoria que estaba sumergida en sus propias reflexiones, y que no trataba tampoco de comprenderlas. Cuando la abuela hablaba de ese hijo ingrato que habia sido la causa de las desgracias de toda la familia, temia ser oida; pero seguia hablando de él largo rato.

Su alma demasiado llena vertia involuntariamente el dolor que en ella no cabia.

—Nadie lo sabe, proseguia, y ojalá no lo sepa nunca nadie! es millonario y con sus riquezas ha comprado nobleza...mas yo que soy su madre necesitaba saber de donde le venian todos esos tesoros...he buscado, he preguntado, y todo ha sido inutil por espacio de muchos años...pero al fin he sorprendido sus secretos.

Su voz iba siendo cada vez mas opaca, y aun cuando Victoria hubiese escuchado, nada hubiera podido oir.

La abuela balbuceó todavia por espacio de algunos instantes, pronunciando al cabo de

ellos la palabra crimen....No bien la habia pronunciado, cuando se incorporó de repente, y con una mirada inquieta interrogó la cara de su nuera.

—Me habeis oido, Victoria? preguntó temblando. He dicho el secreto de que depende su vida?

Victoria creyó que deliraba.

—La vida de quien? dijo.

—No me pregunteis, respondió la anciana con estraordinaria agitacion; no me preguntеis nada nunca acerca del particular, hija mia! estos pensamientos me matan! oh! no, no, no quiero ir á verle! prefiero mil veces la cárcel! porque, le conozco, me rechazaria, y el sacerdote me dijo ayer: «Dios no perdona á los hijos que rechazan á sus madres.»

Mad. Regnauld, cediendo á la fatiga se echó en la cama; cerráronse sus ojos, y debajo de su blanca cabeza arregló Victoria las almohadas. El canto monótono del idiota era lo unico que turbaba el silencio de la pobre habitacion.

Hubo unos momentos de silencio, hasta que la mal cerrada puerta se abrió estrepitosamente y entró en el cuarto Juan Regnauld. Arrimó el organillo á la pared, y de dos saltos se puso al lado de la cama de su abuela.

Un vivo sonrosado coloreaba su rostro, y brillaban sus ojos arrasados en lágrimas.

=Abuelita! esclamó, arrodillándose junto á la cama: alegraos! alegraos conmigo! Dios se ha compadecido de nosotros, y ya no ireis á la cárcel.

La anciana abrió los ojos, mientras que Victoria interrogaba á su hijo con una mirada de sorpresa.

—Tengo dinero! añadió Juan, riendo y llorando á un tiempo.

—Dinero! repitió el idiota, que dejó de cantar... Oh!... oh!...! Tengo sed...

La buena anciana seguia inmóvil.

Juan Regnauld enseñó el bolsillo de seda que contenia el donativo de Gertrudis.

La inquietud de Victoria aumentó visiblemente: la abuela se estremeció al oir el sonido del oro, y sus ojos recobraron alguna animacion.

=Oh! oh! dijo por lo bajo Geignolet, cuya mirada revelaba un codicioso deseo.

Se echó en el banco fingiendo que se dormia, pero sin perder de vista el bolsillo, por entre cuyas mallas brillaba el amarillo reflejo del oro.

Las dos mugeres hablaron á la vez.

—¿De dónde has sacado ese dinero? preguntaba Victoria con severidad.

—¿Cuánto contiene? decia la pobre anciana,

A esta fué á quien Juan contestó.

Abrió el bolsillo, y le vació en su mano.

—¡Ah! dijo el idiota desde el banco; ya

tengo para llenar la botella.

—¡Ciento veinte francos! murmuró la anciana; mucho tiempo hacia que no habia visto oro.

Victoria puso su mano sobre el brazo de su hijo.

=Contéstame, Juan, le dijo; ¿de dónde has sacado ese dinero?

—¿Y en el otro lado cuánto hay? preguntó la abuela.

Juan bajó la cabeza, conociendo que la cantidad que traía era insuficiente.

=Nada, contestó; esto es cuanto tengo.

=Se necesitan otros tres tantos mas, dijo la abuela, recobrando su sombria inmovilidad, para librarme de ir á la cárcel.

Victoria miraba á Juan, y sus pálidas facciones espresaban toda la angustia de su maternal solicitud.

¡Eran tan pobres hacia tanto tiempo! ¿De dónde procedia aquel dinero? El tocador de organillo habia salido con las manos vacias: ¿podia haberle ganado en algunos minutos?

—Juan, hijo mio, añadió, te ruego... te suplico que me digais de donde has sacado ese dinero.

El jóven, entregado enteramente á su alegria, no habia reparado hasta entonces en la inquietud de su madre. La pobre anciana estaba en el mismo caso. ¡Temia tanto ir á la cárcel! La esperanza de librarse de tan supre-

ma desgracia absorbia todos sus pensamientos desde que su nieto habia llegado.

Pero las palabras de Victoria le llamaron la atencion. Los escrúpulos de su proverbial probidad se despertaron en ella enérgicamente. Se avergonzó de su egoismo, y clavó en Juan, como su nuera, sus severas é inquietas miradas.

Las dos abrigaban en aquel momento el mismo temor.

Juan bajaba los ojos, y tenia encendido el rostro.

Los escrúpulos que con tanto trabajo habia vencido, atormentaban su conciencia.

No se atrevia á contestar.

—Habla, Juan, dijo la abuela con acento de autoridad.

Juan no habló.

—Hijo mio! pobre hijo mio! murmuró Victoria con ahogada voz: esta desgracia seria la mayor de todas!

Al oir esta acusacion vagamente formulada, no pudo menos Juan de ofenderse; pero como su corazon tenia todos los instintos del pudor, bajó la cabeza como un delincuente para balbucear el nombre de Gertrudis.

El idiota soltó una carcajada.

Victoria respiró con libertad.

—¡Y ese dinero es suyo! prosiguió el tocador de organillo; es el fruto de su trabajo, aumentado con los regalos de su padre.

No se atrevia á levantar la cabeza Su madre le atrajo así y le dió un beso en la frente.

—¡Juan, mi pobre Juan! decia: perdóname si he sospechado de tí!

=Juan le debolvió sus besos.

La abuela habia vuelto á sumergirse en su triste meditacion. Habia olvidado por un momento la idea que sin cesar la dominaba; pero esta idea volvia victoriosa y no le dejaba tiempo para alegrarse al ver á su nieto puro de toda tacha.

Geignolet llevaba á su boca el cuello de la botella y sorbia con toda su fuerza pero la botella estaba vicia.

—¡Oro! decia... ¡en casa de Hans hay oro! iré á buscar para llenar mi botella.

Victoria habia hecho lado á Juan en su sillon. Le miraba sonriéndose, y se estasiaba viéndole tan hermoso. Esta fugitiva alegria daba á su pálida frente un reflejo de fuerza y de juventud.

=Cómo nos ama! pensaba, acariciando los rubios bucles que caian sobre el cuello de la chaqueta de Juan ¡qué hermoso es!.... cómo me averguenzo de haber sospechado de él. Me perdonas, Juanito? añadió en alta voz; como he padecido tanto, estoy siempre temiendo alguna desgracia.

Juan cubrió sus manos de besos.

La sonrisa desapareció de los labios de Vic-

toria, reemplazándola un gesto melancólico.

=No conozco jóven mas hermosa ni mas amable, dijo, acercándose al oido de su hijo... te ama... hace mucho tiempo que lo sé... hace mucho tiempo que ruego á Dios por ella todas las mañanas y todas las noches, porque ha dado su corazon á mi pobre Juan, á mi hijo, al que me ha impedido desesperar y blasfemar de la Providencia!... Si supieseis cuánto la amo yo tambien!... y con que ansia deseo abrazarla llamándola hija!... sueño con ella.:. os veo sentados á los dos uno al lado del otro, y soy feliz...

=Oh! qué buena sois! qué buena sois! dijo Juan que saboreaba deliciosamente cada una de sus palabras.

—Si yo fuese como las demas madres, continuó Victoria ahogando un suspiro, mañana mismo serias esposo suyo...Las madres dan á sus hijos lo necesario para que se casen; y yo nada tengo que darte...tu padre ha muerto; en casa no hay mas que miseria. Si fueses solo tienes buenos brazos y valor, y trabajarias; te harias rico tal vez, y te casarias con Gertrudis.

En este momento Victoria estrechó contra su corazon á Juan, y prosiguió sin poder contener sus sollozos.

=Todos pesamos sobre tí; te abrumamos con nuestra miseria....Escucha, Juan, hijo mio, es preciso que nos abandones... es pre-

so que te vayas lejos, muy lejos de nosotros... cuando no estés á nuestro lado te harás rico! y cuando seas rico, Hans Dorn, que es un hombre justo y bueno, te dará su hija.

Juan queria interrumpirla y no podia conseguirlo.

Victoria hablaba rápidamente con exaltacion y con aquella elocuencia que el amor dá á las madres.

La voz de la abuela fué la que la detuvo: habia estado vuelta de espaldas durante esta escena y entregada enteramente á sus reflexiones.

=Hija mia, dijo de pronto, prepárame el vestido de los domingos; voy á salir.

Victoria se levantó al instante y fué á buscar á un rincon que servia de armario, un lio envuelto en un pedazo de tela hecho girones.

La abuela se sentó sobre la cama: parecia que desde la vispera habian pasado por ella diez años.

Victoria sacó del lio un vestido de lana oscuro, cuya tela, gastada por el tiempo, se habia vuelto casi trasparente. La abuela se lo puso, salió de la cama.

Cuando estuvo vestida, se arrodilló para rezar las oraciones de la mañana; pero su memoria estraviada la engañaba, y entre las palabras latinas de la oracion decia la pobre muger:

=Es preciso que le vea! haced, Dios mio, que no rechace á su madre!

No quiso decir á Victoria adonde iba con sus trapitos de cristianar.

Salió sin pronunciar una palabra.

El idiota la siguió cantando hasta la escalera; volvió luego á colocarse junto á la ventana, y levantó la cortina para fijar sus miradas en la casa de Hans Dorn.

Allí es donde hay oro! murmuraba; iré á buscarlo.

. . . . . .

En el momento en que Gertrudis entraba triunfante y satisfecha por haber logrado vencer los escrúpulos de Juan Regnauld, oyó la voz de su padre que la llamaba en la pieza inmediata.

Lanzóse á la hornilla á fin de servir al momento el almuerzo á su padre; la hornilla se habia apagado durante su ausencia y la sopa estaba fria.

Gertrudis reunió los carbones cubiertos de blanquecina ceniza y se puso á soplar con toda su alma.

Oiase al ropavejero andar precipitadamente por el cuarto. Guardaba silencio por espacio de dos ó tres minutos, y luego gritaba como si hubiese despertado de un sueño.

—Gertrudis! Gertrudis!

La jóven soplaba que se las pelaba. Conocia que se habia descuidado y lo sentia; pero

la sonrisa volvia al instante á disipar su mal humor pues su conciencia no le remordia, y ademas y á pesar de todo, su corazon era ligero.

Creia ver todavía la sonrisa de Juan Regnauld y su turbacion; le amaba doblemente por el favor que acababa de hacerle.

No obteniendo contestacion el ropavejero, volvia á continuar su paseo; pero á los pocos instantes de silencio llamaba de nuevo, y Gertrudis soplaba con mas ardor. La lumbre se encandiló en un momento y el puchero recobró en pocos minutos el perdido calor.

Hans llamaba por la tercera vez, cuando Gertrudis, teniendo en la mano una taza llena, abrió la puerta de su cuarto.

—«Buenos dias, padre,» dijo teniéndose delante del ropavejero y temiendo ser reconvenida.

Este, que estaba de pié en medio del cuarto, le dió en la frente distraidamente un beso casi imperceptible; y cuando la jóven levantó los ojos para mirarle se quedó sorprendida al ver la palidéz que cubria su rostro.

La fisonomía de Hans, era naturalmente alegre.

Cuando Gertrudis le presentaba todas las mañanas su hermosa megilla, imprimia el ropavejero en ella un cariñoso beso y luego cogia con las manos la rizada cabeza de la jóven para mirarla despacio y sonreirse con la

alegria del amor paternal.

Hoy no se habia reido y apenas la habia besado.

Gertrudis dió un paso atrás sorprendida é inquieta.

—No ha venido nadie? preguntó Hans con un acento que Gertrudis no pudo menos de estrañar.

—Nadie, contestó.

—He llamado muchas veces, hija mia.

=Y como Gertrudis tratase de disculparse, añadió sin escucharla:

=La hora se acerca y no viene.

=No quereis almorzar, padre? le dijo Gertrudis.

=Sí, trae, contestó Hans.

Gertrudis puso la taza sobre la mesita, detras de la cual habia recibido Hans Dorn á Franz al principio de la noche anterior. Hans se sentó en el mismo sitio en que le encontramos la vispera, arreglando sus cuentas; y llevó una cucharada de potage á sus labios, la única que comió; dejando en seguida la la cuchara en la taza que quedó llena.

CAPITULO V.

La Ansiedad.

¿Está malo el almuerzo? dijo Gertrudis á su padre.

Pensaba en los percances del puchero, y hacia interiormente un acto de contricion.

Hans meneó la cabeza; Gertrudis se acercó con cuidadito á la mesa, y se sentó al lado del ropavejero.

=Papá, añadió, ensayando una tímida caricia, estais enfadado conmigo.

En vez del beso que esparaba, recibió Gertrudis una muestra de mal humor; Hans Dorns se encogió de hombros.

=Dios mio, prosiguió Gertrudis, que creia ser la causa de aquel enfado; es verdad que tardaba en venir, pero como he llevado el almuerzo á la pobre Galifarda...

=Y á mí qué me importa eso? dijo Hans pateando.

Gertrudis no le habia visto nunca tan encolerizado.

=Papá, añadió, os pido perdon... no me volverá á suceder..

=El qué, preguntó Hans mirándola con

desencajados ojos.

Gertrudis tuvo miedo de aquella mirada.

=Estais malo? preguntó temblando.

Hans dió un puñetazo en la mesa.

= No puedo tener un momento de descanso, esclamó. Déjame, quiero estar solo.

Gertrudis obedeció y se dirigió lentamente hácia la puerta, y ya estaba cerca de ella cuando la voz de su padre llegó de nuevo á sus oidos.

=Nadie, decia; tal vez no habrá sabido encontrar mi casa.... tal vez....

Calló, y su vista se encontró con el registro, abierto en la página en que el dia anterior habia apuntado la compra hecha al jóven Franz.

Habia sido el último negocio del dia. Las dos ó tres líneas que hacian mencion de él, eran las últimas del registro.

Hans no podia apartar de ella los ojos; estaba como fascinado.

Una espresion de dolor profundo y repentino reemplazaba la cólera que un momento antes espresaba su semblante.

—Son sus despojos, murmuró con voz ahogada. ¡Pobre niño, pobre niño!

Se fué enterneciendo por grados, hasta que de sus ojos saltó una lágrima. Cerró luego el registro con violencia, y lo arrojó lejos de sí.

Sacó del bolsillo un gran reloj de plata.

=¡Cómo pasa el tiempo! murmuró; las nueve y media.... este reloj no puede menos de adelantar... ¿Gertrudis, qué hora tienes en tu cuarto?

Gertrudis fué á consultar un relojito de pared que tenia en frente de su cama.

—Las nueve y media, contestó.

Hans hizo un gesto de desaliento, y apoyó los dos codos sobre la mesa. En esta postura permaneció por espacio de algunos minutos, en la apariencia inmóvil, pero estremeciéndose al menor ruido, y presentando la mayor atencion cada vez que las pisadas de un hombre resonaban en el patio.

Gertrudis no se atrevia ya á entrar, pero no perdia de vista á su padre, á quien observaba con el mayor cuidado por la rendija de la puerta que estaba entornada.

A poco rato, el ropavejero se levantó bruscamente, y volvió á pasearse por el cuarto con la mayor agitacion. No hacia ningun caso de la jóven, cuyo inquieto cariño le seguia observando.

Su paseo circular le conducia periódicamente delante de la puerta. A la primera vuelta, sus facciones estaban violentamente contraidas; á la segunda, le pareció á Gertrudis que su frente se habia desarrugado un poco; á la tercera, el cambio era notable: espresaba una idea bienhechora, que crecia y destruia la sombría angustia de su meditacion.

¡Qué loco soy, dijo. Esa tardanza nada prueba.... me prometió venir, es cierto; pero otras cosas le llamarán mas la atencion que visitar á un pobre hombre como yo.... no sé que lo puede todo!... ¿por qué causa mas querida hubiera él reservado su poder?

Gertrudis oia aquellas palabras sin comprenderlas; pero era feliz, y estaba tranquila, porque no veia en la cara de su padre aquella máscara sombría que tanto terror le habia causado.

Hans la vió, y le indicó por señas que se acercára.

=Te acuerdas tú de él, hija mia.... dijo como si no hubiese tenido necesidad de pronunciar el nombre de la persona que tan completamente dominaba su pensamiento.

=De quién? preguntó Gertrudis.

—No puede haberle olvidado.... los que lo han visto, aunque no sea mas de una vez, se acuerdan de él toda la vida.... vino hace ya dos años.

Calló á fin de dar tiempo á Gertrudis para que dijera: me acuerdo; pero la pobre no se acordaba de nada de lo que su padre le decia.

=Es estraño, continuó con cierta impaciencia: qué poca memoria tienen las mujeres!.... has visto tú muchos hombres con aquella figura noble é imponente, con aquella frente real, con aquella mirada que manda y con aquella sonrisa que seduce?

=No he visto mas que un hombre que me haya parecido mas hermoso que los demas, contestó Gertrudis; pero no hace de eso dos años, data desde ayer.

Los ojos de Hans que brillaban de entusiasmo se ocultaron debajo de sus párpados.

=El jóven que vino á venderme sus ropas? murmuró.

Gertrudis, cuyo rostro se habia cubierto de vivo carmin, hizo con la cabeza una demostracion afirmativa.

=Tienes razon, hija mia, dijo Hans Dorn.... es un hermoso jóven y la hija de tu madre debe admirarle y amarle.

Las miradas de Gertrudis sencillamente indagadoras preguntaban el sentido de aquellas palabras; pero Hans Dorn callaba y parecia que habia vuelto á quedar sumerjido en su melancólica meditacion.

Hubo un momento de silencio durante el cual Gertrudis meditó largamente sobre aquel estraño precepto que le imponia la obligacion de admirar y amar á un joven desconocido, á un aturdido que habia querido besarla y que habia venido á vender su ropa al Temple como un calavera.

Hans volvia á atar involuntariamente el roto hilo de sus ideas.

—Te hablo del otro, Gertrudis, continuó con ese tono cariñoso que se emplea con los muchachos que están turbados y se les quiere ha-

cer recordar alguna cosa; ya sabes, el que vino á verme hace dos años y cuyas manos besaba yo como si hubiese sido un príncipe.

=Si, dijo la jóven orientada por esa circunstancia. Un hombre embozado en una gran capa encarnada....

=Eso es Gertrudis.... bien decia yo que no podias haberle olvidado.... su mirada penetra hasta el fondo del alma para llenarla de cariño y de respeto.

—Su mirada brillaba como un relámpago, murmuró Gertrudis con un lijero estremecimiento, me dió miedo.

=Las jóvenes os asustais de todo, ese hombre solo es terrible con los malos y con los fuertes.... le miraste bien Gertrudis?

=Si señor.

—Y no viste en él algo estraño y de sobrenatural? no viste en él una cosa que yo no puedo decir y que parece indicar un poder superior á los demas hombres?

=No me acuerdo, replicó la jóven.

—Las mujeres nada ven, murmuró el ropavejero enfadado; cuando me mira conozco que es dueño de mi conciencia y de mi voluntad.... á la menor palabra suya arrojaria por la ventana cuanto poseo.... á la menor seña destruiria cuanto me rodea y á mí mismo.

Las mejillas de Hans estaban cubiertas de púrpura; hinchábanseles las venas de la frente y hablaba con fuego y exaltacion.

En lo mas recio de su entusiasmo dió horas el reloj del cuarto inmediato.

Hans dejó de hablar para escuchar. Contó las campanadas y mientras daba la hora, le vió Gertrudis cambiar dos ó tres veces de color.

=Las diez, murmuró con voz grave y profundamente conmovida, tal vez el hombre y el niño han dejado de existir á estas horas.

—Gojió á Gertrudis de la mano y la condujo á los pies de su cama donde habia un pequeno crucifijo de ébano.

=Arrodillate, hija mia, y ruega con todo tu corazon por los que se hallan en peligro de muerte.

Desde por la mañana las palabras de Hans eran para su hija otros tantos enigmas inesplicables; pero estas últimas pudo comprenderlas y aumentaron por lo mismo su tristeza.

=Luego el jóven de ayer, balbuceó, es quien está en peligro de muerte?

=El mismo, contestó Hans, y otra persona.

=¡Quién lo habia de creer, Dios mio, dijo Gertrudis, cuando estaba tan contento y tan alegre! quién lo habia de creer al oirle! no hablaba mas que del baile y parecia que solo se acordaba de la fiesta.

=Ruega, ruega por ambos, hija mia.

Gertrudis juntó las manos con fervor y obedeció.

—Uno de ellos amaba estraordinariamente á tu madre, añadió Hans, cuya frente estaba cu-

hierta de sudor; y si tu madre viviese todavia, daria por el otro toda su sangre.

Gertrudis prosiguió piadosamente la oracion empezada. Hans Dorn no tenia fuerza para orar.

En un momento en que la jóven se levantaba haciendo la senal de la cruz, oyóse ruido en el patio.

Ese ruido no era el que producian los grandes zapatones de los habitantes del Temple, era el ruido seco del punteagudo tacon de las botas de un elegante.

Hans dió un paso hácia la ventana. Pero se detuvo con los ojos desencajados y la boca abierta.

Gertrudis se habia quedado con la mano apoyada sobre la cama en la misma posicion en que el ruido la habia sorprendido. No comprendia todo lo que pasaba; pero lo que sabia era suficiente para que su escelente corazon participase con energía de la esperanza y de los temores de su padre.

Las pisadas resonaron á poco sobre la madera de los escalones de la escalera.

Hans estaba cabizbajo y tenia las manos cruzadas sobre el pecho.

=Vienen aquí! murmuró. Escucha, escucha.

Dieron cinco ó seis golpes recios en la puerta de la escalera.

Flaqueáronle las piernas á Hans Dorn y dijo para si.

—No llamaria de esta manera.

En vez de ir á abrir se tiró en una silla.

Repitiéronse los golpes y Gertrudis preguntó.

=Voy á abrir?

—Haz lo que quieras, contestó Hans Dorn apoyando la cabeza en las manos.

Gertrudis atravesó lentamente los dos cuartos y abrió la puerta.

Un estrepitoso beso cayó sobre la mejilla de la jóven; esta retrocedió asustada y los brazos de Frantz la impidieron caer al suelo.

—Padre, padre, murmuró, venid pronto, es él!

Pero su voz era muy débil y el ropavejero no la oia.

Frantz no sabia á que atribuir aquella emocion, pero no era hombre que se calentaba los cascos, y acariciaba, sonriéndose, los hermosos cabellos de Gertrudis medio desmayada entre sus brazos.

—Cómo está el tocador de organillo? preguntó: es muy feliz y casi envidio su suerte. Sois mucho mas bonita de dia que de noche.... Oh! qué hermosos cabellos! y con qué gusto los besará ese tunantuelo.

Gertrudis puso un dedo sobre su boca y señaló con la otra la puerta abierta del cuarto del ropavejero.

—Está ahí el papá, dijo por lo bajo Frantz, cuya cara parecia mas animada y mas alegre que el dia anterior. No sabe nuestros amoricillos?... no temais, señorita, soy callado como

un mudo y nada diré.... por otra parte en vuestros grandes ojos negros veo que nada se puede decir en contra vuestra.... sois tan buena y tan pura como bonita, y yo soy un loco, un charlatan, puesto que os obligo á ruborizaros.

Cojió las manos de Gertrudis entre las suyas con la gracia y soltura que se notaba en todos sus movimientos.

—No sospechareis, hermosa señorita, añadió con acento dulce y casi formal, que os amo poco menos que si fuerais hermana mia?.... la amistad me entra casi tan pronto como el amor.... Esta noche he pensado en vos dos ó tres veces y bien sabe Dios que tenia otras muchas cosas en que pensar!... y esta mañana cuando me he creido prócsimo á abandonar este mundo, vuestra hermosa figura ha venido á despedirse de mi entre las que amaba.

—Es decir que habeis evitado el peligro que os amenazaba! preguntó Gertrudis á quien la sorpresa y la emocion habian tenido muda hasta entonces.

Frantz frunció el entrecejo y luego soltó una carcajada.

—Sí, sí contestó, muchos desafios como ese podria tener y vivir mas de cien años.... con todo en eso hay mucho de bueno y mucho de malo.... lo cierto es que no lo comprendo....

=Y mi padre que espera, dijo Gertrudis. Oh! si supieseis cuán inquieto estaba!... me ha hecho rogar á Dios por vos.

=Por mí! esclamó Frantz sorprendido.

Gertrudis le agarró del brazo y trató de llevarle al cuarto de Hans.

=Venid, venid, añadió por lo bajo; si supiese que estabais aquí me regañaria.... hace una hora que os espera.

Frantz se dejaba arrastrar por Gertrudis.

=Está visto, decia, vuestro padre es la perla de los hombres!... ayer me dió lo que quise por sus ropas.... y esta mañana me han valido vuestras oraciones que deben ser muy gratas á Dios.

—Venid, venid, repitió Gertrudis.

Al traspasar la puerta del cuarto dijo con cariñosa voz:

=Padre.... aquí está.... es él!

Hans se volvió lentamente y cuando vió la hermosa y risueña cara de Frantz, dió un grito y se levantó de su asiento.

Todos sus miembros temblaban y parecia que no podia soportar tanta alegría.

=Gunther!... murmuró. Bendito seais, Dios mio.

Cruzóse de brazos y dirijió al cielo una mirada llena de apasionado sentimiento.

CAPITULO VI.

La historia de una noche.

La grande agitacion que manifestaba el buen ropavejero, sorprendió estraordinariamente á Frantz. Sospechó al principio si padeceria alguna equivocacion, porque no podia creer que fuese causa de toda aquella alegria, siendo como era desconocido en la ciudad y no habiendo tenido nunca con Hans mas relaciones que las de vendedor con el comprador.

Verdad es que al vender su equipaje habia hablado con Hans y habia este manifestado mucho interés por su historia, tanto como que des-

pues de haberse negado á verificar la compra, acabó al fin por dar á Frantz la cantidad que le habia pedido sin rebajar siquiera un céntimo.

Pero consistiria eso en que la historia de Frantz era interesante, y en que al ropavejero le gustaba enterarse de las vidas agenas.

Desde luego puede asegurarse que Frantz no se habia calentado la cabeza para buscar otra esplicacion.

Si volvia á casa de Hans Dorn era por una razon muy sencilla. Habia vendido su ropa, en caso de muerte, como dicen los abogados; ahora que la hora fatal habia pasado y que se sentia lleno de vida, queria recobrar su equipaje.

Si no le habia hablado aun del objeto de su visita, era porque habia encontrado en el camino la encantadora sonrisa de Gertrudis, y esto le habia distraido.

Por otra parte no habia tenido necesidad de esplicarse. Le habian recibido como á un hombre á quien se espera. En el rostro de Gertrudis estaba pintada la alegria, y el ropavejero parecia que se iba á desmayar de pura felicidad.

=Escelentes gentes! decia Frantz, y como se interesan por sus porroquianos!

Esto fué cuanto se le ocurrió. Era demasiado jóven y demasiado franco de corazon para que la desconfianza pudiese encontrar en él acogida desde luego. Bien es cierto que la dósis

del interés escitado le parecia un poco exagerada; pero fácilmente se esplicaba esas ardientes y súbitas impresiones, acostumbrado como estaba á conceder su confianza al primero que encontraba, tanto respecto á amistad como á amor. No tenia para juzgar á nadie mas que su propia medida; y ese brusco interes que le manifestaban no traspasaba para él los límites de lo verosímil.

Asi habian empezado casi siempre sus relaciones, relaciones efímeras y que en su mayor parte no habian dejado rastro en su memoria, y habiendo muerto como habian nacido, sin causa y por casualidad, no habian apagado el ímpetu de su aturdida franqueza.

Como no conocia la verdadera causa de la emocion de Hans Dorn, no dejaba esta de haberle sorprendido un poco; y acercándose al ropavejero, le dijo:

—Buen amigo, si mi presencia es la que os causa tanta alegria, no puedo menos de manifestarme agradecido y contento.

Hans le miraba, y no encontraba palabras con que contestar. Estaba de pie, vuelto de espaldas á la mesa del despacho, y sin poder separar la vista del atrevido y gracioso rostro de Frantz.

=¡Qué crecido está decia para sí; ¡y que valiente es! Y no tiene un rasguño siquiera, añadia mirándole de pies á cabeza. ¡Oh! era un necio en temer: ¿no me habia dicho el otro que

le salvaria? y lo que el otro quiere, no lo hace siempre?

Frantz, que habia seguido acercándose á Hans, le alargó la mano sonriéndose; y al contacto de aquella mano, se estremeció de placer el ropavejero.

No creia, dijo el jóven, que hubiese en el mundo una persona que pudiese tomarse por mi tanto y tan franco nter és.... no sé si será simpatía, lo cierto es que me parece que sois vos un amigo mio de quince años... He olvidado vuestro nombre, que solo una vez oí pronunciar en el Temple; no he sabido nunca el de vuestra hija, y sin embargo haria por ella cuanto se hace por una hermana y tendria confianza en vos como en un padre.

Hans apretaba su mano entre las suyas, y mil preguntas se le venian á la boca.

=Ah! prosiguió Frantz que acercó una silla y tomó asiento con franqueza; ayer me preguntásteis y yo contesté como lo hago con todo el mundo. Creo que nada tengo que ocultar.... pero ahora que lo reflexiono, se me ocurre una idea.... En la situacion en que me encuentro basta poco para alarmarme.... y se me debe perdonar, si creo encontrar á cada paso personas que sepan acerca de mi mucho mas de lo que yo mismo sé. Si es una ilusion, desvanezcámosla al instante y decidme francamente si fué solo la curiosidad lo que inspiró vuestras preguntas de ayer.

Hans Dorn vaciló un momento. Mientras vacilaba cambió al instante la espresion de su fisonomía. Un observador esperimentado hubiera adivinado fácilmente el sentido de aquella repentina trasformacion. Evidentemente el ropavejero se habia dejado llevar hasta entonces sin desconfianza de sus impresiones; ahora recobraba su presencia de ánimo y conocia que habia un peligro que evitar y un secreto que guardar.

=No puedo hablar, pensaba. No me ha dicho cuales sean sus proyectos acerca del jóven.

—Señor Frantz, añadió en alta voz: antes de ayer os ví por primera vez. Os hice varias preguntas porque la ley nos obliga á tomar informes acerca de nuestros vendedores, muchos mas informes que los que yo os pedí, porque teniendo confianza en vos no os exigí ninguna prueba.

=Verdad es, dijo Frantz, y os lo agradezco; pero hace una hora que procuro recordar vuestro nombre.

=Hans Dorn! contestó el ropavejero.

—Hans Dorn; repitió Frantz; es el nombre de una persona honrada y apreciable. ¿Y mi protectora, que tan buenos deseos tenia de defender mi causa ayer.

=Gertrudis! contestó desde lejos la jóven que habia ido á sentarse al otro lado de la puerta, y que bordaba á la mano un cuellecito.

=Gertrudis! repitió otra vez Frant: Hans y

Gertrudis!... no debo olvidarlo porque no tengo muchos amigos.

Hizo una seña con la cabeza á la linda bordadora, y esta se ocultó con mucha coquetería detras de la puerta.

Hans veia todo aquello sin alterarse.

La conducta de Frantz no despertaba en él la celosa inquietud paternal. Parecia imposible que pudiera sospechar nada malo del joven.

Cuando Frantz se volvió recobró su máscara de indiferencia y frialdad.

—En vez de darme las noticias que os preguntaba, prosiguió el ropavejero alargando en su turbacion una esplicacion que ya no se le pedia, me contasteis en dos palabras toda vuestra historia. Me hablasteis de bailar y de que ibais á batiros: me dijisteis con la sonrisa en los labios que la noche de ayer era la última noche de vuestra vida.... A mi me gustan los jóvenes que os parecen, señor Frantz.... me he tomado interes por vos por que os veo jóven y aislado en este gran Paris... Si hubieseis muerto os habria llorado.... No sé, pero cuando hablais se me figura que lo haceis con el corazon en la mano..,. llevais un nombre aleman y yo soy natural de Alemania, y luego como debeis saber hay ciertas semejanzas que suscitan remotos y queridos recuerdos.... vuestras acciones me han recordado las de un amo á quien serví.... un jóven como vos, señor Frantz, que no llevaba mas nombre que el de pila, y que

como vos se burlaba tambien de la muerte á los veinte años!... por eso me he alegrado tanto de veros esta mañana. No os conozco, nada sé acerca de vos mas que lo que me habeis dicho; pero cuando he tocado vuestra mano, hace un momento, me ha parecido que he encontrado un amigo.

Frantz le apretó la mano y dijo con mucha formalidad, si no estuviese enamorado, como un loco, creo que me casaria con vuestra hija. Sois la perla de los ropavejeros, y creo que en toda la ciudad no hay un hombre tan de bien como vos. Volveré á veros con frecuencia y traeré una hermosa cruz de oro á Gertrudis, que está haciendo gestos detrás de la puerta y que me cree el jóven mas fátuo del mundo!... pero toda vez que no he muerto os traigo dinero á fin de que me devolvais mi equipaje.

=No habeis gastado los doscientos cincuenta francos?

=Me gusta la pregunta! esclamó Frantz escandalizado; he gastado el doble.

=Pero.... dijo el ropavejero.

—Ah! señor Hans! señor Hans! interrumpió el jóven, si os dijera todo lo que me ha pasado esta noche, no me creeriais, porque parece un sueño de enfermo.... Yo mismo dudo algunas veces de si estaria bien despierto.

Sacó de la faltriquera el bolsillo lleno de soberanos alemanes y tiró unos veinte sobre la mesa, diciendo:

=Son buenas estas monedas?

Hans cogió un soberano y lo examinó largo rato. Mientras le daba vueltas en todos sentidos, íbase animando su rostro y asomando la sonrisa en sus labios. Evidentemente no era la moneda de oro lo único que le preocupaba, y su imaginacion viajaba por otra parte.

=Este oro es bueno, murmuró, y cada moneda vale diez florines y trece krentzers de Austria.... las habeis encontrado?

=No por cierto, dijo Frantz. Es la parte alegre de mi historia. Figuraos que me habia guardado el valor de mi ropa en el bolsillo derecho de mis calzones de paje.... Iba vestido de paje, añadió volviéndose á Gertrudis, que alargaba la cabeza y miraba el oro desparramado sobre la mesa; bonito traje señorita, y que os sentaria muy bien.... En el bolsillo izquierdo no llevaba nada.... Parece que los ladrones van tambien al baile de máscaras; una mano sútil y muy diestra me quitó mi corto tesoro.... Hasta ahora nada tiene eso de particular; pero mientras que mi bolsillo derecho se vaciaba, mi bolsillo izquierdo se llenaba, y ya veis que no he perdido en el cambio.

Contra todo lo que era de esperar la cara del ropavejero no espresó mas que una sorpresa muy moderada. Todo lo contrario sucedia á Gertrudis, pues en su lindo rostro se notaba gran curiosidad y no menor asombro.

=No es verdad que es fantástico! añadió

el jóven; una mano que se introduce en mi bolsillo espresamente para llenarlo de oro!

=No es muy comun, dijo Hans Dorn con frialdad.

=Vosotros los alemanes, añadió Frantz, sois muy difíciles de alterar.... Yo lo creo, señor Hans, que no es muy comun.... Pero por mas que os propongais no admiraros de nada, apuesto cualquier cosa á que voy á sorprenderos!... Quereis que os cuente mi historia?

=Con mucho gusto, contestó Hans Dorn que seguia ocultando sus deseos bajo una afectada indiferencia.

Gertrudis levantó la silla sin hacer ruido y la colocó á la parte de adentro para oir mejor lo que se iba á decir.

Frantz se recogió un momento. Los acontecimientos de la noche llenaban su memoria y se confundian en ella: todo lo que habia visto y no comprendia, ofuscaba en algun tanto su pensamiento y no sabia por donde empezar.

Empezó al fin su relacion á la suerte, y desde las primeras palabras se quedó inmóvil la aguja de Gertrudis.

Conto su entrada en el baile Favard, y su encuentro con el jóven Julian d'Audemer, á quien habia conocido cuando estaba empleado con él en la casa de comercio, en una época en que la familia d'Audemer estaba bastante pobre.

Al oir el nombre d'Audemer prestó Hans

Dorn mayor atencion, caso de ser posible, pero no hizo pregunta alguna.

Frantz habló en seguida del caballero aleman que seguia sus pasos durante la primera parte del baile; luego el caballero aleman se cambió de su relacion en brillante majo; despues el majo vistió la túnica encarnada del armenio borracho....

Y ese hombre que se trasformaba así á cada instante, tenia tres fisonomías para una sola cara. Frantz le describia grave y orgullosa con la capa alemana, listo y risueño con la chaqueta de majo, y apático con la desaliñada túnica de armenio.

Y en todas partes le encontraba! dando el brazo á Mad. de Laurens, cuyo nombre no trataba ocultar, tan pronto en los salones de descanso, como en el del baile, tan pronto detrás de las cortinas de un balcon, como en la atronadora multitud.

En todas partes! en todas!

Y sus palabras, llenas de viveza, daban á ese cuadro estraño un color tan particular, que la hermosa Gertrudis le escuchaba con la boca abierta, y conteniendo la respiracion. Permanecia suspendida de las peripecias de la relacion; era para ella una especie de novela misteriosa y seductora, cuyo desenlace, retardado sin cesar, abrasa la imaginacion del lector.

Su alma habia pasado á sus oidos. Cogia las palabras al vuelo, y cuando Frantz se detenia

para tomar aliento, respiraba ella tambien largamente, como si su curiosidad la hubiese tenido oprimida.

Trataba de adivinar. Aquella trinidad fantástica le daba mucho que hacer, y se le aparecia llena de incomprensibles misterios. Su imaginacion alemana se complacia en aquellas cosas inesplicables.

Eran para ella los milagros de una leyenda germánica, trasportados al corazon de Paris; eran la poesía inesplicable de las baladas, alumbrada por la luz de las aranas, y lanzada en medio de la civilizacion.

No habia allí ni antiguas paredes para ocultar los fantasmas, ni góticos arcos para repetir de eco en eco las misteriosas palabras. Faltaba la sombra de los grandes árboles; faltaban tambien los pálidos rayos de la luna, amiga de las cosas del otro mundo; y no habia ninguno de los accesorios obligados de lo sobrenatural pero lo sobrenatural por sí solo y enmedio del esplendor de una fiesta, ofrecia bastante interes.

Gertrudis se estremecia. Creia ver á aquel hombre estraño multiplicarse y aparecer continuamente al lado de Frantz como un genio bueno ó malo.

Y cuando el jóven volvia á tomar la palabra dejaba ella de pensar, y se entregaba enteramente á las emociones que la causaba la relacion.

Frantz contó el lance que tuvo con el arme-

nio que lo tomó por una mujer; la salida del baile, y aquellos tres hombres medio ocultos en la oscuridad que espiaban sus pasos y que hablaban de él con cierta reserva.

El reloj del gabinete del café inglés se habia parado como por mágia; el coche en que habia subido con su padrino estaba indudablemente encantado.

Y cuando se apeó con Julian en los campos Elíseos para correr á pié hácia la puerta Maillot, aquel mismo coche dormido hasta entonces, habia rodado con la velocidad del rayo.

Por la portezuela habia creido ver la cara del armenio.

Pero era otra ilusion, porque la primera persona que encontró en el bosque de Bolonia fué el hombre misterioso con su gran capa rodeada en el brazo, y una espada desenvainada en la mano.

=Se batia en vuestro lugar? interrumpió Hans sin poderse contener.

=Quién os lo ha dicho? murmuró Frantz frunciendo el entrecejo.

=Se me ha figurado, contestó el ropavejero recobrando su estudiada frialdad.

Las sospechas de Frantz se fueron como habian venido.

=Lo acertásteis, dijo jovialmente, lo acertásteis!... Estaba en frente de Verdier, mi adversario, y bien sabe Dios que á pesar de la leccion de Grisier se batia mucho mejor de lo que

yo hubiera podido hacerlo ¡Qué estocadas! Que paradas! Qué sangre fria! Qué puño!... En el momento en que llegamos recibió una lijera herida y yo tuve la culpa, porque al verle dí un grito de sorpresa; pero me pareció que la espada de Verdier revotaba sobre su carne como si hubiese sido su piel una armadura de acero. Aquel rasguño le dió mas energia. Verdier, el pobre diablo, se defendia como á la suerte y me daba lástima.... Pero aun cuando hubiese querido socorrerle no habria tenido tiempo; porque tres segundos despues de nuestra llegada cayó Verdier atravesado de una estocada en el pecho....

=Y el caballero aleman? preguntó Hans, cuyo entusiasmo ningun esfuerzo humano hubiera podido contener.

=Dios sabe donde está, contestó Frantz; bien conocereis que todo eso no me habrá dejado completamente satisfecho. No soy un chiquillo para necesitar de defensores; y ese hombre quien quiera que sea tendrá que habérselas algun dia conmigo.... Pero en los primeros momentos estaba como atónito y sin saber que hacer. Cuanto puedo deciros es que el caballero aleman saludó con la mano á los testigos de Verdier, secó la espada en la yerba y desapareció detras de los árboles.

CAPITULO VII.

La ropa de Frantz.

Hans Dorn hacia todos los esfuerzos imaginables para conservar un aire de indiferencia y frialdad, pero su fisonomía franca y viva destruia todos esos esfuerzos, y en ella se podia leer el poderoso interes con que el ropavejero escuchaba la relacion de Frantz.

Este habia ganado mucho mejor de lo que queria la apuesta que propuso. Habia apostado á que su historia sorprenderia al ropavejero, y el resultado escedia sus previsiones: Hans estaba profundamente conmovido.

Pero Frantz no conocia el secreto de esa emocion. No era solo la relacion lo que preocupaba á Hans Dorn; preocupábanle tambien las cosas que, fuera de la misma relacion, entreveia. Lo que para Frantz era misterioso é inesplicable, Hans Dorn lo comprendia; y aun cuando su imaginacion era muy alemana, no veia en esa larga série de acontecimientos fantásticos mas que hechos naturales.

Tenia una fórmula infalible para resolver todos esos problemas.

=Habia prometido salvarle.... decia para si, con una especie de fé superticiosa.

Frantz le observaba á hurtadillas, y triunfaba viendo el efecto que producia.

=¿Y Verdier? dijo una voz dulce junto á sus oidos; ¿habia muerto?...

Frantz se volvió vivamente, y vió á su lado á Gertrudis, á quien creia todavia sentada al otro lado de la puerta.

=¡Hola, hola, Gertrudita! dijo sonriéndose; parece que nos interesamos por Verdier!... El pobre diablo no habia muerto, pero le faltaba poco.... Cuando Julian y yo nos acercamos á él, le encontramos tendido en la yerba, sin movimiento y sin voz.... los padrinos rasgaban su camisa para examinar la herida. ¡Pero qué pálida estais Gertrudis, y con qué finura os habeis acercado á nosotros sin meter ruido!... mirad, mirad, á vuestra hija, señor Hans. La emocion la ahoga como si hubiese pasado ocho

horas viendo quince actos en el teatro de la puerta de San Martin.

Un vivo carmin reemplazó la palidéz del rostro de Gertrudis. El encanto habia desaparecido. Dirijió á Frantz una mirada de reconvencion, y volvió á tomar su olvidada labor.

—¿Y vos, señor Hans, añadió el jóven, qué me decis de todo eso?

=Digo que habeis tenido en la noche pasada muy estrañas aventuras, replicó el ropavejero con cierta jovialidad; esas cosas solo suceden á los buenos mozos de vuestra edad. ¿Pero cuál fué la causa de ese combate entre vuestro adversario y el famoso caballero aleman?

—Eso es precisamente lo que yo no sé, contestó Frantz, y lo que deseo saber mas que nada. Cuando Julian y yo llegamos á donde estaba Verdier, le encontramos tendido en la yerba sin dar señales de vida.... Aquel momento no era por cierto el mas oportuno para pedirle esplicaciones.... Despues que le hubieron metido en un coche con uno de sus padrinos, el otro que se quedó con nosotros, nos dijo que el caballero aleman los habia alcanzado á treinta pasos de la puerta Maillot; que Verdier se habia estremecido al verle; que el aleman le habia agarrado del brazo y llevádole aparte, sin que Verdier pusiese la menor resistencia.

El padrino no oyó lo que hablaron en aquel primer momento. El aleman parecia que mandaba, y Verdier bajaba la cabeza, negándose á

acceder á los mandatos ó deseos de aquel.

Al cabo de dos ó tres minutos, la voz del aleman se elevó hasta el diapason de la cólera. Los padrinos empezaron á oir. El caballero aleman pronunciaba palabras muy ofensivas para Verdier.

=Si no quereis, esclamó al fin sacando la espada debajo de la capa, os batireis conmigo.

=Eso no importa, replicó Verdier que creia seguro su triunfo.

Volvieron á donde estaban los padrinos y se los dividieron.

Se ponian en guardia en el momento en que llegamos Julian y yo. El combate no duró mas de un minuto.... Y el pobre Verdier recibió al instante, lo que pensaba darme.

=Una buena estocada!

Y como yo estaba todavia completamente dominado por mis aventuras nocturnas, y por los estorbos calculados que habian estorbado mi llegada á la cita, dije al padrino:

=Creeis caballero, que ese hombre tuviese motivos personales para batirse con Verdier?

El padrino me miró sonriéndose.

=Le conoceis? me dijo.

Anoche le ví por primera vez.

=Os ha hablado?

=Nunca.

-Pues entonces, esclamó el testigo, no es posible que se haya batido por vos.... yo no sé lo que habeis hecho á Verdier; pero venia con

la firme intencion de mataros. Entre los dos debe existir algo mas que el vaso de cerveza que le tirasteis á la cara.

=Nada que yo sepa.

=Luego debe suponerse que es rencoroso; porque por el camino nos decia que queria plantaros seis pulgadas de hierro debajo de la tetilla.

Esto es cuanto he podido sacar al padrino, añadió Frantz, y es cuanto sabia. Cuando llegamos al fin de los Campos Elíseos, se separó de nosotros para ir á casa de Verdier.... Vamos á ver, señor Hans, porque vos sois un hombre de mucho discernimiento; que os parece de todo eso? Pensais que he entrado por algo en la conducta de ese aleman?

—Estoy segura de ello! esclamó con aturdimiento Gertrudis.

El ropavejero le impuso silencio con un gesto furtivo y rápido.

=Pues yo no creo nada de eso. Segun lo que acabais de decir, el aleman conocia á Verdier como lo prueba la circunstancia de haberse turbado al verle junto á la puerta Maillot; claro es, pues, que obró por su propia cuenta.

Frantz miró sucesivamente á Gertrudis, que con la cabeza baja estaba bordando, y al ropavejero, cuyo semblante indicaba cierta turbacion.

Guardó silencio por espacio de algunos segundos como si estuviera reflexionando; y escla-

mó en seguida meneando su rubia cabeza.

=Me pierdo en conjeturas!... Las miradas de aquel hombre tenian una animacion estraña cuando me espiaba en el baile.... Algun motivo debia tener para obrar así, y no dudo un momento que ha de haber tenido parte en todos esos misteriosos obstáculos que se han interpuesto entre la espada de Verdier y la mia... Pero en resumidas cuentas, señor Hans, prefiero estar vivo á estar muerto, y francamente, no veo una razon para incomodarme porque me hayan librado de morir á manos de un tunante. Yo fuí al campo de buena fé; mi conciencia no me remuerde.... Y si el bueno del aleman se ha batido por mí, le voto un millon de gracias!

Frantz decia todo eso con alegria y resignacion. Evidentemente hacia de tripas corazon, como decirse suele, y el desenlace de la avenra le dejaba algo que desear.

Atormentaba su mano los hermosos bucles de sus cabellos, y habia desaparecido la sonrisa de su cara.

=Por otra parte, añadió, contestando á una objecion que su amor propio le hacia; dia vendrá en que yo vea á ese hombre y entonces le preguntaré con qué derecho me proteje.

Una idea mas sombria pasó por su imaginacion.

=Puede tener ese derecho, prosiguió bajando la voz; supongo que hay personas que me conocen y á quienes yo no conozco.... Los que me

dejaron solo y sin recursos en el mundo, saben seguramente donde estoy y tal vez no tienen remordimientos.

Hans se volvió para ocultar su turbacion y no contestar.

Los hermosos ojos de Gertrudis se clavaron en Frantz, por quien se tomaba mayor interés desde el momento en que le suponia desgraciado.

Frantz no reparaba ni en la turbacion del ropavejero, ni en el interés que su hija manifestaba; tenia las manos cruzadas sobre sus rodillas y estaba reflexionando.

Los hijos que, como él, no conocen á sus padres, tienen ideas especiales y que los demas jóvenes no alcanzan; cualesquiera que sean su carácter y naturaleza, hay siempre en sus reflexiones un fondo de tristeza y esperanzas ardientes. Frantz era alegre, frívolo, aturdido y amigo de los placeres; pero la meditacion le trasformaba algunas veces un momento, y entonces tenian en su corazon cabida serias observaciones.

Veía su madre, y cuán hermosa se le presentaba!

Veía su padre de alma grande y noble rostro.

Su corazon, capaz de todos los amores, se lanzaba ardiente en pos de aquellas fantasmas queridas.

Y saltaban luego de sus ojos lágrimas crueles porque decia:

—Tal vez han muerto!

En aquel momento acababa de caer Frantz en la amarga pero animada meditacion que se apoderaba de él todos los dias cuando estaba solo. Los acontecimientos de la noche anterior, que en vano procuraba comprender, le habian suscitado vagos temores, y esperanzas mas vagas todavia.

Una voz que no podia ahogar y que le hablaba de su padre le atormentaba interiormente.

Pero aquel hombre era demasiado joven para ser su padre!

Y ¿por qué le habia de haber abandonado por tan largo tiempo, para venir en su socorro precisamente en el momento del peligro?

¿Por qué aquel silencio y aquellas misteriosas precauciones?

El viento de su meditacion cambiaba; se reconvenia por haberse conmovido; se burlaba de sí mismo y acusábase de poco juicio.

En todo eso no veia ya mas que los caprichos de una noche de carnaval. La casualidad lo habia hecho todo; el hermoso sueño desaparecia, y Frantz se encontraba solo.

Incomodábase enérgicamente contra la emocion, veinte veces rechazada de aquel sueño que continuamente le asaltaba. Abandonó de pronto su asiento, y recobrando su natural sonrisa, dijo:

=Señor Hans, dadme mi ropa; no he venido á contaros historias plañideras .Tengo los bol-

sillos llenos de oro y no lo he robado; qué mas necesito? Muy necio seria en calentarme la cabeza buscando el imposible!

Hans se levantó sin hablar palabra, y se dirigió á un gabinete oscuro donde tenia colgada sus mas preciosas mercancias, tapadas con un paño.

Frantz se quedó otra vez solo con Gertrudis.

La jóven estaba trabajando; seguia con la aguja el armonioso dibujo de su bordado.

=¿Es para vos ese lindo cuello, Gertrudis? interrogó Frantz para decir algo.

=Oh! no, contestó la jóven, no soy bastante rica para gastar estas galas.

=Y para quien és?

=Para una señorita á quien debeis conocer, puesto que hace un rato habeis pronunciado su nombre.

=He pronunciado yo el nombre de una señorita? dijo Frantz que no se acordaba de semejante cosa.

=Por lo menos habeis pronunciado el de su hermano, dijo Gertrudis.

=Es para Dionisia? esclamó Frantz con viveza.

En seguida se arrepintió de haber hablado y se mordió los lábios, cubriéndose su rostro de rubor.

=¡Es muy bonita! murmuró Gertrudis; oh! y muy buena la señorita Dionisia d'Audemer!..

Hace mucho tiempo que mi padre conoce á su familia, y yo voy algunas veces á verla. A pesar de la distancia que nos separa, habla conmigo como si fuera una amiga suya. Oh! si viérais, señor Frantz, es tan amable y tiene tan buen corazon!...

Frantz se ruborizaba cada vez mas y los esfuerzos que hacia solo servian para aumentar su turbacion.

Los ojos de la linda Gertrudis indicaban que por su imaginacion atravesaba un pensamiento que se le habia ocurrido de pronto, y en su sonrisa se notaba cierta malicia.

—Me confia sus secretos, añadió; cuando éramos niñas jugábamos y la señorita Dionisia no lo ha olvidado. ¡Ah! señor Frantz, el hombre que ame será feliz!

Frantz soltó un gran suspiro, iba á hablar; pero pudo contenerse

Gertrudis siguió trabajando, y conforme iba pasando la aguja con una ligereza sin igual, dirigió una mirada furtiva á Frantz que estaba de pié delante de ella.

Vió que los ojos del jóven brillaban de alegria.

Y en el momento en que este aplaudia su propio silencio, se echó Gertrudis á reir, diciendo.

—Señor Frantz! señor Frantz, cuando ayer os ví, se me figuró al instante que os habia encontrado en alguna parte. Despues de ha-

ber estado reflexionando largo rato, me acordé de que donde os habia visto habia sido debajo de los balcones de la senorita d'Audemer.

El jóven quiso negarlo.

—No, no, prosiguió Gertrudis ; sé que no me equivoco! estábais en la calle mirando, y cómo mirábais! Cuando subi encontré á la senorita Dionisia que tenia levantada una punta de las cortinillas del balcon y que os estaba mirando tambien.

=Es eso cierto, esclamó Frantz.

En el momento en que Gertrudis iba á contestar entró el ropavejero con la ropa.

La jóven volvio á emprender su trabajo con ardor como si hubiese querido recobrar el trabajo perdido.

Frantz contó el importe del desempeño, y recibió en cambio un lio, artisticamente doblado.

Dió la mano á Hans Dorn que se la apretó cordialmente, y se despidió.

Al pasar por delante de Gertrudis le dijo al oido.

—Si la veis, decidle que el desafio no ha tenido malas consecuencias.

Gertrudis hizo una indicacion afirmativa con la cabeza, y Frantz salió diciendo.

—Hasta luego!

El ropavejero abrió la ventana para verle mientras que atravesaba el patio, y cuando hu-

bo desaparecido volvió á sentarse y apoyó su cabeza en las manos.

No tenia ya necesidad de contenerse; y sus ojos, que espresaban una alegría profunda, estaban bañados en lágrimas.

En cuanto á Gertrudis, pensó durante un momento en el precioso secreto que acababa de sorprender; pero la misteriosa historia contada por Frantz volvió inmediatamente á apoderarse de su imaginacion, y como el silencio de su padre la dejaba en entera libertad para entregarse á sus reflexiones, desapareció de su hermosa cara la impresion de la alegría.

Volviéronla á atormentar sus infantiles temores; pasaron por delante de sus ojos los invocados espectros y se puso pálida como la muerte.

Tenia miedo; miedo sobre todo del terrible caballero aleman á quien su imaginacion daba un poder sobre natural.

Veíase tal como Frantz le habia descrito, embozado en su larga capa, con el gran sombrero que cubria enteramente su rostro, y con el fuego sombrío y profundo de sus miradas.

Mientras asi meditaba, llamaron á la puerta.

Gertrudis se estremeció y á una seña de su padre se levantó para ir á abrir.

Cuando la puerta giró sobre sus goznes, dió Gertrudis un grito y tuvo que apoyarse en la pared para no caerse. Parecia que su terror habia llamado al fantasma. El caballero aleman era el que estaba en la puerta!

CAPITULO VIII.

La Arquilla.

Gertrudis reconoció al instante á aquel personage misterioso y terrible que tan estraño papel representaba en la relacion de Frantz. Quedóse inmóvil delante de la puerta, sin cuidarse de disimular su terror.

—Es esta la casa del ropavejero Hans Dorn? preguntó el caballero aleman antes de entrar.

Al mismo tiempo levantó su sombrero con grave cortesia, y descubrió una frente espaciosa en que la falta de sueño de la noche

anterior no habia dejado ninguna huella de cansancio.

Era una frente pura y sin arrugas, coronada por las abundantes sortijas de una hermosa cabellera negra.

La pobre Gertrudis veia enmedio de su espanto aquella cara noble y varonil, y bajaba los ojos sin atreverse á contestar.

El baron de Rodah dió un paso. Sus miradas, al acercarse Gertrudis, eran tiernas como las de un padre.

=Hija mia, dijo, entro en vuestra casa sin esperar á que me contesteis. Tal vez ya no os acordeis de mí, pero yo os conozco porque os pareceis mucho á vuestra buena madre.

Gertrudis le miró con timidéz.

Rodach se sonreia.

Habia en su sonrisa, cierta ternura cariñosa y protectora; habia en ella tal risa, franqueza y bondad, que hubiera bastado para tranquilizar al instante á Gertrudis, si el miedo que tenia no hubiese sido mas que la arisca turbacion de su edad.

Volvió á bajar los ojos y Rodach la estuvo mirando otra vez por espacio de algunos instantes.

=Pobre Gertrudis! murmuró, no pensando en la jóven que tenia delante, brillante de juventud y de fuerza, sino en la otra Gertrudis, en la pobre alemana, á quien en otro tiempo habia visto tambien risueña, y que

ya habia muerto.

Su pensamiento le recordaba los acontecimientos de muchos años; pero no podia perder tiempo, y despues de algunos segundos de silencio añadió.

—Donde está vuestro padre, hija mia.

Gertrudis le enseñó con el dedo la puerta del cuarto de Hans que estaba entreabierta.

Rodach se inclinó y dió un beso en la frente á la jóven, que se puso pálida y vaciló, como si toda su sangre se hubiese retirado á su corazon, al contacto de aquella boca temida.

El baron de Rodach entró en el cuarto de Hans. Gertrudis fué á sentarse en un rincon, donde permaneció silenciosa y como petrificada.

Hans Dorn, en cuanto vió á Rodach se levantó respetuoso y obsequioso; el baron tomó el asiento que Frantz habia ocupado, y el ropavejero se mantuvo de pie delante de èl.

—Gracioso señor, dijo, el jóven acaba de venir.

=Lo sé, contestó Rodach. Cuando subia al coche que le esperaba, el mio paraba delante de vuestra casa.

=Os ha visto?

—No. Bajé precipitadamente la cortinilla, y antes de apearme, dejé que se alejára.

=Me lo ha contado todo, añadió Hans, y yo he adivinidado lo que él no podia comprender. Habiais dicho que le salvaríais y le habeis salvado... Pero habeis recibido una herida?

—Un rasguño en el hombro, contestó Rodach; dos ó tres gotas de sangre, no vale nada. Cerrad la puerta, Hans; vamos á hablar de cosas mas sérias.

El ropavejero cerró la puerta y echó elcerrojo.

Volvió á donde estaba Rodach, que pasaba su mano debajo de la capa como para sujetar un objeto que tenia entre el brazo y la cadera.

=Podeis hablar sin temor, gracioso señor, dijo Hans. Aqui nadie puede oirnos ni vernos.

Habia en la primera parte de este aserto rigorosa esactitud: la puerta era sumamente doble, la pobre Gertrudis no pensaba en escuchar; en cuanto á lo demas, se equivocaba el ropavejero.

Cuando por la mañana esperaba inquieto y atormentado por el temor, se habia asomado muchas veces á la ventana para mirar hácia la calle oscura que conduce á la plaza de la Rotonda. La ventana habia quedado entreabierta, y nadie habia reparado en ello, porque el calor de la estufa tenia el cuarto á buen temple, á pesar del aire fresco de la calle.

La rendija era por otra parte muy pequeña pero el viento se colaba por ella y levantaba de cuando en cuando la cortina de gruesa muselina, encargada de interceptar las curiosas miradas del vecindario.

Cada vez que el viento soplaba asi, los ojos desencajados miraban con avidéz lo que en el cuarto del ropavejero pasaba.

Esos ojos pertenecian al idiota Geignolet, que no habia abandonado su puesto hacia una hora, esperando el momento de descubrir el sitio en que Hans Dorsn guardaba su oro.

Desde que vió las monedas de ese metal entre las manos de su hermano, tomó esa idea posesion de su enfermo cerebro; no tenia otro pensamiento, su pobre imaginacion se embriagaba soñando cajones llenos de oro.

Y tenia calentura, porque sabia vagamente, que cada una de esas brillantes moneditas valia un monton de sueldos!

Y los sueldos tenian muchos atractivos para él, porque con ellos compraba aguardiente.

En la noche de esas inteligencias viciadas, la facultad de hacer el mal se desarrolla á veces con una fuerza increible. Al falta de raciocinio tienen desgraciados el instinto del bruto, el instinto agudo, ágil, penetrante, que sorprende los cálculos del pensamiento.

Tiene la astucia lenta, que se desliza como una culebra por donde no podria pasar la fuerza; tienen el sentido sutil del salvaje, pues se arrastra siguiendo las huellas de su presa. Nada de lo que refrena la pasion de los demas hombres puede servirles de obstáculo; nada los distrae del objeto deseado; no conocen el pudor que detiene, y tienen la paciencia victoriosa de la astucia.

Geignolet estaba arrodillado, inmóvil como un tronco, con los ojos pegados á los vidrios

de la ventana. Estaba en acecho y no echaba de ver el tiempo que pasaba.

De cuando en cuando entonaba con sorda voz una copla de su estraña cancion en que hablaba de oro y de aguardiente.

Habia visto á Frantz, sentado al lado del ropavejero; pero cuando el jóven habia contado el dinero para el desempeño de su ropa, la cortina habia permanecido inmóvil.

Nada habia visto aun de lo que queria, y y esperaba.

Cuando el ropavejero se colocó luego en frente de Rodach, este se desembozó y puso sobre la mesa una arquilla forrada de cuero y guarnecida de clavos de plata.

Por la primera vez desde que estaba en su puesto vió el idiota brillar alguna cosa y sus ojos se animaron, pero en aquel momento el débil viento que soplaba de cuando en cuando cesó enteramente; y la cortina cayó á lo largo de las vidrieras de la ventana de Hans.

El idiota ahogó un gruñido; rodaron sus ojos en sus ondas órbitas, é hizo un movimiento como para lanzarse fuera.

Volvió á recobrar su actitud, y por espacio de algunos minutos no vió mas que la gruesa muselina cuyos inmóviles pliegues le impedian ver el cuarto de Hans.

Rodach habia puesto la mano sobre la arquilla de cuero.

—Hablemos antes del muchacho; dijo; te-

neis razon, amigo Hans... Es valiente é intrépido!.... le he visto: juraria por la salvacion de mi alma que no nos hemos engañado... Estaba en la sala de armas cuando fué á tomar leccion... Al tocar su mano la espada me pareció ver en sus ojos aquella viveza repentina que animaba las miradas de mi padre. No tengo ninguna otra nueva prueba, pero la sangre de los antiguos condes se ha estremecido en mis venas al verle, y le amo con delirio.

—La voz del corazon no miente; lo que vos habeis sentido yo lo he esperimentado. Vos sois de la sangre de los señores y yo un pobre vasallo. No puedo decir que le amo tanto como vos; solo puedo ofrecerle mi vida y si la necesita se la daré.

El baron le dió la mano; pero Hans en vez de apretársela se la besó respetuosamente.

=Tiene mucha necesidad del cariño de los servidores de su padre, añadió Rodach; vuestra fidelidad será puesta á prueba, amigo Hans porque á su rededor hay lazos tendidos, y caerá en ellos. ¿Teneis algunos compañeros con quien podais contar?

Hans no contestó de pronto. Estuvo pensándolo un momento,

=Tengo camaradas, contestó al fin, á quienes confiaria cuanto he reunido con mi trabajo, y cuanto destino á la felicidad de mi hija.

—¿Quienes son?

—Alemanes como yo, antiguos vasallos de Bluthaupt.... Herman, que era halconero del Schloss, Fritz, el correo, Johan....

Se detuvo, y parecia que reflexionaba.

—No sé, continuó; á Johan le confiaria tambien mi fortuna, pero el niño es mucho mas precioso que el oro.

=¿Y despues de Johan? preguntó el baron.

Hans pronunció otros cuatro ó cinco nombres, que eran los de los convidados que la víspera anterior se habian reunido en la taberna de la Girafa para celebrar el domingo de Carnaval.

—Está bien, dijo Rodach; esos nombres suenan perfectamente á mis oidos, y debemos dar gracias á Dios por haber reunido tantos buenos alemanes lejos de la patria.... Habladles por separado y con prudencia; sondeadlos, y averiguad á punto fijo hasta qué estremo son fieles unos recuerdos que de dia en dia se van debilitando. Apresuraos á hacer todo lo que os digo, porque la vida del niño está en continuo peligro.

Hans que desde la salida de Frantz habia recobrado su natural alegria se quedó triste y pensativo y dijo.

=Pero ese desafio no se acabó?

—El desgraciado que debia batirse con él, contestó el baron, está por mucho tiempo fuera de combate.... Pero desde que no nos hemos visto, amigo Dorn, he sabido muchas cosas!...

La noche pasada ha sido muy fatigosa para mí; pero he cogido el fruto de mi trabajo... Ese desafio no era un desafio comun: era un asesinato friamente premeditado.

—Un asesinato! esclamó el ropavejero.

=Sobre ese particular, replicó el baron, no tengo pruebas positivas; pero ayer he llegado y no se puede hacer todo en una noche.... Espero salir de dudas esta misma mañana, y que mis sospechas queden aclaradas.

Calló el baron y Hans no se atrevió á preguntarle directamente, pero sus miradas le interrogaban mejor que lo hubieran hecho sus palabras.

=No hay duda, añadió el baron, contestando á sus propias reflexiones; si le atacan, es porque le temen.... y no temerian á un pobre muchacho oscuro y abandonado, sino hubiesen adivinado algun misterio que le dá importancia.... Esas gentes son ricas y poderosas; él no tiene nada, nada puede tampoco.... cómo esplicar, pues, ese odio?

Rodach apartó con el codo la arquilla y apoyó la cabeza en la mano.

=Desde entonces acá han trascurrido veinte años, añadió bajando la voz. No me reconocerán.... cuando me vieron, el terror turbaba su vista.... y aun á costa de ser reconocido es preciso que yo sepa!... con el oro encontrarán nuevos brazos dispuestos á llevar á cabo su cobarde perfidia.... Aparecerá otro Verdier, y yo no

estaré siempre al lado de ese pobre jóven para defenderle.

—Gracioso señor, dijo Hans; ¿puedo saber de quien hablais?

Rodach le miró como si no hubiese comprendido su pregunta.

=Geldberg y compañía, preguntó en vez de contestar, viven todavía en su antigua casa de Ville-l'Evigne?

=Si, señor, contestó Hans.

Los ojos de Rodach que no pestañeaban, revelaban el esfuerzo de su laboriosa meditacion.

=Ademas, añadió de pronto.... la espada solo es un medio.... para matar á un hombre hay mil espedientes mas seguros y menos fáciles de descubrir.... ¡Es preciso saber y sobre todo empezar la lucha al instante!

Alargó la mano y agarrando de una asa la arquilla la atrajo á sí bruscamente.

Fijó en Hans aquella mirada penetrante y grave á la vez, que iba á despertar en el fondo del buen ropavejero un mundo de sentimientos y de recuerdos.

=Esto es la esperanza de los Bluthaupt, murmuró-

Hans abria los ojos y miraba la arquilla, como si fuese un objeto sobrenatural.

—Tengo confianza en vos, amigo Dorn, prosiguió el baron de Rodach, sin dejar de mirarle á la cara: si conociese en el mundo un hombre mas fiel y mas consecuente que vos, iria á bus-

carle para confiarle mi tesoro.

Hans se puso la mano sobre el pecho y dijo con agradecimiento:

=Gracias, señor.... estoy á vuestras órdenes, y el depósito confiado por el hijo de vuestro padre, solo con la vida se separará de mí.

—Lo creo, contestó Rodach, y confio á vuestra custodia la esperanza de Bluthaut.... Sed reservado, Hans Dorn, hasta con vuestra propia hija!... Voy á emprender una lucha cuyos resultados no se pueden preveer.... esa arquilla no estaria segura en mi poder.... Tengo confianza en vos como en mí mismo.... guardadla. Cuando venga á pedirosla será para que el nombre de Bluthaupt vuelva á conquistar su antiguo esplendor.

Hans inclinó la cabeza respetuosamente.

—Acepto el depósito, dijo; y por la memoria de mi padre me comprometo á delvovérosle cuando me le pidais.

Rodach se levantó y se echó la capa al hombro para marcharse.

=Era para mí una carga muy pesada, dijo; ahora tengo una responsabilidad menos, y mi corazon está mas aliviado.... Veamos antes de marcharme, amigo Dorn, si tengo algo mas que deciros?

Estuvo reflexionando un momento, y luego dijo de pronto.

—Bien sabia yo que se me olvidaba alguna cosa. Necesito las señas de Frantz.

Hans acababa de abrir la puerta y se encontraba en el cuarto de Gertrudis.

—Desventurado de mí! murmuró; no me he acordado de pedirselas.

Gertrudis seguia sentada en su ricon, mirando al baron; su turbacion ya no era tanta, y cuando vió el apuro de su padre, se sintió bastante fuerte contra su timidéz para venir en su ayuda.

—Esas señas, dijo con voz muy baja, podré tenerlas.

—Como es eso? preguntó Hans.

Gertrudis se ruborizo, habia hablado con demasiada lijereza, y para contestar tenia que descubrir un secreto que no le pertenecia.

El secreto de Frantz y de Dionisia.

Porque se acordó de la señorita d'Audemer cuando dijo: «Puedo tener esas señas.»

Felizmente las jóvenes por mas puras y sencillas que sean, tienen siempre el talento de la mujer.

Gertrudis reflexionó durante un segundo, y luego contestó:

=El señor Frantz nos habló del vizconde Julian d'Audemer.

=Muy cierto, esclamó el ropavejero, completamente consolado: ¿si quereis esperar, senor baron, tendremos esas señas antes de un cuarto de hora.

Rodach consultó su reloj.

—No puedo! volveré.

Saludó á Gertrudis, que hizo una graciosa reverencia, y salió. Gertrudis ya muy tranquilizada le siguió con la vista.

Hans le acompañó hasta el pié de la escalera, y volvió á subir precipitadamente para encerrar el precioso depósito, que acababan de confiarle.

Volvió la arquilla en su armario, de cuya llave no se separaba nunca. En el momento en que la ponia en la tabla de arriba, deslizóse por la rendija de la ventana un pálido rayo de sol y cayó aplomo sobre la arquilla, cuyos clavos relucieron como otros tantos luises.

Hizo esta circustancia que el ropavejero mirase á la ventana, y hasta entonces no notó que estaba abierta.

Parecíale que el universo entero codiciaba la preciosa arquilla, y se lanzó á la ventana para reparar su imprudencia.

El viento levantó en aquel momento la cortina.

Cuando agarraba las hojas de la ventana para cerrarlas, dirijió casualmente la vista á la pobre habitacion de Reignault.

En un vidrio de la ventana que caia en frente, le pareció ver dos grandes ojos que brillaban de un modo estraño.

Fué cosa de un momento. Cuando el ropavejero se puso la mano sobre los ojos para librarse del sol y mirar con mas detencion, ya no vió mas que la tela pardusca que servia de cortina á la pobre vecina.

CAPITULO IX.

Una fiesta prometida.

Estaban almorzando en casa de la señora vizcondeza d'Audemer.

El comedor daba á la parte de atras de la casa, y el ruido de los pocos coches que de tarde en tarde pasaban por las calles de Beaujolais y de Bretaña no llegaba á los oidos de los convidados.

Estaban en el centro de Paris, y el silencio que á su alrededor reinaba, solo podia compararse al del campo: las mil voces de la habladora ciudad se ahogaban á lo lejos: parecia

que cien leguas separaban la tranquila habitacion de la vizcondesa de los bulliciosos *Boulevares*.

Elena d'Audemer estaba sentada en medio de sus dos hijos Julian y Dionisia; su rostro apasible conservaba algunos restos de belleza. Sus rubios cabellos caian en bucles al rededor de su frente, en que el ojo mas perpicaz difícilmente hubiera podido descubrir una naciente arruga. En su juventud debió parecerse á su hermana Margarita, no á la pobre mujer á quien hemos visto moribunda y postrada en el lecho de agonía, sino á Margarita feliz y brillante, sonriéndose con las alegres esperanzas de sus juveniles años.

Veinte años hacia que Margarita no existia. Los que la habian conocido hubieran podido encontrar todavía alguna vaga semejanza entre las bien conservadas facciones de Elena y el rostro encantador de la desgraciada dama de Bluthaupt.

Pero esta semejanza era mas sorprendente, cuando se apartaban los ojos de la madre para fijarse en la hija.

Menos en el color de los cabellos, era Dionisia un vivo retrato de su tia. Veiase en su cara la misma espresion, la misma gracia y los mismos atractivos. Su sonrisa era la de Margarita.

Pocas personas habian podido notar esta semejanza, porque Margarita habia pasado su vida

en la soledad, y Dionisia estaba en Paris, lejos de Alemania de donde aquella no habia salido nunca. Los que casualmente se hallaban en el caso de observarla no la estrañaban, porque conocian á la familia de Bluthaupt, y sabian que esta noble raza por decirlo asi vaciaba todos sus hijos en un mismo molde.

Habian visto en los salones del anciano Schloss los retratos de los hijos de Bluthaupt, que desde este tiempo inmemorial, se parecian de un modo estraordinario; habian visto á Gunther, Utrich, Elena y Margarita que, menos en la edad y en el sexo, se parecian en todo; y sabian tambien, de oidas ó de otro modo, que la misma particularidad se reproducia mas notablemente en los tres bastardos de Bluthaupt que estaban espiando en la cárcel de Francfort el asesinato del senador Zachœus Nesmer....

La vizcondesa d'Audemer estaba vestida con pretensiones no enteramente propias de su edad y se conocia que, á pesar de ser muy temprano, habia pasado algun tiempo delante del espejo de su tocador; sus cabellos, que empezaban á escasear, estaban arreglados con mucho cuidado; su vestido, sumamente apretado, combatia no sin alguna ventaja el desarrollo demasiado generoso de un talle que en otro tiempo debió ser perfecto. Llevaba, en forma de broche, un medallon igual al que vimos en las manos de Raimundo d'Audemer en la adminis-

tracion de correos de Francfort y en las profundidades del Hœelle.

Ese medallon encerraba el retrato del Vizconde y pelo de Julian de cuando era niño. Conservaba un tierno culto á la memoria de su marido.

Bastaba verla para conocer su corazon y su carácter. Era una escelente muger, amable, caritativa é incapaz de odio; pero era débil, de muy mediana inteligencia y de voluntad casi nula.

En la sociedad pasaba por muger de talento, pero la inteligencia, en el sentido recto de la palabra, tiene poco que ver con el talento de la sociedad.

Ha habido en ella personas de talento que realmente no eran estúpidas; conceder mas que esta generosa declaracion seria prodigalidad.

La Vizcondesa d' Audemer despues de la muerte de su marido habia vivido mucho tiempo en la mayor estrechéz. No tenia ninguna noticia de los negocios de Raimundo d' Audemer, que segun habia dicho al marchar iba á recoger la herencia de Ulrich, y no habia vuelto.

Otto, el bastardo de Blontaupt, le habia escrito la muerte del Vizconde, sin darles otros pormenores; y cuando los bastardos pasaron despues á Paris, afectó Otto, ciertos misterios acerca de este particular.

Los otros dos, Alberto y Gœtz guardaban la misma reserva que Otto, cuya voluntad parecia ser la regla suprema de la conducta de todos.

Ignorando Elena los acontecimientos que habian precedido á la marcha de su marido, y no conociendo siquiera á Jacobo Reinault, que era el principal instrumento de su ruina, mandó hacer investigaciones en Alemania. Supo á un mismo tiempo que la herencia de su padre habia sido robada por completo, y que los inmensos bienes de Gunther de Bluthaupt, su tio, habian pasado legalmente á manos estrañas.

Nada tenia, pues que esperar de ese lado. Casi no conocia á la familia de su marido, y el mismo Raimundo habia dicho muchas veces delante de ella que todos sus parientes eran tan pobres como él.

Quedóse sola con Julian, que tenia seis años y con Dionisia que acababa de nacer.

La pobre muger no hubiera podido soportar esta carga demasiado pesada, si alguna que otra vez no la hubiesen socorrido los bastardos.

Otto, Alberto y Gœtz no tenian mas que sus estropeadas capas encarnadas, y comian pan negro en las quintas de Alemania, pero sabian encontrar algunos ducados siempre que se trataba de hacer alguna obra buena.

Elena crió como pudo á sus hijos; era bue-

na madre y su amor maternal le dió los recursos de que carecia. Julian y Dionisia recibieron una educacion regular. Cuando el primero iba á cumplir diez y ocho años, un amigo de la familia d' Audemer propuso á Elena colocarle en una de las principales casas de comercio de Paris. Era una casa nueva, pero que gozaba de un crédito europeo y cuya reputacion no tenia igual.

Elena aceptó con alegría, y Julian entró de dependiente en la casa de Geldberg, Reignault y compañia, dando esto ocasion, á que el caballero de Reignault se introdujera en casa de la vizcondesa. En aquella época era esta aun bonita, y las visitas del caballero, que cada vez iban menudeando mas, acaso no tenian un objeto enteramente desinteresado. Pero Elena que pensaba en el porvenir de su hijo, cerraba los ojos y seguia teniendo abierta la puerta de su casa para el caballero. Es probable, por lo demas, que la temeridad de este no traspasó cierto límite, porque la vizcondesa, que era muger de corazon, no tuvo inconveniente mas adelante en prometerle la mano de su hija.

Reignauld se presentó un dia á pedir la mano de la linda Dionisia: pero entonces las cosas habian cambiado ya de aspecto. Julian no era dependiente de una casa de comercio, era oficial de marina; y Dionisia, brillante de juventud y de hermosura, salia uno de uno de

los mojeres colegios de Paris.

No era sola una jóven encantadora, sino que era tambien una rica heredera. Contra toda esperanza, habia heredado la vizcondesa una inmensa fortuna, por muerte de un pariente lejano de su marido á quien nunca habia visto.

Elena habia conservado sin embargo de su pasada inteligencia un respeto profundo á la riqueza. Reignauld era rico; cualesquiera que fuesen las opiniones personales de Elena respecto á ese caballero, le aceptó gustosa por yerno; y hasta hizo algunas indicaciones acerca del casamiento de su hijo con la condesa Ester.

Bien es cierto que existia la diferencia de religion y de origen; pero tambien lo es que Ester era viuda de un par de Francia, y la señora d' Audemer no habia tenido nunca el corazon caballeresco de los Bluthaupt.

La miseria que habia pasado la habia vuelto plevcya. Por espacio de quince años de su vida hubiera dado el blason de sus padres con los títulos de su marido por mil quinientos francos de renta.

Ademas Julian amaba á la condesa Ester.

Las dos negociaciones marchaban de frente y bastante bien; solo que Dionsia, con quien todavia no se habia contado oficialmente, no parecia estar muy deseosa de unir su suerte á la del caballero Reignauld.

Mas aun, su repugnancia á encontrarse con el caballero era tan grande, que habia dejado casi enteramente de frecuentar la casa de Geldberg, sin embargo de que tenia en ella una amiga. Solo hacia un ano que Lia y Dionisia se conocian, pero se amaban, y era preciso que la repugnancia de la vizcondesa fuese muy grande, para que asi dejase abandonado á la pobre Lia en su soledad.

Conocia los proyectos de su madre, y cuando esta la tocaba la cuestion de casamiento, se ponia triste: tal es la condicion de las jóvenes; al menos así lo dicen las mugeres, que arañando los cuarenta, tienen interes en aparecer olvidadizas.

Cuando se sentaron á almorzar, Dionisia estaba mas triste de lo que acostumbraba. Su talle demasiado esbelto se inclinaba; un círculo azul rodeaba sus grandes ojos amortiguados; su pálida frente se encorbaba bajo el peso de una pena misteriosa.

Dionisia aparecia así algunas veces, y su madre, creyendo que estaba enferma, le hacia beber algunas pociones.

Al dia siguiente amanecia Dionisia risueña, fresca y mas hermosa; la juventud habia triunfado; y su madre creia que la habia curado.

Pero hoy estaba tan cambiada Dionisia, que las pasiones acostumbradas tenian mucho que hacer. No comia y apenas hablaba á pesar

de que tenia delante á su hermano, cuya presencia le habia arrancado una sonrisa forzada. Y sin embargo, hacia mas de un año que Julian estaba ausente, y Dios sabe cuántas veces le habia pedido Dionisia que le hiciera la gracia de apresurar su regreso. De cuando en cuando parecia que de pronto volvia en sí, y hacia mil esfuerzos para aparecer alegre; pero era empeño vano: una idea abrumadora la dominaba y no podia sacudirla.

Hay madres muy hábiles para sondear el secreto de los corazones; madres que parecen hadas que poseen el espejo en que reflejan todos los misterios; pero las hay tambien que tienen placer en apretar la venda que tapa sus ojos y se vuelven ciegas. La vizcondesa se hubiera enfadado mucho con el que hubiera dicho: vuestra hija ama.

Solo hacia una hora que Julian habia llegado, y á pesar de no ser un gran observador habia adivinado ya lo que su madre no queria ver.

Julian por su parte estaba tambien fatigado, distraido y casi de mal humor. El placer de la noche no le habia dejado otra impresion que mucho cansancio, y sobre todo mucho despecho. Ahora que los vapores del Champaña se habian disipado, pensaba en aquella mug r desconocida del baile Favart con cierto terror. Se habia acercado á ella despues de una cena copiosa. La intriga se habia enredado

apresuradamente, bajo la doble afluencia de la embriaguéz y del baile; mientras duró la noche, Julian, arrastrado por una verdadera fiebre, habia amado casualmente, y deseado con ahinco y delirio.

Pasada la fiebre la razon habia ocupado su puesto.

Julian dirigió una mirada atrás y cruzó por su imaginacion un pensamiento que habia tenido en el baile y durante la cena. Este pensamiento le habia asaltado ahora de improviso cuando ya no era posible averiguar lo que tanto le interesaba.

Mientras que aquella muger habia estado á su lado, solo sus sentidos habian hablado; ahora parecia que sus recuerdos eran mas precisos que la misma realidad; veia de lejos lo que no habia visto de cerca; creia reconocer á aquella muger.

Las circunstancias se agrupaban á su imaginacion; se acordaba de una palabra de Frantz que le habia dicho, tal vez casualmente: ¿qué hariais si encontráseis debajo de la máscara á la muger que amais? Se indignaba contra sí mismo y se calificaba de insensato; debajo de la máscara de su linda conquista de la noche anterior, entreveia una cara conocida, y un velo negro cubria los dulces sueños que tan deliciosos habian hecho para él las largas horas de la ausencia.

Sin embargo no poetisemos demasiado los

sentimientos que agitaban al jóven marino, ni demos tal importancia á su despecho que pueda confundirse con la desesperacion. Despues de haber pasado una noche en claro, ¿á quién no le asaltan lúgubres pensamientos?

Julian tenia *spleen*.

No comia mas que su hermana, y su mano que tenia metida en el bolsillo del frac atormentaba el pedazo de papel cuya lectura le habia hecho estremecer en el gabinete del café inglés.

Esto era mas serio que la tardía sospecha que le asaltaba acerca de la del dominó azul. Julian sabia de memoria el contenido del pedacito de papel, y era para él un especie de amenaza que incesantemente vibraba á sus oidos.

Julian era muy desgraciado, y hacia muy triste figura en ese almuerzo de llegada.

Solo la vizcondesa conservaba su serenidad. Se alegraba de volver á ver á su hijo, con el brillante uniforme de marino, que es el orgullo de las madres y la gloria de los jóvenes instruidos en trigonometría. Veia el porvenir matizado de trajes de boda, y creia oir un lejano eco de contradanzas, ejecutadas en brillantes bailes para celebrar el casamiento de sus hijos queridos.

=Hay que disimular á tu hermana, hijo mio, dijo meneando el té con la cucharilla; está hoy mucho mas alegre que otros dias,

pero creo que se siente algo indispuesta.

=Estoy seguro de que mi hermana se alegra de verme, replicó el marino con aire distraido.

Dionisia le dió la mano, haciendo un esfuerzo para sonreirse.

=Conozco esas indisposiciones, añadió la señora d'Audemer; se curan con un poco de tisana... Has venido muy á tiempo, Julian!... si llega á tardar un mes mas tu licencia no hubieras podido asistir á la hermosa fiesta que la familia de Geldberg va á dar en su castillo de Alemania.

=Qué fiesta es esa? preguntó el marino.

=No te lo he escrito? dijo la señora d'Audemer. Una fiesta como no se ha visto nunca, hijo mio! una fiesta que costará sumas incalculables.... Los que no sean convidados á ella, no tendrán consuelo... Tu hermana debe ir. No es verdad Dionisia?

=Sí, mamá, contestó la jóven que no sabia lo que le preguntaban.

=Llevará doce trages de baile, añadió la vizcondesa con entusiasmo, cuatro trages de etiqueta y lo demas correspondiente.. Yo he arreglado todo eso; porque, gracias á Dios, me ocupo mas de ella que de mí y mas que ella misma... Ah!... cuanto hubiera sentido, hijo mio, que hubiese faltado á esa fiesta!.... se hablará de ella por espacio de diez años.

=Y Dionisia, preguntó Julian, está muy

contenta?

=Yo lo creo: esclamó la vizcondesa, pues pudiera no estarlo.

Y dejó de hablar para mirar á Dionisia que no contestaba.

=Oye, niña, dijo notándose en su voz cierto despecho; Julian pregunta si te alegras de ir al castillo de Geldberg.

Dionisia se sonrió tristemente y murmuró distraida:

=Mucho!

Julian notó tal vez que el tono de su hermana contradecia sus palabras; pero él tenia tambien sus preocupaciones; y ademas la señora d' Audemer no le dejó tiempo para entrar en esa cuestion.

=Aun no se han hecho las invitaciones, prosiguió con aire de importancia; pero la cosa se ha traslucido al instante, y todo el mundo desea proporcionarse una esquela de convite... Personas conozco yo que por ella darian cincuenta luises... Pero será una reunion escojida: no habrá mas que títulos y millonarios.

=No sé donde está situado el castillo de Geldberg, observó el vizconde; pero me parece que debe estar un poco lejos para una fiesta parisiense.

=En eso estriba precisamente lo bueno, lo escentrico, lo espléndido y lo real! dijo la señora d' Audemer... La casa de Geldberg se

encarga de trasportar á todos sus convidados hasta el fondo de la Alemania.... Habrá tiros apostados en todo el camino... Vefour está encargado de preparar las comidas, y en vez del mal servicio de las posadas, tendremos una mesa como en Palais-Royal:

=Convengo en que será digno de verse, dijo el marino.

=Ya conocerás, añadió la señora d' Audemer, guiñando fijamente el ojo, que todavia no es oficial la noticia.... Lo que te digo lo sabemos por el mismo caballero Reignauld que viene á vernos casi todos los dias.... No es eso Dionisia?

La jóven hizo con la cabeza una indicacion afirmativa; pero en vano se esforzó para que asomára una sonrisa en su pálida y contraida boca. Su desazon aumentaba por momentos. Conociase por su rostro que padecia terriblemente.... Mientras que su madre hablaba, entregábase ella á la meditacion. Una idea abrumadora pesaba sobre su corazon. Ya no era fácil de equivocarse, rebelábase en su rostro su creciente y por largo tiempo comprimida angustia.

Pero la vizcondesa d' Audemer no reparaba en ello. Estaba enamorada de la casa de Geldberg, que gastaba miles de miles para dar la fiesta. Dos ó tres semanas hacia que estaba en el secreto de las prometidas magnificencias y no podia pensar mas que en el

viaje, en sus trages, en los de su hija, y en la gloriosa felicidad que resultaria de unirse por medio de los lazos del matrimonio con la familia de Geldberg, tan rica y tan poderosa.

Por otra parte no es prudente ocuparse demasiado de las indisposiciones de las jóvenes. Los cuidados que se le prodigan no hacen mas que agravarlas; lo mejor es cerrar los ojos á todos esos caprichos nerviosos ú otros que se cansan al instante cuando no los irritan.

Tal era la opinion de la vizcondesa, era seguramente una escelente madre y que se hubiese sacrificado de buena gana por sus hijos.

Y en resumidas cuentas, ¿qué podia tener Dionisia? el médico respondia de su salud, tenia todos los trages que queria, todos los sombreros, todas las flores, todos los encajes que podia apetecer; nada se le negaba, la llevaban al baile y hasta por fuerza la hubieran obligado á divertirse.

La palidéz que de cuando en cuando cubria su rostro, era el mal de las jóvenes. ¡Su tristeza debia tener el término comun, y si padecia, era porque queria!

Sin embargo la vizcondesa habia tenido diez y ocho años! las angustias de amor habian amortiguado en otro tiempo sus frescos colores de virgen; muchas noches habia llorado, sin poder reconciliar el sueño, en su blanca cama, del hermoso castillo de Rothe!...

Pero todas esas cosas se olvidan! nuestros

hombres graves de veinte y cinco años se compadecen profundamente de los colegiales que bailan la Polka; los radicales obtienen estancos de tabaco, y los calvos estrañan como puede llevarse el romanticismo hasta el estremo de gastar melenas.

La vizcondesa se ha entregado enteramente á la descripcion de los anunciados encantamientos, y Julian que al principio habia escuchado con indiferencia, empezaba á prestar mayor atencion: era jóven y se le hablaba de placeres. Por otra parte, todo lo que se le decia tenia directamente relacion con la condesa Ester.

Animábase por grados y su atencion se separaba cada vez mas de Dionisia.

=Y sabeis cuál es el dia señalado? preguntó llenando su vaso por primera vez.

=Si el dia estuviese señalado, contestó la vizcondesa, seguramente lo sabria; porque el caballero Reignauld nos dice cuanto hay sobre el particular: pero M. Abel de Geldberg, es el director, y no ha marcado todavia la época... Tendrás que proveerte de todo lo necesario, Julian; trage de caza, dos ó tres lo menos de máscara, porque nos prometen bailes deliciosos, algunos sencillos y de buen gusto para paseo.... reservando el uniforme para las grandes solemnidades.... Y luego.... falta algo?

=Creo que no, contestó el marino sonriéndose.

=No te rias, hijo mio, replicó la vizconde-

sa con gravedad, nada hay mas ridículo que encontrarse desprevenido.... Todos los sastres de Paris tienen nombres alemanes, pero eso no quiere decir que en Alemania haya sastres... Conviene ademas que nos distingamos en esa brillante reunion.... porque tu casamiento depende problamente del efecto que produzcas en Geldberg.

=Mi casamiento! repitió el marino, frunciendo el entrecejo.

La vizcondesa le miró con aire de sorpresa y de pesar, y le preguntó.

=Has cambiado de parecer?

Y como Julian tardase en contestar, añadió con lijereza.

=Seguramente, hijo mio, que es un paso de mucha gravedad; y las riquezas no bastan por si solas para constituir la felicidad de un matrimonio, pero observa que para dar semejantes fiestas, es preciso nadar en la opulencia.

Julian seguia guardando silencio; y su madre añadió con enfático acento:

=He hecho el cálculo, y por la parte corta debe costarles por los menos cuatrocientos mil francos.

Julian seguia pensativo.

=Dicen que no ha perdido nada de su hermosura!... murmuró.

La vizcondesa se echó á reir, porque las palabras de su hijo la habian tranquilizado.

Dos grandes lágrimas se escapaban de los párpados de Dionisia y rodaban lentamente por sus megillas.

Hacia algunos minutos que la pobre Dionisia estaba sola consigo misma. Sombrías ideas la asaltaban y le destrozaban el corazon. En aquel momento en que, demasiado débil contra su martirio; cesaba de luchar, y se llenaban sus ojos de ardientes lágrimas, se abrió la puerta del salon.

=La bordadora Gertrudis pregunta por la señorita, dijo una doncella.

Dionisia se levantó precipitadamente, feliz de poder ocultar sus lágrimas.

La vizcondesa y su hijo se quedaron solos.

CAPITULO X.

Las Jóvenes!...

Mientras que Dionisia se dirigia á la puerta, la vizcondesa la seguia con la vista completamente satisfecha.

=Ya ves, dijo á Julian, que tu hermana hace poco parecia que se estaba muriendo; pero en cuanto se le habla de modas, al instante se pone buena.

=La encuentro cambiada, contestó Julian.

Un buen casamiento la ponga buena, añadió la señora d'Audemer.

=Me parece que la he visto llorar.

=Tampoco lo estrañaria, contestó vivamente la vizcondesa, porque las jóvenes son capaces de todo.

Dió un largo suspiro y murmuró levantando los ojos al cielo.

=Ah! las jóvenes! las jóvenes!...

Se levantó de la mesa y fué á sentarse en un confidente.

=Ven aqui, Julian, añadió, y hablemos con formalidad; ahora que estamos solos.

El marino fué á sentarse tambien en el confidente. La vizcondesa puso sus blancas manos sobre el hombro de su hijo, y le contempló durante algunos segundos en silencio con aquella buena sonrisa de la madre que ama y es feliz ...

=Qué buen mozo te has hecho! dijo al fin con dulce y cariñosa voz; pero hablaremos de la melancolía de tu hermana... ¿No estás tú triste tambien, hijo mio? Me parece que me ocultas algun pesar.

Cogió la cabeza del marino con las dos manos, y le dió un beso en la frente.

=Sabes que tu conducta me tiene muy orgullosa ! prosiguió. Tres veces ha aparecido tu nombre en los periódicos el verano pasado. Todo el mundo me decia que honras el título de nuestra familia. Ha habido un baron d'Audemer gefe de escuadra, bajo Luis XV, vuestro Julian , señora, será por lo menos

vicealmirante.... Figúrate tú si esas semejantes palabras me llenarian de orgullo... Gracias, gracias, hijo mio, por la alegria que me has causado.

Julian le devolvió sus besos y contestó á sus tiernas sonrisas con otras no menos cariñosas; pero conservaba la misma distraccion que habia manifestado durante el almuerzo.

=Dios mio, dijo la señora d'Audemer que no le perdia de vista; tú tienes algun disgusto! yo quiero saberlo... Te incomoda el servicio?... Acaso es algun gefe injusto y demasiado severo.

=Estoy muy á gusto en el buqne, contestó el marino; soy muy amigo de mis gefes.

=Tú no los necesitas para nada ni á nadie tampoco, hijo mio, respondió la vizcondesa; generalmente se dice que los jóvenes como tú, dotados de un corazon fuerte, son á veces desgraciados en los buques de la marina real; y yo no quiero que lo seas en lo mas mínimo!... Al primer disgusto que tengas daremos tu dimision, y te vendrás á vivir á Paris... Bien mirado, has hecho ya dos campanas; y eso basta para un noble que no tiene que emprender por necesidad el servicio de las armas... No opinas como yo, Julian?

=La marina me gusta, mamá, y...

=Y qué?

=Si no me caso con Ester...

=Y por qué no te has de casar con ella!...

Tú la amas; puedo casi asegurar que le gusas; eres medianamante rico; ella es poderota... Tú eres noble y eso es una gran recomendacion para ella que tiene gustos é inclinaciones eminentemente distinguidos.... Tu eres buen mozo, y ella encantadora!.... No veo pues una razon para que no te cases con ella.

Julian meneó la cabeza lentamente.

=Todo lo que decis es muy cierto, mamá, pero...

=Pero... repitió la vizcondesa pateando.

El marino bajó los ojos y guardó profundo silencio.

Se acordaba del baile Favard, y le asaltaban sus dudas, mas vivas en aquel momento. Pero no se atrevia á revelárselas á su madre ni tenia tampoco intencion de contarle la aventura que las habia originado.

Queria sin embargo quejarse, aun cuando no fuese mas que para tranquilizarse.

Vacilaba; y la senora d'Audemer, impaciente y casi colérica, le abrumaba á preguntas.

=Tiene V. razon, mamá, dijo al fin el marino: estoy triste.... y precisamente Ester es la causa de mi tristeza.

=Como es eso?

=No sé que deciros!... La amo todavia.., La amo mas que nunca, y no sé sin embargo si conviene que me case con ella.

=Pero tendrás algun motivo? dijo la vizcondesa, decidida á no abandonar el campo.

Julian guardó silencio, avergonzábase de sus sospechas, que alimentaba sin embargo y que hasta tomaba en él mayor imperio á medida que reflexionaba. Hubiera preferido callar y ser condenado, á revelar aquella duda que tan desgraciado le hacia, á pesar de que se le presentaban bajo un aspecto estravagante.

La reputacion de las señoras de Geldberg estaba tan bien establecida; su virtud era tan austera y su vida tan superior á la vulgar maledicencia y á las hablillas que marchitan al pasar la reputacion de la generalidad de las mugeres que figuran en primer término!

Julian, dominado por la turbacion, se rebullia sobre el confidente y su mano atormentaba los faldones de su uniforme.

En el momento en que las preguntas de la vizcondesa eran mas exigentes, los dedos de Julian dieron con el papelito que se encontró en el bolsillo, cuando estaba almorzando en el café Inglés.

No se acordaba ya de semejante papel.

En cuanto le tocó, desapareció su turbacion; pero indicando al mismo tiempo mayor tristeza su semblante.

El papel en cuestion era al mismo tiempo una respuesta á las preguntas de la vizcondesa, y un obstáculo mas entre él y Ester.

Levantó los ojos para mirar á su madre y sacó el papel del bolsillo.

=He tardado en contestaros, dijo con voz pausada y grave, porque tengo qne revelaros una cosa estraña.. Mejor que yo podriais vos apreciar el valor de la acusacion dirigida contra la casa de Geldberg.

—Una acusacion! murmuró la señora d' Audemer... Una acusacion contra la casa de Geldberg!... Puedo asegurar desde luego que es una calumnia imfame!... Julian le alargó sin hablar palabra, el papel que estaba arrugado, y roto por en medio de modo que la frase escrita habia quedado cortada.

La señora d'Audemer tardó lo menos un minuto para descifrar los caractéres que apenas se podian leer.

«Tu hermana va á casarse con el matador de tu padre,» leyó al fin en alta voz sin querer, y tú con la hija de...

Despues de esa palabra se habia roto el papel.

Julian esperaba ver á su madre encogerse de hombros y arrojar con desprecio aquella estraña acusacion; pero lejos de suceder así leyó la vizcondesa y volvió á leer el contenido del billete, entregándoselo despues á su hijo.

Cruzó las manos sobre sus rodillas; recostóse en el respaldo del confidente y quedó meditabunda.

Veinte años hacia que su marido habia muerto; pero Elena, cuyo corazon y entendimiento podian equivocarse con frecuencia, era buena por naturaleza; siempre que se acordaba de Raimundo, renacia su antiguo dolor en el fondo de su alma.

Julian la miraba y guardaba silencio.

=No es la primera vez que oigo hablar de eso, dijo al fin la vizcondesa haciendo un esfuerzo; pero es un error ó una calumnia.... Tu pobre padre murió, hijo mio, como tantos otros antes que él, en el precipicio llamado Infierno de Bluthaupt, en el pais en en que vivia nuestro tio Gunther..... El caballero Reignauld es un hombre honrado, y estoy de ello tan persuadida que lo afirmaria delante de Dios... Muchas veces le he preguntado, y me he valido de todos mis recursos para sondearle ; el resultado ha sido convencerme de que ni siquiera conoció á mi pobre Raimundo... En todo eso no hay mas que una funesta casualidad y una semejanza de nombre. Tu padre tenia relaciones, cuando murió, con un hombre de costumbres frívolas y disolutas llamado M. d' Reignauld.... En nuestra lengua alemana este nombre, cotú sabes, se pronuncia Reinbold.

=Pero y ese Reignauld? dijo Julian en tono de amenaza.

La vizcondesa le detuvo con el gesto.

=Déjame hablar , dijo; ese Reignauld era

tal vez un hombre sin honor, pero no asesino... Acerca de esta desgraciada historia solo puedo decirte lo que sé, y es bien poco por cierto. Tu padre conoció á ese Reignauld por casualidad, y creo que hasta cierto punto se avergonzaba de esa amistad, porque me la ocultaba. Tu padre ocupaba una habitacion separada de la mia, y en ella recibia á M. Reignauld... Muchas veces he oido hablar de él en las reuniones, donde pasaba un prodigio y por loco; pero no recuerdo haberle visto nunca... Raimundo murió en la Hœlle de Bluthaupt..Tus tres tios Otto, Alberto y Gœtz vinieron á Paris aquella época y acusaron vagamente á M. de Reignauld... pero la historia que me contaron tenia todos los visos de cuento. Por los informes que hice tomar en Alemania, supe que ese caballero, que gozaba por otra parte de buena reputacion, no habia hecho mas que pasar por Francfort sobre el Mein, y habia ido á morir en alguna ciudad del Austria.

La madre y el hijo permanecieron algunos momentos en silencio, bajo la impresion de tan penoso recuerdo.

—Madre mia, dijo el marino, habeis hecho cuanto habeis podido... No os reconvengo por no haberme dicho antes esas cosas, porque era muy jóven cuando marché al colegio..... Pero ahora soy un hombre y veo aqui un deber que cumplir.... Es preciso que vaya

á Alemania, y que averigue si ese M. Reignauld ha muerto.

La vizcondesa le alargó la mano, mientras que de sus ojos se desprendian gruesas lágrimas.

=Ireis á Alemania, hijo mio; Dios sabe que amo á tu padre lo mismo que cuando estaba á mi lado y era yo tan feliz.... Irás... Iremos juntos... Aprovecharemos nuestra permanencia en el castillo de Geldberg para hacer todas las investigaciones que estén en nuestro poder.

Ese pensamiento de fiesta que venia á confundirse con dolorosos recuerdos, destrozó el corazon del jóven marino. Su madre no lo notó; y despues de un corto silencio añadió:

—Te acuerdas de tus tres tios, Julian?

=Muy remotamente, contestó el marino; mi padre vivia aun; cuando ví en su cuarto á tres jóvenes que llevaban capas encarnadas y á quienes el vizconde abrazó tiernamente.

=Es esacto! murmuró la señora d'Audemer con amarga sonrisa; siempre estravagantes y no haciendo nada como los demas hombres!...

—Me parece sin embargo, dijo Julian, que en otro tiempo los queriais mucho!

=Y los quiero todavia... son mis hermanos y sin los socorros que me han dado, no hubiera podido atravesar los años de desgracia que siguieron á nuestra infancia... Pero tienen la cabeza mas destornillada que imaginar-

se puede! .. Nunca se me olvida que ese fatal viaje á Alemania, que causó la muerte á vuestro padre, fué emprendido por sus consejos..... Desde entonces los he vuelto á ver cuatro ó cinco veces distintas, y debo decir que aun cuando eran pobres y estaban perseguidos, me trajeron siempre algun socorro... Confieso, hijo mio, que tienen muy buen corazon; y sin embargo los recibia con frialdad... Sin sus descabellados consejos no habria hecho Raimundo ese desgraciado viaje, y en este momento tal vez estaria á vuestro lado... No sé si se incomodaron al ver la frialdad con que los recibia; lo cierto es que hace mucho tiempo que no he vuelto á verles.

Las palabras de la señora d'Audemer producian en Julian un efecto que ella no podia esperar. El retrato que hacia de los tres bastardos, á fin de motivar su frialdad, inspiraba al jóven fuertes simpatías. Muchas veces habia oido hablar de aquellos parientes desconocidos y desgraciados, sobre quienes pesaba la doble fatalidad de su nacimiento, como bastardos y como hijos de un proscripto; pero nunca habia escuchado su historia con tanto interés como ahora.

=Cómo es que no los he visto despues de la muerte de mi padre? preguntó.

=Estabas en el colegio, contestó la vizcondesa, y procuraba que no os encontraseis en casa, porque temia la influencia que pudiesen

ejercer en tu tierno corazon.... Entiendes bien lo que te digo, hijo mio? no son capaces de perjudicar á nadie con conocimiento de causa; pero se lanzan ciegamente en todas las empresas temerarias; parece que el peligro los atrae, y tienen las mismas creencias políticas que perdieron al desgraciado conde Ulrich, tu tio!... No creeas que aunque pobres y no sabiendo muchas veces donde reposar su cabeza se ocupasen de ellos mismos y tratasen de dedicarse á un trabajo lucrativo!... Tomaban parte en las luchas sordas que agitan la Alemania; combatian como verdaderos caballeros errantes, contra pretendidos enemigos de vuestra familia, contra fantasmas!...

—Y ahora que hacen? preguntó Julian.

=Nada de eso has sabido porque estabas viajando, replicó la vizcondesa.... Su estravagante conducta ha dado al fin sus frutos.... Y tiemblo al acordarme de que si en otro tiempo te hubiese confiado á su cuidado, habrias seguido tal vez sus huellas.

=Pero qué ha sido de ellos?

—Están en la cárcel, Julian... En la cárcel, y sobre ellos pesa una acusacion de asesinato.

=En Viena?

=En Franfort.

=Y Francfort dista mucho del castillo de Geldberg?

=Creo que muy pocas leguas.... Pero por qué me lo preguntas?

=Porque pienso ir á visitar á mis tres tios, Otto, Alberto y Gœtz.

La vizcondesa se le quedó mirando sorprendida.

=Harás lo que gustes Julian, dijo; estás ya en edad de poder juzgar sin consejos.... Yo desconfio de ellos á pesar de que los quiero de todo corazon, como debo; y volviendo á lo que nos trajo á este asunto, te digo que me parece una fábula muy indigna la acusacion dirijida contra el buen caballero de Reinauld.... Por lo demas, tú le conoces como yo: cuál es tu parecer?

=El mismo que el vuestro, contestó Julian que se habia quedado pensativo.

=Y sabes quién te entregó ese papel?

=No señora.

=¿Cuando menos sabrás dónde le recibiste?

Julian vaciló por espacio de un segundo, y luego contestó:

=En el baile de máscara de la ópera cómica.

=Anoche?

=Anoche.

=La vizcondesa miró á su hijo, y se echó á reir.

—Y yo le compadecia, esclamó; y me alarmaba el verle tan fatigado!... Ahora ya sabemos de donde viene esa palidéz, señor vizconde!... Bien has empleado las primeras horas de tu licencia.... eso promete!

Y le atrajo á sí, y le dió un cariñoso beso en la frente.

=Eres un chiquillo! me vienes á contar tus bromas del baile como si fueran cosas formales!... No conoces que se han burlado de tí, y que ese billete parte de la mano de un envidioso de tu felicidad?... Ester es linda; es rica; es amada!... Tú tienes rivales!... Yo por mi parte conozco á mas de veinte! Cómo, pues, no has adivinado la causa de esa anónima calumnia?

La señora d'Audemer hablaba con calor; defendia una causa medio ganada ya en el corazon de Julian, por el recuerdo de Ester.

=Pero no se trata de mí solo, replicó; se habla particularmente de mi hermana y del caballero de Reignauld.

—Bien se conoce que viene de los antípodas, replicó la vizcondesa encogiéndose de hombros; si te he hablado de los jóvenes, qué no hubiera podido decirte respecto á las señoritas?... Sé justo; crees tú que todas esas jóvenes del alto comercio puedan ver sin envidia que tu hermana se va á casar con uno de los gefes de la casa mas fuerte del barrio de Sain-Honoré?... se consumen de despecho, y si las mujeres se batiesen, Dionisia tendria ya media docena de desafios!...

Me parece que mi hermana no hace gran aprecio de su felicidad.

=No hagas caso, hijo mio; es preciso ser mujer de edad para adivinar lo que pasa en el corazon de las jóvenes.... Vas á ver á Dioni-

sia que volverá dentro de un rato tan alegre, como triste estaba durante el almuerzo... Te se echará al cuello, como si acabase de verte; te abrumará á caricias, y no te parecerá la misma.... La melancolía de tu hermana no se sabe de donde nace, á donde va á morir... Dicen que es nerviosa; y se cura con una contradanza, con una vuelta por el bosque, con un poco de sol, y mucho mejor con un vestido nuevo.

=Es mas niña que antes? preguntó el marino, con cierto aire de reconvencion.

=Las jóvenes hijo mio; las jóvenes!... Ah! si supieses lo que son!... Pero nuestra conversacion se va estraviando, y quiero saber respecto á la pobre Ester si la amas todavía.

=Y quién me asegura que ella no me ha olvidado? murmuró el marino.

=Qué injustos son los hombres!... Siempre que Ester me encontraba, me preguntaba por tí; y algunas veces ha venido á casa con ese mismo objeto.... Fíate de mí, hijo mio, soy intelijente en esa materia; la condesa Ester te ama, y lo que yo temo es que tu no la ames bastante.

=Es cierto? murmuró el marino con cierta satisfaccion.

=Por qué te habia de mentir, hijo mio?... No he estado en el caso de poder observar los mil rodeos de que se vale al hablar de tí?... Las mugeres que aman son muy listas, pero

las madres son previsoras; cuantas veces me he divertido en hacerle desear por mucho tiempo el nombre que su corazon esperaba!... He estado tan impaciente como ella, porque nunca hablo bastante á mi gusto de mi querido hijo... Pero queria ver hasta donde llegaba su cariño; y puedo decirte, Julian, que te ama casi tanto como yo!

Julian cogió la mano á su madre y se la apretó tiernamente.

=Gracias; ya soy muy feliz, porque tambien la amo!

La señora d'Audemer dió un beso á su hijo, y dijo:

No puedes figurarte la alegría que me causas;... amo á Ester como si ya fuera hija mia; ese casamiento ha sido el sueño de toda mi vida·

Julian estaba conmovido; en aquel momento ya no dudaba, y las sospechas que habia atravesado por su imaginacion le parecian vergonzosas miserias.

Ester le amaba! Quién mejor que su madre podria asegurarlo? una vez adquirida la prueba de ese amor, ¿qué le faltaba para ser el mas feliz de los hombres?

Mientras que se entregaba á tan lisonjeras reflexiones, se abrió estrepitosamente la puerta del salon y Dionisia, que habia salido con las lágrimas en los ojos, entró con la sonrisa en los labios.

Parecia que la casualidad se proponia realizar, del modo mas completamente posible, la prediccion de la señora d'Audemer. Las hermosas facciones de Dionisia respiraban alegría. Nunca la habia visto Julian tan contenta, ni tan alegre.

Su madre y él se miraron. Los ojos del marino indicaban sorpresa; los de la vizcondesa triunfo.

—Qué te decia? murmuró esta.

Dionisia atravesó el salon saltando y brincando, y fué á dar un beso á su madre; luego se arrojó al cuello de Julian, y le abrazó con toda su alma.

—¡Hermano, mi querido hermano!... esclamó; ¡cuánto me alegro de verte!

=¿Qué te decia? repitió la vizcondesa.

=Pero dime, Dionisia, ¿qué tenias esta mañana? preguntó Julian, correspondiendo á sus caricias.

=Padecia, replicó Dionisia; padecia tanto, que no sabia lo que á mi alrededor pasaba.

¿Y Gertrudis, añadió la vizcondesa con acento burlon, te ha traido sin duda algun remedio heróico.

Estas palabras, casualmente pronunciadas, espresaban tan completamente la verdad, que Dionisia se puso encendida como la grana. La vizcondesa habia acertado: Gertrudis le habia traido un remedio heróico.

Habia hablado de Frantz, de Frantz que vivia.

Dionisia tartamudeó algunas palabras ininteligibles, pues creia que habian descubierto sus secretos.

¿Y puedo saber, querida, continuó la vizcondesa, qué bálsamo milagroso es ese que tan pronto ha calmado tus dolencias?

El sonrosado de Dionisia tomó un color mas subido.

=No sé lo que quereis decir mamá, contestó á media voz; Gertrudis me ha traido los bordados que le habia encargado para las fiestas del castillo de Geldberg.

La vizcondesa se echó á reir.

=¿Qué te decia, Julian? esclamó por tercera vez; bordados, adornos, encages.... ¡Ah! Las jóvenes.... las jóvenes. . . . . .

. . . . . .

Al subir al coche, cuando salió de casa de Hans Dorn, dijo el baron de Rodach al cochero.

=Calle de la Ville-L'Evigne, casa de Geldberg.

CAPITULO XI.

La antesala.

No era aun medio dia, y en las magníficas oficinas de la casa de Geldberg-Reignauld y compañía se hallaba reunido un grueso ejército de dependientes. Aun cuando era dia de fiesta, se trabajaba en todas las mesas; las plumas de acero rechinaban sobre el papel rayado de los grandes registros, y el dinero contado con estrépito, enviaba su agradable sonido hasta la calle.

Los transeuntes, atraidos por aquel ruido, dirigian envidiosas miradas á las ventanas del

cuarto bajo de la casa, y algun pobre diablo parado delante de las rejas de hierro que defendian cada ventana, se embriagaba con el sonido de los escudos de cinco francos, como se embriaga á los ambrientos con el sabroso humo que despiden las cocinas subterráneas del Palacio Real.

Decianse unos á otros: esa es la gran casa de Geldberg! La casa del judio! cuya caja contiene suficiente dinero para comprar la Francia entera.

Calculaban los capitales que tenia en giro aquella potencia comercial, y muchos decian que si la suerte les diese á escoger, preferirian ser herederos del anciano Geldberg á ser hijos del rey.

Cinco ó seis coches con escudos de armas estaban parados delante de la puerta cochera, por la que entraban y salian sin cesar multitud de mozos de caja con las libreas de diferentes casas de comercio parisienses. Entre todas esas libreas, se distinguian las de Geldberg por su buen gusto y aire aristocrático.

Cuantos mozos salian llevaban al hombro talegas llenas de dinero.

La caja de Geldberg era como esas fuentes públicas á donde vá todo el mundo por agua, durante el dia, y que nunca se agotan.

Un coche de alquiler llegó al trote desigual de sus éticas alimañas y se paró detrás de una elegante carretela, que á la legua se conocia era del arrabal de San German.

El cochero Simon se apeó de su pescante y abrio la portezuela al señor baron de Rodach que de un salto se puso en la calle.

Al llegar á la puerta de la casa, tuvo el baron que abrirse paso por entre el grupo de los lacayos empolvados, que hablaban de negocios y de política, esperando á sus amos.

Debajo de los carricks color de cuero, y de los sobre todos blancos con botones de armas, habia verdaderamente caras bastante impertinentes para sobresalir en ciertos salones y hacer fortuna en la bolsa.

El baron á quien habian visto salir de su pobre carruage fué revistado por todo aquel enjambre que tiene inclinaciones de artista romántico y mira con el mayor desprecio á la mediania.

Se introdujo lo mejor que pudo, incomodando lo menos posible á aquellos señores, y llegó á la puerta de las oficinas donde le esperaba otro obstáculo. Habia en ella un flujo y reflujo de entrantes y salientes, y era preciso tomar vez.

El baron consiguió al fin colocarse en el pequeño espacio que dejaban dos talegas que llevaba sobre los hombros un mozo de cordel, y se introdujo sin atropellar á nadie.

En la antesala habia ese buen hombre que los comerciantes mas modestos economizan escribiendo sobre sus puertas; «Tened la bondad de levantar el picaporte.»

Ese buen hombre no servia para nada lo mismo que la antesala.

Era preciso pasar á otra pieza para encontrar con quien hablar.

Era un cuarto cuadrado y sin mas muebles que unas banquetas forradas de tafilete verde al rededor de las paredes. Llamaremos á esta segunda pieza la ante sala real y positiva, puesto que la otra sólo era supernumeraria.

Esperaban sentadas en las banquetas, diez ó doce personas. Un caballero vestido de negro se paseaba de arriba abajo dándose la mayor importancia.

Ese caballero era nada menos que un criado, pero parecia un escribano.

=M. de Geldberg? preguntó el baron al entrar.

El criado vestido de escribano, le saludó con altivéz.

=Es por M. de Geldberg padre por quien preguntais? dijo con voz de bajo profundo y acento aleman, ó por M. Abel d'Geldber?

=Por M. d'Geldber, padre.

=Muy bien.... M. de Geldberg padre no está visible.

=A qué hora recibe?

=A ninguna.

=Pues cuándo se le vé?

=Nunca.

Rodach, que se iba ya amostazando miró á

aquel grave personaje. No estaba lejos de creer que se burlaban de él. Pero apenas vió el rostro del criado, reprimió un movimiento de sorpresa y volvió la cabeza, como si se tratára de ocultar sus facciones á una persona conocida.

Esta precaucion era enteramente inútil porque el criado, vestido como un presidente, no se dignaba mirarle.

=Bien, respondió Rodach, afectando la mayor indiferencia, ya que no se puede ver á M. de Geldberg padre, pregunto por M. de Geldberg hijo.

=Eso es otra cosa, replicó el criado; M. d'Geldberg está ocupado.

=Por mucho tiempo?

=Tal vez.

=Y el caballero d' Reignau ld?

=Ocupado.

=Y D. José Mira?

=Ocupado tambien.

Rodach reflexionó un momento, y dirigiéndose despues á donde estaba la banqueta circular, dijo:

=Esperaré.

—En este caso, replicó atentamente el criado, siguiendo su interrumpido paseo, tened la bondad de tomar asiento.

Rodach se habia adelantado á la invitacion.

Los que como él esperaban se habian acercado lo mas cerca posible de la puerta de las

oficinas que estaba en frente de la entrada. Rodach no siguió su ejemplo y tomó asiento en el centro de la banqueta.

Cada vez que el criado vestido de negro se volvia, le examinaba el baron con la mayor atencion y parecia que le iba reconociendo.

Cuando lo hubo examinado bien á gusto, no quedó ya mas recurso que el mirar la pieza en que se encontraba y las caras de sus so-pacientes, pero aquellas caras nada significaban; quedaba la pieza.

Era un gran cuadrado, desmantelado como toda antesala, con pavimiento de mármol y una estufa.

Ademas de la puerta de entrada y de las de las oficinas habia otras tres.

Encima de la primera se leia en una plancha de cobre esta inscripcion:

«LA GERES, *Banco general de los agricultores*»

Encima de la segunda, estaba escrito con grandes letras negras:

«*Empréstito argentino.*»

Encima de la tercera, estaban clavando unos trabajadores una plancha dorada que en elegantes caractéres decia:

«*Camino de Hierro de Paris á....*
COMPAÑIA DE LOS GRANDES PROPIETARIOS.

El baron de Rodach miraba todo aquello con mucha atencion, y conforme miraba, parecia que iban siendo mas profundas sus reflexiones.

No se fastidiaba, y las horas pasaban para él insensiblemente.

Solo una cosa le distraia de su meditacion, y era la puerta de las oficinas cuando se abria.

Dirijia entonces la vista á lo largo de la espaciosa galería, y parecia que contaba el número de los dependientes, admirando al mismo tiempo el órden perfecto que allí reinaba.

Su rostro manifestaba cierta alegría y parecia un acreedor que venia á examinar la casa de su deudor y la encontraba mas rica de lo que podia esperar.

La puerta de las oficinas volvia á cerrarse empujada por su silencioso resorte, y Rodach volvía á su meditacion.

Muchos de sus compañeros de antesala, que tenian que hablar con simples dependientes, habian despachado ya sus negocios. Otros los habian reemplazado, y el mismo número de pretendientes, con corta diferencia, ocupaba continuamente las banquetas de la antesala.

Entre los recien venidos habia una muger anciana vestida de negro, cuyo trage aseado, pero raido hasta lo sumo, revelaba largos combates entre los cuidados de un orgullo animoso y de ostinada miseria.

Aquella muger estaba tan triste que daba pena de verla. Descubríase en su amarillento y descarnado rostro el esfuerzo de la resignacion que trataba aun de luchar, pero la resignacion era débil bajo el doble peso del dolor y de la ancianidad. La pobre muger sucumbia á su pena; sus ojos encarnados ardian en medio de su macilenta cara, y acusaban la lenta amargura de las lágrimas, que ningun consuelo humano venia á enjugar.

Presentóse con aquella timidéz profunda hija de la indigencia; no se atrevia á levantar sus inflamados párpados, y solo á hurtadillas se enjugaba de cuando en cuando las vergonzantes lágrimas que corrian por entre las arrugas de sus megillas.

Habia entreabierto con temor la puerta de la antesala, y no se atrevió á entrar hasta que el criado aleman que no queria perder en lo mas mínimo el calor de la estufa, se lo mandó formalmente.

Habia preguntado con temblona y escasa voz por el caballero Reignauld. El áustero aleman le habia dado la misma contestacion que al baron de Rodach, y la pobre anciana fué á sentarse en el rincon mas retirado de la antesala.

Hacia media hora que permanecia inmóvil y cabizbaja en el mismo asiento. Solo cuando el ruido del dinero sonaba con mayor fuerza en la caja inmediata, levantaba la ca-

beza y abria los ojos para dirigir una mirada fascinada á la puerta de las oficinas.

Esa pantomima involuntaria encerraba una amarga queja. Era la mirada del ambriento que á través de las vidrieras devora la muestra de una panadería. Fácilmente se adivinaba que, para curar su desesperado dolor, hubiera bastado un poco de aquel oro, que tan cerca de ella se apaleaba.

A medida que iba pasando el tiempo, se manifestaba en su semblante mayor inquietud.

=Podré ver pronto al caballero d' Reignauld, preguntó al criado, aprovechando el momento en que este se acercaba á su asiento.

=Esperad, buena muger, esperad, contestó el aleman sin alterarse.

=El caso es que no puedo esperar mas tiempo, dijo la anciana con timidéz.

=Pues no espereis.

El aleman volvió la espalda y se dirigió al otro estremo de la antesala.

La buena muger recurrió á todo su valor, y cuando el criado volvió á pasar por delante de ella, se levantó y le dijo:

=Vengo á traer dinero.

El criado se paró.

=Si lo hubiéseis dicho antes, no habriais tenido necesidad de esperar, pasad á la caja.

=El caso es, que el dinero que traigo es á cuenta de mayor cantidad...

—Voto vá ¡dijo el aleman con terrible acento germánico; Geldberg y compania no admiten nunca dinero á cuenta!

=Lo sé y por eso queria hablar al caballero Reignauld en persona.

=Lo comprendo, pero no es posible por ahora.

=No sé, añadió la anciana vacilando; pero le conocí en otro tiempo, y creo que se acuerda de mí.... si tuviéseis la bondad de decirle que Mad. Reignauld desea verle.

No acabó porque el criado se echó é reir.

Siguiendo una buena costumbre, comun en casi todos los que ven cien caras nuevas todos los dias, no miraba nunca á nadie; pero le pareció tan original el que Mad. Reignauld creyese que su nombre ultra-plebeyo le iba á abrir la puerta del despacho del caballero Reignauld, que no pudo menos de fijar en ella la vista.

Esa mirada nada le rebeló; pues no conocia á aquella muger.

=No digo que no sea posible lo que decís... Pero yo tengo mi consigna y no puedo incomodar á esos señores... Tened paciencia.

Mad. Reignauld dió un profundo suspiro y se volvió á sentar en la banqueta.

El baron de Rodach habia observado desde lejos aquella escena, pero no habia podido oir el nombre pronunciado por la pobre an-

ciana: Si le parecio, que no la veia por la primera vez; pero esta circunstancia era demasiado indiferente por sí misma, y las causas que le traian á la casa de Geldberg eran demasiado graves para que perdiese el tiempo en recordar donde habia visto á aquella muger.

La puerta sobre la cual habian elevado el letrero que decia: «Camino de hierro á..... Compañia de los grandes propietarios,» se abrió estrepitosamente, y salieron tres ó cuatro caballeros, condecorados, discutiendo en alta voz. Atravezaron la ante sala con el sombrero puesto, sin hacer caso de los que allí habia.

=Puede ser un gran negocio, decia uno.

=¡Buen titulo! replicaba el otro. Y la casa de Geldberg, á Dios gracias, ofrece garantias.

=Ahí teneis el primer paso, dijo el tercero, tocando con el baston el elegante letrero.

Se echaron todos á reir en coro, y fueron en busca de sus coches que los estaban esperando.

Tal vez serian grandes propietarios.

=Ha llegado mi vez? preguntó Rodach desde su asiento.

El criado que habia saludado respetuosamente á los que acababan de salir, no se detuvo y contestó.

=Creo que no.

El baron esperó otro diez minutos, durante los cuales la puerta del camino de hierro se abrió de par en par, para que salieran dos personas respetables, que llevaban la palabra accionistas, escrita en la frente con gruesos caractéres.

CAPITULO XII.

El Tonel de las Danaidas.

Cuando hubieron salido, sonó una campanilla encima de la chimenea y el portero entró á recibir órdenes.

Un momento despues volvió y dijo:

—Esos señores no reciben mas por hoy.

La anciana junto sus descarnadas manos, y se quedó en su rincon como herida por un rayo.

Una ó dos personas, que esperaban á que les llegára la vez para ser introducidas, se

alejaron murmurando.

El portero iba á entrar otra vez en las oficinas.

=Klaus! dijo en aquel momento el baron en voz baja.

El portero tenia puesta la mano en el picaporte y se detuvo; estaba inmóvil y escuchaba; pero no se volvia porque creia que habia oido mal.

=Klaus! repitió el baron de Rodach.

Esta vez se volvió el portero y con viveza, y de un salto se puso en medio del cuarto.

Hasta entonces no habia mirado mas al baron de Rodach que á los demas; pero en el momento que fijó en él la vista dió un grito de sorpresa.

Rodach poniéndose un dedo en la boca le indicó por señas que callára.

Klaus calló en efecto, y sus facciones continuaron espresando la sorpresa que le dominaba.

=Acércate, le dijo el baron.

Klaus obedeció.

=Bien me habian dicho, añadio Rodach, que te encontraria en casa del judio.... Pero ignoraba que hubieses olvidado la fisonomia de tus antiguos amos!....

El pálido rostro del aleman se puso sumamente encendido; temblábanle los párpados, y espresaban sus ojos una agitacion profunda.

=Gracioso señor....

=Silencio dijo Rodach; ese título que no me pertenece es aquí peligroso. Me llamo el baron de Rodach y tu no me conoces.

—Comó que no os conozco!... esclamó el antiguo cazador de Bluthampt.

=Soy el baron de Rodach, te digo, y no conviene que tus nuevos amos puedan sospechar mi verdadero nombre.... sabes mi secreto: eres capáz de guardarlo?

Klaus se puso la mano sobre el corazon.

=Soy capáz de hacer cuanto mandeis, gracioso señor, contestó. Juro por mi patria que no me he olvidado de vos, ni de vuestro padre... soy pobre y alquilo mi trabajo..... á quien quiere pagarlo; pero mi corazon pertenece á mis antiguos amos, y si me quereis por criado, no teneis mas que hablar.

—Bien dicho, muchacho, replicó Rodach; te reconozco por uno de los nuestros, tócala.

=Klaus puso su mano en la del baron, con el mayor respeto. No tenia ya aquel aire severo y afectado que se notaba en él hacia un momento y que era su máscara oficial. Se revestia de gravedad al mismo tiempo que se ponia su gran frac negro que le daba todo el aspecto de un curial.

Tenia ahora una cara sencilla y buena, en que se pintaba la sinceridad del cariño que manifestaba por sus antiguos amos.

=Teneis algo que mandarme? preguntó.

=Necesito ver ahora mismo á los gefes de la casa de Geldberg, contestó Rodach.

=Me van á echar como un perro pensó Klaus; pero no vaciló un solo momento, y se dirijió á la puerta de las oficinas, rogando á Rodach que le siguiera.

El baron se levantó y ambos dejaron la antesala

La anciana Regnauld los vió salir con tristeza y envidia.

=Y yo! dijo, y yo!... no entraré nunca!...

La puerta de las oficinas volvió á cerrarse; la anciana que se habia quedado sola levantó los ojos al cielo, y dejando caer despues la cabeza sobre el pecho, se quedó inmóvil en su rincon, con las manos cruzadas sobre sus rodillas que temblaban.

El baron de Rodach y Klaus atravesaron silenciosos las oficinas de Geldberg.

El antiguo cazador iba delante, con su hermoso frac negro. Habia recobrado su aspecto grave y digno. Si solo se hubiera atendido al traje, no hubiera estado la ventaja de parte del baron de Rodach; no se hubiera podido menos de estrañar el respeto que manifestaba un hombre tan bien puesto al caballero aleman, que llevaba todavia su capa llena de polvo, y las botas sucias de la víspera.

El baron desde la noche anterior, no habia podido disponer de un momento para cambiar de traje. Habia pasado la noche de pie: tal co-

mo le vimos apearse del coche, tal le encontramos en las ricas oficinas de Geldberg-Reinhold y compañía.

Mientras pasaba, los dependientes le dirigian aquella triste mirada de los pájaros enjaulados. El por el contrario examinaba con evidente satisfaccion lo que le rodeaba.

Admiraba aquel órden perfecto, aquella activa regularidad y aquellas silenciosas evoluciones del trabajo. Habia en todo aquello cierto buen olor de opulencia, que parecia lisonjear sus sentidos y alegrar su corazon.

Si los empleados hubiesen sido observadores, hubieran pensado sin duda que aquel exótico personage era un novel asociado, que llegaba á la casa de Geldberg.

Verdad es que su traje no era el mas á propósito para dar una alta idea de su cartera, pero el hábito no hace al monje, y los millones están reñidos con los trajes elegantes.

En la última sala donde se hallaba un caballero respetable, encargado de la correspondencia y sus ausiliares, que eran jóvenes sumamente elegantes, había una escalera colgada por la que se subia al piso superior.

Klaus y el baron tomaron aquel camino, y llegaron á una piecesita que servia de antesala, en la que habia un criado vestido lo mismo que Klaus.

Su consigna era probablemente impedir el paso, porque se puso delante de la puerta.

=Ya sabeis, dijo, que esos señores no reciben mas por hoy.

=Sé lo que sé, replicó Klaus con aquel tono de suficiencia que toman los criados cuando están encargados de una comision importante. Dejadnos pasar, M. Duran; esos senores aguardan.

M. Durand dió media vuelta con mal humor. Le parecia estraño y poco atento que otro supiese lo que él ignoraba.

Klaus atravesó la antesala afectando la mayor tranquilidad, pero lo cierto es que la camisa no le llegaba al cuerpo.

Dio tres golpes en una puerta sobre la que cruzaban dos cortinas de lana.

—No quieren! murmuró; si no se tratára de vos, gracioso senor....

=Están ahí dentro? preguntó Rodach.

Klaus estaba pálido, é hizo una sena afirmativa con la cabeza.

Rodach le apartó y puso la mano en el picaporte de la puerta.

=Tranquilízate, dijo antes de entrar, no te despedirán, y si te despidiesen te admitiria á mi servicio.

La grave fisonomía del antiguo cazador se cubrió de alegria; palmoteó y tuvo que recurrir á su dignidad para no ponerse á saltar sobre los tapices.

Rodach entró y cerró la puerta.

Encontróse en una pieza de grande esten-

sion, amueblada con severo lujo y en cuyo estremo reposaba sobre dorados pies una gran mesa de ébano. Al rededor de la chimenea, que era de mármol negro, habia cinco ó seis sillones en desórden.

Rodach infirió que aquellos asientos desocupados eran los de aquellos señores condecorados á quienes habia visto pasar por la ante sala, riendo y hablando, unos momentos antes.

Sea lo que fuere, lo cierto es que no habia nadie en aquella pieza, y la mesa, que estaba llena de papeles, quedaba á la disposicion del primero que llegase.

Rodach dirijió la vista hácia aquel sitio, pero apenas tuvo tiempo para descifrar en varios impresos, esparcidos encima de la mesa, el famoso encabezamiento: *Camino de hierro de París á.... Compañía de los grandes propietarios*; porque en aquel momento oyó hablar en la pieza inmediata, cuya puerta estaba entreabierta.

Rodach se volvió vivamente, pero nada pudo ver. La puerta solo presentaba una estrecha abertura, y los que hablaban no estaban en la direccion que las miradas de Rodach podian llevar.

Quedábale la facultad de escuchar.

Los que hablaban, parecia que eran cuatro. Habia una voz jóven y áspera que pronunciaba la palabras con lijero acento aleman; una voz atiplada, francesa en sumo grado; una voz gra-

ve y pedante, adornada con el énfasis meridional y que muy bien podia pertenecer á un habitante de la península española; y finalmente una buena voz de anciano, lastimera, consternada, y que no tenia mas acento que el de la calle de San Dionisio.

=Esta última voz era la que hablaba.

=Señores, decia, se me parte el corazon al ver que una casa tan respetable y tan poderosa se hunde sin remedio!... Me acuerdo de los negocios que haciamos en tiempo del anciano M de Geldberg!... Aquello era sensillo, claro, leal! Las ganancias eran seguras, no se corria ningun riesgo de pérdida.... y llegábamos á fin de año con un balance que podia enseñarse á amigos y enemigos.

=Esos eran negocios mezquinos, mi buen Moreau! dijo la voz atiplada.

=Sistema antiguo! añadió el del acento aleman

El baron de Rodach escuchaba con la mayor atencion, y su cara espresaba bastante inquietud.

—Será acaso menos fuerte la casa que era antes? decia para si-

=Aquel sistema era el bueno, añadió en el otro cuarto el buen hombre á quien habian llamado Moreau; con aquel sistema, teniamos siempre llena la caja, mientras que ahora no hay otra en todo Paris mas vacía.

La voz de bajo profundo peninsular tosió.

La atiplada y la de acento aleman digeron entre dientes algunas palabras que el baron no pudo entender.

=Y como no ha de estar vacia? añadió Moreau, que se iba animando y levantando cada vez mas la voz; no soy cajero mas que en el nombre... y lo que hoy encierro bajo la llave, mañana ha desaparecido.

Huvo de parte de las tres voces una especie de protesta confusa. A cada una de ellas, daba Rodach un nombre; la de bajo profundo pertenecia al doctor José Mira; la atiplada al caballero de Reignauld, y la de acento aleman al jóven M. Abel de Geldberg.

—Qué es eso? querido Moreau, dijo el último; estos señores y yo estábamos hablando de asuntos de la mayor importancia.... Habeis subido para regañarnos como si fuéramos chicos de la escuela?

=He venido para deciros, replicó el cajero, que el sábado por la noche habia dejado veinte y dos mil francos en caja, y que esta mañana habia reunido una cantidad de cuarenta y cinco mil francos para pagar hoy sesenta mil que vencen.

El cajero calló y nadie le replicó. Pero Rodach oyó que los tres sócios se agitaban, y le pareció que en el otro estremo del cuarto se movia alguna cosa.

Dirigió la vista instintivamente hácia aquel lado, y vió un espejo, y en el espejo cuatro caras

agrupadas; una frente calva y respetable que reconoció fácilmente por la del cajero; una cara sin espresion, adornada con una barba admirablemente dibujada; una fisonomía macilenta, áspera y tétrica, que hubiera hecho gran fortuna en un teatro de melodrama; y finalmente un rostro pintado como el de una coqueta vieja que abusa de los cosméticos.

Rodach no habia visto nunca al hijo de Geldberg. En cuanto al doctor portugués y al baliero Reignauld los habia visto á cada uno una vez, en una de aquellas circunstancias que quedan para siempre grabadas en la memoria. Pero hacia ya mucho tiempo.

Sin embargo, ya fuese que adivinase, ya que se acordára, lo cierto es que no se equivocó cuando mentalmente fué reconociendo á cada uno de los sócios, á quienes habia ya clasificado, por decirlo así, por el metal de su voz.

Estaban todos de pié, lo mismo que el cajero que tenia un registro en la mano. Los tres manifestaban estar violentos, y fácilmente se conocia por sus semblantes que deseaban vivamente que el buen Moreau se marchára cuanto antes á su caja.

Pero este aun tenia algo mas que decir.

=Por consiguiente, añadió prosiguiendo su comenzado razonamiento, contenia la caja siete mil francos mas de lo que debiamos pagar hoy; pero cuando he venido esta mañana me

he encontrado la caja vacía.

Rodach vió que los cuatro sócios se miraron.

=No he sido yo, murmuró el jóven Geldberg.

=Ni yo, dijo M. Reignauld.

=Ni yo, anadió el doctor portugués.

El cajero dirigió á los tres una mirada en que el respeto comercial cedia su puesto á la cólera.

=Luego he sido yo! esclamó, tirando con violencia el registro sobre la mesa; mi caja es una especie de tonel con cuatro agujeros!.. Vos teneis una llave, señor doctor; vos otra M. Abel; otra vos M. Reignauld... La cuarta está en mi poder... Y no sé si os empeñareis en hacerme creer que me he llevado yo los veinte y dos mil francos,

Rodach escuchaba y fruncia las cejas.

=Veinte y dos mil francos! pensaba; y yo creia que aqui solo se contaba por millones.

Como si la casualidad hubiese querido contestar á su pensamiento, encontraron sus ojos encima de la mesa de ébano los prospectos nuevecitos de la compañía de los grandes propietarios para el camino de hierro de Paris á... y leyó: *Capital social*, CIENTO NOVENTA MILLONES DE FRANCOS.

—¿A qué viene meter tanto ruido por semejante miseria? dijo en la pieza vecina el caballero Reignauld; enviad diez mil escudos al descuen-

to, y no hablemos mas del particular.

—Debo advertir, replicó el cajero, que por mas grande que fuese vuestro crédito, no podría resistir por mucho tiempo esa clase de operaciones.

—Eso nos interesa á nosotros, añadió Abel encogiéndose de hombros.

=Y á mi tambien, M. de Geldberg, replicó el cajero con sequedad; bien sabeis que he tenido confianza en el crédito de la casa..... Circulan por la plaza de París mas de trecientos mil francos aceptados por mí, sin que lleven siquiera el endoso de ninguno de vosotros; tan grande es la confianza que me habeis inspirado.... No soy rico, señores, y tengo un familia numerosa.

—Por Dios; evitad, M. Moreau, esos detalles.

=Bien sé que la casa tiene aun poderosos recursos, prosiguió el cajero; y nada temeria si pudiese ver claro en la contabilidad general... Pero vosotros llevais libros aparte, y abajo ignoramos en que estado están las cuentas de la casa de Yanos Georggi, de Lóndres.

=Eso me corresponde á mí, dijo el caballero de Reignauld.

=La de la casa Van-Praet, de Amsterdam, prosiguió Moreau.

—La llevo yo, replicó Abel.

—¿Y la de Leon de Laurens, de Paris?

añadió el cajero.

—No tengais cuidado, dijo á su vez el doctor Mira.

=Ademas, añadió el cajero, suponiendo que esas cuentas particulares estén corrientes, lo que Dios quiera! quedan las obligaciones corrientes de la casa, que no son pequeñas!... Me preguntábais hace un rato por qué he subido: mucho tiempo he vacilado antes de deciroslo, porque hace mas de veinte años que estoy en la casa de Geldberg, y me parece que su prosperidad me intesesa mas que mi propia vida.

Las lágrimas se asomaron á los ojos del aneiano cajero.

=Tranqui izaos, mi buen amigo, dijo el caballero de Reignauld con tono de proteccion; estamos convencidos de que sois un servidor fiel y por todos títulos apreciable.

—Si señor, soy un servidor fiel y por eso debo hablaros con franqueza. La casa marcha á pasos agigantados á su ruina, no quiero presenciarlo, y si no me entregais al instante vuestras cuentas particulares y las llaves de la caja que habeis conservado desde que M. de Geldberg padre se retiró, podeis buscar otro cajero, porque yo dejo de serlo desde este momento.

Mr. Moreau cogió su libro debajo del brazo, saludó respetuosamente y salió.

Los tres sócios se quedaron consternados,

y guardaron silencio por espacio de algunos minutos.

—Le necesitamos, dijo al fin el caballero de Reignauld: y con algunas concesiones, nos seria fácil apaciguarle.

=Debiamos de empezar por darle los veinte mil francos que necesita, opinó Mr. de Geldberg; pero declaro yo desde luego que no puedo disponer de un óbolo.

=Ni yo.

=Ni yo.

Dijeron sucesivamente los dos sócios.

=Señores, añadió Reignauld, es preciso hacer justicia al pobre Moreau, y yo confieso por mi parte que el sábado por la noche saqué seis mil francos de la caja.

=Y yo, quinientos luises el domingo por la mañana, añadió Abel.

—Y yo me llevé lo que quedaba anoche, dijo refunfuñando el doctor.

=Con semejante sistema, añadió Reignau'd soltando la carcajada, claro es que la caja se ha de resentir!... Pero andemos con cuidado, señores, prosiguió con seriedad; pues no es cosa de jugar con el crédito, y, si Moreau sale de casa, se van á descubrir muchas cosillas que ahora están ocultas

=No se puede impedir á los gefes de una casa, observó el doctor, que saquen dinero de su propia caja.

=Sobre eso hay mucho que hablar, repli-

có Reignauld, pero ahora se trata de buscar veinte mil francos que de un momento á otro pueden venir á reclamar... Vamos, recurrid á vuestra imaginacion... Teneis algun medio para proporcionaros ahora mismo esa cantidad?

El doctor y Abel se quedaron reflecsionando.

=Conozco á Moreau, dijo Geldberg, y apostaria cualquier cosa á que tiene en su púpitre la espresada cantidad.

=Y si no la tuviese?

=Pidamos prestado.

=Y á quién? preguntó Reignauld.

Tenemos amigos...

=Claro es; pero en estas circunstacias seria preciso tener á nuestros amigos á la mano.

En el momento en que el doctor Mira iba á hablar, se oyó un ligero ruido á la puerta. Los tres sócios se volvieron á mirar, y quedaron sorprendidos al ver á un personage desconocido.

Este les saludó con gravedad.

=Señores, dijo, la casualidad os favorece... necesitais un amigo: aqui estoy yo!

CAPITULO XIII.

Los tres Sócios.

El baron de Rodach pronunció estas palabras con acento grave al par que burlon.

Cuando apareció, los tres sócios se quedaron mudos de sorpresa. Si en la casa de Gelberg habia una regla rigorosamente observada, era la inviolavilidad del escritorio de los sócios. Nadie entraba sin su formal consentimiento en esa pieza, cuya puerta habia franqueado Klaus al baron de Rodach. Era una

especie de santuario cuidadosamente reservado, en que los gefes de la casa podian decir y hacer cuanto les pareciera; sin temer las curiosas miradas de sus subordinados. El mismo cajero á quien su cargo daba sin embargo ciertos privilegios, no penetraba nunca en aquel sitio llamado en las oficinas la *cámara del consejo*. Cuando M. Moreau tenia que hablar confidencialmente con sus gefes, se detenia en la pieza vecina donde lo hemos visto hace un rato y que comunicaba con la caja por una escalera secreta.

La cámara del consejo solo se abria para personas de fuera, para los corredores especiales que manejaban por cuenta de los tres socios negocios que están fuera del programa de una casa de comercio, para capitalistas, y para elevados personajes, á quienes se proponian hacer accionistas.

Durante la audiencia, nadie entraba sin ser antes anunciado, y cuando concluia, la puerta severamente defendida, era tan dificil de pasar como la de una fortaleza.

Los tres sócios debian, pues, creerse al abrigo de toda sorpresa. La llegada de un desconocido en aquel momento, era para ellos un verdadero golpe de teatro.

Una casa como la de Geldberg, por mortal que sea la enfermedad que la consume, se mantiene mucho tiempo sobre las fuertes bases de su antiguo crédito, y puede agonizar

bastantes años, conservando todas las señales esteriores de la opulencia.

Lo terrible y fatal para ella es que desde fuera se note la menor señal de apuro. Mientras no ecsisten dudas parece imposible que pueda haber motivo para tenerlas; el coloso comercial vive y marcha, y parece á todos lleno de vigor mientras que su mal secreto no le arranca una queja.

La víspera de la quiebra, semejante casa recibe todavia millones; nunca subió tan alto en su caja el flujo del oro; se cree en ella, se la pondera; se la proclama permanente en el momento mismo en que todo el edificio bambolea sobre sus destruidos cimientos.

Al dia siguiente no hay mas que ruinas y un hombre que huye en una silla de posta.

Por el contrario, otra casa sólida y vigorosamente constituida detiene de pronto su vuelo. Se la vé consumirse bajo el peso de una especie de maldicion; los chalanes se alejan de ella como si temiesen contagiarse en sus desiertas oficinas. Consiste su abatimiento en que han corrido voces, tímidas al principio y arrasando el suelo como la calumnia de Beaumarchais.

No se necesita mas. Los poetas comparan la reputacion de un jóven á la blanca corola de un lirio, que el menor contacto marchita, al brillante y fugitivo polvo de las alas de las mariposas que el mas ligero aire hace desa-

parecer, y á otras mil cosas frágiles.

Pero si, por la mayor de todas las casualidades un poeta se propusiese hablar de comercio, á donde iria á buscar sus comparaciones.

La casa de Geldberg era fuerte todavia, y aun no habia agotado sus recursos; pero la increible conducta de sus gefes, que tiraban cada uno para sí se entregaban á una especie de pillaje organizado, la precipitaba en una catástrofe mas ó menos lejana, y para salvarla se necesitaba uno de aquellos milagros industriales que la Bolsa hace con tanta frecuencia en estos tiempos.

De hecho contaban los tres sócios con ese milagro; pero era preciso esperar y vivir.

En medio de los apuros que le abrumaban, llevaba la casa una vida penosa sosteniendo su incomparable crédito. Lo que hemos dicho acerca de la reputacion comercial era para ella mucho mas cierto que para otras: la menor señal de debilidad podia perderla; estaba literalmente á mercerd de una palabra; palabra que los mismos sócios acababan de pronunciar y que un desconocido habia oido.

Fácil es de conocer el efecto que les haria el baron de Rodach al presentarse de pronto en medio de su conversacion confidencial!...

Habian trabajado toda la mañana para echar los cimientos de una empresa gigantesca. La compañía de los grandes propietarios era ya algo mas que una palabra. Se iba á hablar de ella en la Bolsa, y del primer golpe, las promesas de

accion debian cotizarse con prima.

Esto era infalible, porque ademas de su inmenso crédito comercial, tenia la casa de Geldber buenas relaciones, y daba para la prócsima adjudicacion legítimas esperanzas.

Las voces habilmente circuladas y relativas á la fiesta babiloniana prometida á la elegante sociedad de Paris en un antiguo castillo de Alemania, llegaban muy á tiempo para que se hablára de la enorme fortuna de la casa de Geldberg.

El crédito es algo, pero nada vale tanto como los inmuebles; y probablemente será siempre muy bien recibida en la plaza la casa que pueda decir: «poseo un dominio que formaba en otro tiempo todo un Principado.»

A nadie le constaba los gravámenes y censos que pesaban sobre dicho dominio.

Todo iba á pedir de boca. Lejos de desplomarse bajo el peso de las malversaciones de sus gefes, la casa de Geldberg iba á colocarse definitivamente entre las mas importantes de Europa. Y precisamente en esa hora favorable la casualidad ó la traicion ponia una amenaza viva delante de los tres sócios.

No se habian alterado al oir las quejas de su cajero, habian tratado como jugando los miserables apuros de su situacion rentística, porque tenian los ojos fijos en el brillante porvenir.

Pero ahora una nube oscurecia de pronto ese porvenir: el secreto, que para ellos era la

fortuna, no les pertenecia ya.

Por mas de un minuto permanecieron consternados y pálidos de cólera.

El baron de Rodach los miraba con calma y frialdad: y sin que pudiesen sospecharlo, observaba curiosamente sus fisonomías y procuraba calificarlos en aquel momento de turbacion.

De los tres el doctor José Mira fué el que menos tardó en reponerse; pero no juzgo conveniente hacer uso de la palabra.

Reignauld recurria evidentemente á su sangre fria que le abandonaba, y buscaba palabras para dominar de pronto al intruso.

Pero el caballero Reignauld tenia interiormente un enemigo encarnizado. Era cobarde como en el tiempo en que se llamaba Jacobo Reignauld, y si alguna vez queria mostrarse osado, tenia necesidad de cerrar los ojos y embriagar su debilidad.

No era de aquellos á quienes el logro de sus deseos enmienda. Veinte años de prosperidad no le habia mejorado. Seguía teniendo la imaginacion fina, pero limitada; astuta pero frívola, del aventurero que vimos en el schloss de Bluthaupt. Con los años nada habia ganado ni perdido, ni aun en prudencia. Era aquel hombre incomp'eto; su mismo aturdimiento le hacia mas peligroso y menos comprensible; hombre duro para el bien, dispuesto para el mal, maquinando sin necesidad de pensar y con la facilidad que se respira, y poseyendo para las

cosas malas una actitud innata que podia calificarse de genio.

El doctor José Mira era tal vez susceptible de enmendarse, no sus principios, su conducta.

En otro tiempo habia pensado llevar una vida esteriormente honrada con los pruductos del crimen. Se habia arreglado un porvenir pacífico, sembrado de goces, por premio de los trabajos de su pasado homicidio: sabia que sus recuerdos no le habian de incomodar, porque su conciencia carecia de voz desde su juventud; feliz á su modo y colocado en el sitio que habia ambicionado, hubiera sido inofensivo ya que no virtuoso; no hacia daño sino por interés, en eso llevaba ventaja al caballero de Reignauld cuya vocacion decidida era perjudicar.

Pero en último resultado tan malo era uno como otro.

Porque el doctor José Mira no habia conseguido su objeto, y no disfrutaba por consiguiente de la deseada tranquilidad. Era rico; y aun cuando no visitaba como médico, era tal la reputacion de sábio, que rayaba en gloria: su carácter de sócio de la casa de Geldberg le daba una influencia considerable, y su ambicion estaba en este punto satisfecha

Por otra parte, un velo tupido é impenetrable cubria el origen de su fortuna. Estaba al abrigo de toda sospecha, y hasta de los remordimien-

tos, ese supremo castigo de los culpables que la justicia humana olvida.

Ese matador frio y duro que habia observado con curiosidad la agonía de sus víctimas, y cuyo sueño no habia turbado jamás ningun sueño sangriento, habia soltado una vez la brida á sus contenidas pasiones: habia desbonrado á una jóven á una niña, y esa niña, que era ya muger, se habia convertido para él en instrumento de la cólera vengadora de Dios.

Amaba. Detrás de su aspecto glacial habia un fuego ardiente. Una caprichosa tiranía le tenia esclavo, y fuera de ese amor no habia para él ni goces, ni penas. Hacia dos años que se consumia en una lucha amarga é inútil: conocia que se burlaban de él, que le despreciaban, que le aborrecian, y cada vez amaba mas; los desprecios le aguijoneaban, los insultos lo atraian; le mandaban cosas insensatas para cualquiera, y mucho mas para él, que era el hombre del cálculo esacto y de la recta razon, y obedecia!

Su tirano no le concedia descanso ni tregua. Las riquezas que habia ganado criminalmente, no le pertenecian, y aun cuando llevaba una vida de anacoreta, tenia que recurrir á la caja comun con mas asiduidad que el pródigo Abel de Geldberg. Sus manos, eran un canal por donde corria el oro que podia reunir; y por premio de tantos sacrificios, recogia de vez en cuando una palabra amarga, una sonrisa burlona.

La muger que así castigaba, acaso era mas

perversa que él; pero no hacia mas que vengarse, y era justo.

—Hay, segun dicen, dos clases de serpientes venenosas, las que se tiran á cuantos ven y las que guardan sus mordiscos para el momento en que se enfurecen. Reignauld pertenecia á la primera especie, y José Mira á la segunda.

Reignauld mordia con aturdimiento y hacia daño por gusto: Mira hubiera sido inofensivo, si no hubiera tenido por qué hacer daño; pero detrás de él habia aquella muger que le imitaba.

Una vez lanzado en el camino, era capáz de ir mucho mas allá que Reignauld, porque sabia pensar y callar.

Era la cabeza de la sociedad. Reignauld, imprudente y osado cuando no se trataba de arrostrar un peligro material era el brazo.

Ahora, como en otras ocasiones; el caballero Reignauld se ponia al frente muy á su satisfaccion. Cuando faltaba la intriga, creaba empresas de comercio por su propia cuenta todos los recursos de su imaginacion sutil y mezquina. Pero estas trampas semilegales, no podrán interesarle completamente, y su carácter audáz, colocado en frente de ciertos peligros, tenian necesidad de combates mas violentos.

La máscara del doctor no era en mucho tan feliz como la de su sócio. Su lúgubre fisonomía repugnaba á primera vista, y aun

cuando su porte era el de un hombre de buena sociedad, su aspecto inspiraba desconfianza. Hablaba con énfasis y con trabajo, y parecia que siempre decia lo contrario de lo que interiormente sentia.

Abel de Gelberg no tenia como sus dos sócios un peso de sangre sobre su conciencia. Ignoraba el crimen que habia enriquecido á su familia, y no sabia nada de lo pasado. Era todo un señorito del comercio, gastado en las estratagemas admitidas, á favor de las cuales los traficantes se engañan mútuamente. La usura habia mecido su cuna: no conocia mas virtud que la ganancia, y su moral era la aritmética. Le habian dado una educacion brillante, y sin embargo solo sabia escribir muy bien en un libro de caja y la ciencia de las cuatro reglas, perfeccionada con la práctica.

Todos los elegantes no son fátuos; pero á los que no lo son, nada se les puede pedir: Abel era elegante y fátuo.

Obsequiaba á las bailarinas y era aficionado á los caballos: apostaba *británicamente*, y dibujaba sus chalecos.

Los hombres como Abel llegan á veces á ser algo á pesar del axioma: «de nada, nada puede hacerse....»

Abel de Geldberg fué el primero que rompió el silencio. Mientras que José Mira callaba prudentemente y el caballero Reignaul estudiaba lo que iba á decir, echó mano al lente y

miró al intruso con mal humor.

=Qué significa esa farsa? preguntó con el mayor desprecio. Qué quiere ese hombre?

=Este hombre quiere toda clase de cosas, Mr. Abel de Geldberg, contestó el baron, haciendo otro saludo tan grave y tan cortés como el primero: hace mucho tiempo que este hombre conoce vuestra casa y desea entrar con sus representantes en relaciones de comercio.

Abel miró de arriba abajo al baron, y no vió en él mas que un muchachon, que llevaba una capa empolvada, que no gastaba botas de charol.

Se encojió de hombros y se volvió á mirar á sus compañeros. Mira observaba al desconocido con mucha atencion. La cara de Reignauld manifestaba una sorpresa que no parecia ser hija solamente de la brusca aparicion de tan inesperado huésped, y al mismo tiempo le inquietaba una especie de duda vagamente suscitada.

Parecia que trataba de coordinar sus ideas y que daba tormento á su imaginacion para recordar algunos hechos que se le habian olvidado.

—Debe estar loco! dijo Abel dirigiéndose á sus consocios.

=A no dudarlo, añadió Reignauld distraido.

—Lo mas sencillo es llamar para que le echen.

=Es claro, contestó Reignauld entre dientes; y acercándose rápidamente al doctor Mira que estaba un poco desviado, le dijo: Creo haber visto esa cara en alguna parte.

=Esa cara no, replicó el portugués sin levantar los ojos; pero sí otra muy parecida.

=Hará mucho tiempo.

—Ya hace bastante.

=Ayudadme, doctor.... nos interesa mucho para saber la actitud en que debemos colocarnos, pues estamos haciendo un papel ridículo.

=Hace veinte años, dijo el doctor muy bajito.

—El diablo me lleve si me acuerdo!

=El anciano Gunther de Buthaup....

El caballero Reignauld se dió una palmada en la frente, y su cara se serenó.

=Teneis razon! esclamó. Otra cosa peor me temia, porque es muy cierto que el conde no puede resucitar, ni remozarse.... Esas malditas casualidades no le dejan á uno vivir.... Y dirigiéndose á Abel, dijo: no veo inconveniente en que llameis.

Durante los dos ó tres segundos que habia durado la conversacion de Reignauld con el doctor, habia permanecido Rodach junto á la puerta inmóvil y con los brazos cruzados.

=Acabo de llegar de muy lejos, dijo: y vengo espresamente para veros, señores: y os prevengo que si me haceis echar sin oirme, os pesará toda la vida.

Abel se echó á reir y se dirijió á donde estaba el cordon de la campanilla; Reignauld se violentó para reirse tambien, y José Mira conservó su sepulcral seriedad.

En el momento en que Geldberg ponia la

mano en el cordon de la campanilla, desplegó el doctor los labios para soltar con algun trabajo dos ó tres palabras.

=No os apresureis, Abel, dijo: seria mas prudente saber. ..

=Y qué hemos de saber? esclamó el jóven tirando del cordon.

=Cuando menos el nombre del que viene á buscaros, contestó el baron de Rodach levantando ligeramente la voz; saber ademas si estoy loco, como decis, ó si tengo mi cabal juicio, si soy un mendigo, como puedo parecer, ó si soy millonario.

—Y á nosotros que nos importa todo eso? Reignauld y el portugués se miraron.

=Saber tambien, añadió Rodach, sin apresurarse, el hombre que teneis delante contra vuestro gusto, tiene ó no derecho para entrar como en su casa en vuestra cámara del consejo... y saber finalmente si trae en una mano lo necesario para perder vuestra casa, aun cuando estuviese en el mayor auge, y en la otra lo suficiente para salvarla, aun cuando se hallára á medio camino de su ruina.

Abrióse en este momento la puerta por donde habia salido el cajero Moreau: se abrió de par en par, y apareció un criado con librea.

=Qué teneis que mandar? dijo:

Geldberg señaló con el dedo á Rodach, y ya iba á dar la órden al criado para que le echará, cuando se adelantó el doctor Mira y dijo:

=Que no estamos en casa para nadie, y no dejeis subir á ningun empleado de la casa. Vete.

Geldberg se quedó con la boca abierta, y el criado desapareció.

=Os suplico que seais breve, añadió el médico.... ¿Quién sois, y qué quereis?

=¡Por vida de!... esclamó Abel, volviendo la espalda: mi espediente era mas breve, y si me hubierais dejado, ya estaria el señor en la calle.

=Os concedo un cuarto de hora señorito, dijo Rodach, para cantar la palinodia y para dar gracias á don José Mira por las palabras que acaba de pronunciar.... En cuanto á ser breve, señor doctor, añadió encarándose con este, todo lo que puedo prometeros, es que haré cuanto esté de mi parte para conseguirlo, porque tenemos que desenredar juntos varios negocios. Antes de empezar, os ruego no os formaliceis si me tomo la libertad de sentarme.

No habia sillas en el gabinete en que estaban los tres sócios. Rodach salió á la pieza principal y se dirijió á la chimenea, á cuyo alrrededor habia magníficos sillones.

Los tres gefes de la casa de Geldberg, se quedaron solos un momento, y Rodach pudo oirlos cuchichear con calor. Cuando entraron á su vez, el caballero Reignauld habia tomado un aire risueño; Abel de Geldberg no se mostraba ya tan impertinente: solo el doctor Mira no habia cambiado de fisonomía.

Desde el principio habia conocido que era pe-

ligrosa é imprudente la conducta de Abel. Aquel desconocido, que llegaba tan inesperadamente, le inspiraba grande cuidado, que habia comunicado á sus compañeros. La reserva y la prudencia estaban ademas á la órden del dia.

Rodach se habia sentado en un sillon al lado de la lumbre.

=Disimulad, señores, dijo, si me tomo tanta libertad.... pero he hecho un viaje muy largo y no he cerrado los ojos en toda la noche.... Estoy muy cansado!... Tened la bondad de sentaros, y oirme: me atrevo á esperar que nos entenderemos.

Se arrevanó cómodamente en su sillon y arrimó á la lumbre sus toscas botas de viaje. Los tres consocios tomaron asiento; notaba vagamente que el desconocido, tan mal recibido al principio, se iba sobreponiendo poco á poco á ellos. Estaban en su casa, y antes de que aquel hombre hablase, se apoderaba por decirlo asi de la presidencia, no dejándoles mas que un papel secundario.

Habianse trocado los papeles.

Solo habian trascurrido dos minutos despues que se habia agitado la cuestion de saber si convenia echarle como un miserable, y ya parecia el amo.

=Estaba aqui, mientras estábais hablando con vuestro cajero.

=Y habeis escuchado? le interrumpió Geldberg, que quiso echarla aun de valiente.

—No puedo decir que no, contestó Rodach: he oido algo, casi todo lo que habeis dicho á vuestro cajero, y todo lo que habeis hablado cuando estábais solos.... Pero no os aflijais; habeis sido sumamente reservados, y si no supiese mas que lo que habeis dicho, no tendriais por qué temer.

=Segun eso tenemos que temeros? preguntó Reignauld sin dejar de sonreirse.

=Si, señor... ese cajero me parece un buen servidor, pero algo exigente... Sin embargo se le ha olvidado una cuenta entre las que os ha pedido.

=Qué cuenta? dijo Reignauld.

Me parece que ha exigido la de Van Praet de Amsterdam, la de Yanos Georggi de Lóndres y la de Laurens de Paris... Pero no ha hablado de la de Zachœus Nesmer de Francfort-sobre-el-Mein.

La cara de Mira tomó un aspecto mas lúgubre, y Geiberg se puso á escuchar con la mayor atencion.

=Pero, dijo Reignauld que apenas podia contener la sonrisa, nuestro corresponsal y amigo el Patricio Zachœus Nesmer ha muerto.

—Es cierto.

=Y no ha dejado herederos.

=Estais equivocado: ha dejado un sobrino, hijo de su hermana, que es un niño, y á quien las leyes han dado un tutor.... Pero volviendo á vuestro cajero, mi venida os saca de compromisos. Si quereis despedirle, yo me ofrez-

co á reemplazarle; si quereis conservarle, puedo facilitaros ahora mismo los veinte mil francos que pide.

=Pero, caballero, murmuró Reignauld, la casa de Gelberg....

=Papeles cantan! interrumpió el baron, cambiando de tono: yo sé tan bien como vosotros lo que pasa en la casa de Geldberg, que puede tenerme por amigo, ó por enemigo, como guste.

Reignaul y Mira le miraron con visible sorpresa: Abel no sabia ya lo que estaba viendo.

Rodach sacó del bolsillo una cartera, y de esta veinte billetes de banco que puso encima de la chimenea.

=Tened la bondad de llamar, M. de Geldberg, dijo, y enviad ese dinero á la caja.

Abel obedeció maquinalmente.

Entró un criado y se llevó los veinte billetes.

El baron abrió otro secreto de su cartera, y sacó cuatro ó cinco tiras de papel.

=Debo confesaros, añadió, que no me esperaba, al llegar aquí, encontrar la casa en tan triste situacion. Venia para cobrar de la caja de Geldberg doscientos treinta mil frances.

=Doscientos treinta mil francos! repitieron en coro los tres sócios.

=Letras vencidas en marzo último, continuó el baron de Rodach, presentadas y no pagadas. Poseo ademas letras, por valor de doble cantidad que vencen en 1.º de marzo próximo.

=Debo advertir que teniamos cuenta abierta con Zachœus Nesmer, nuestro amigo, esclamó Reignauld, y esos créditos no representan una deuda positiva.

=Si entramos en un pleito, replicó friamente el baron, hareis valer vuestras razones; pero en este momento no os apureis por eso: el heredero de Zachœus puede esperar, y está en su interes y en el mio sostener la casa de Geldberg.

=En vuestro interés? murmuró el doctor.

—Os acordareis sin duda, añadió Rodach, guardándose la cartera, de una carta que recibisteis hace cosa de un año, mas seis semanas despues de la muerte del patricio Nesmer. Esa carta os anunciaba la venida del baron de Rodach, que habia obtenido la confianza del patricio Nesmer durante su vida, y que estaba encargado de los intereses de la sucesion.

=Y recibí esa carta, contestó Abel de Geldberg: no conocia á ese baron de Rodach, y los hechos que sentaba me parecian sujetos á discusion; pero me reservaba recibirle como corresponde á un caballero.... pero no ha venido.

=Algo se ha hecho esperar, replicó el desconocido... los viajes le han detenido. Ha recorrido la Suiza y la Italia; pero aquí le teneis: soy el baron de Rodach en persona.

FIN DEL TOMO TERCERO.

A los suscritores del Avisador.

—

El Lunes se distribuye la primera entrega de la novela del celebre Sué, titulada: Martin el Espósito ó Memorias de un ayuda de cámara. *Esta obra que acaba de dar á su autor una celebridad inmensa se repartirá por entregas semanales de cinco pliegos que forman 80 pàgiuas en 16.º al precio de 2 rs. Cada tomo constará de 400 que se encuadernarán* gratis *á la rústica en la misma imprenta.*

Los antiguos suscritores al AVISADOR que lean en la cubierta de esta publicacion el nombre del periódico que por causas bien conocidas se suspendió, deberán tener entendido que esta reminiscencia escapada de propósito equivale á manifestar el deseo ardiente que anima á la empresa de sacarlo de nuevo á luz con las mejoras y ventajas que honren al pais y á los editores. En efecto: en breves dias nos proponemos empezar nuestras tareas para lo cual estamos tomando las medidas oportunas, en la fundada esperanza de que serán amenizadas con varias traducciones de las mejores novelas que se publican en el dia, hechas por sujetos conocidos que ofrecen la garantia de que su trabajo será tan concienzudo como debidamente apreciado.